



Universidad Tecnológica de Pereira
Facultad de Bellas Artes y Humanidades
Maestría en Literatura

Tesis en modalidad creativa

Clases para salir del clóset

Mónica Andrea Arango Arango

Pereira

2018

Capítulos

I. ¿A qué saben las mujeres?.....	3
II. Rojo azulado.....	34
III. Alicia en el país de mierda.....	46
IV. Dios y otros demonios.....	75
V. Las Guapas.....	99
VI. Recuerdos de bahareque.....	128
VII. Re-corridos.....	151
VIII. La Puta Manada.....	184
IX. Boca Roja.....	205
X. Baila.....	227

I

¿A qué saben las mujeres?

– ¿Cómo así? ¿Entonces a usted sí le están gustando los hombres? ¿Por qué no me da un beso a mí?... A ver qué siente.

Ambos –sentados sobre la cama– sonríen, inclinan la cabeza al encuentro de los labios y cierran los ojos. Juan Pablo todavía tiene puesto el uniforme del colegio y está descalzo. Su prima Lorena, que le lleva un par de años más –tiene doce o trece– viste una blusa de tiritas color pastel y una falda de jean. El acto comienza con un baile primíparo de dos lenguas que se abrazan, comparten su humedad, repasan algunos dientes y participan en un experimento de púberes sensaciones. En ese instante, él siente que algo se le revuelca por dentro, como si su estómago, en guardia espasmódica, estuviera a punto de declararle una guerra líquida. No podrá aguantar mucho tiempo. Mientras tanto, en la mente se repite que la ama como se ama a una

hermana y confía en ella como se hace con la mejor amiga, entonces ¿a quién más le iba a abrir el corazón o, en este caso, la boca? Tiene que probarla. Ella es su respuesta.

Comparten esa tibia y babosa secreción con la que empieza el proceso digestivo (el de Juan Pablo va en reversa, esófago arriba) y alcanzan a sentir la respiración tan cerca que el aire que ella exhala es el que él inhala. Pareciera que el beso fuera pasar a otra fase en cualquier momento, pero Juan Pablo se detiene. No puede, no es lo que esperaba.

Repulsión, ese fue el resultado. Esa misma tarde, trata de repetir el ejercicio con otra niña. El intento es inútil. —Definitivamente, yo soy un chico gay afeminado—, piensa.

Y es que horas antes él ya había dado su primer paso en el amor. Sin saber por qué, estaba con el furor “hasta la coronilla”, así que decidió declarársele a un amiguito, otro niño de diez años de quien se sentía inexplicablemente atraído —

“como si él fuera un imán”, le diría más tarde a Lorena– y por eso trataba de estar la mayoría del tiempo con él.

Su enamorado era el típico estudiante popular: apuesto, no muy pilo en clases, carismático pero algo tosco y engreído. Venía siendo algo así como el “patán” de la Escuela Primaria de la Sacrosanta Trinidad. Era uno de sus mejores amigos, pero no sospechaba que Juan Pablo se derretía por sus gestos y los pliegues que se le formaban al lado de la boca cando sonreía.

Si estaba pensativo, si hacía las tareas, si jugaba fútbol con los niños, no importaba la circunstancia, sus ojos minuciosos lo seguían. Madrugaba para estar antes en la entrada de la escuela y esperarlo con disimulo. Quería espiarlo siempre, en cualquier situación. Su única meta era la contemplación. “Tan raro esto, ¿qué me está pasando?”, reflexionaba sobre su traga, por la que no faltó ni un solo día de estudio desde el grado tercero, cuando lo conoció.

– A veces mi mamá me decía: “¡Ay!, eso no vaya mañana, quédese durmiendo, relájese”, yo le contestaba que no podía, que tenía un trabajo o un examen, lo que fuera, pero mentiras que era para ver a ese culicagado. Yo quería estar siempre con él.

12:30 p.m. Restaurante escolar. La escena se desarrolla en un salón con diez mesas plásticas rodeadas cada una por cuatro sillas. Hay un marco de cemento en un extremo del lugar con una barra de madera en el borde. El hueco deja ver parte de lo que ocurre detrás de ese muro: dos señoras con delantal blanco mugre cocinan, sirven y lavan. Ejercen mecánicamente la labor de alimentar a los estudiantes cobijados por la norma educativa del país, según la cual el Gobierno debe ofrecer refrigerio y almuerzo gratuitos en las instituciones públicas.

Terminaron las clases. Es el último día que Juan Pablo y su traga serán compañeros. El próximo año, el patán va a comenzar el bachillerato en otro colegio, lejos del barrio. Es ahora o nunca. Si algo (por fin) va a pasar, tiene que ser hoy. Veinte minutos han transcurrido desde que se sentaron a almorzar arroz, huevo frito y papitas a la francesa, sopa de verduras y jugo de guayaba, el menú del día. Juan Pablo, inmóvil, apenas prueba la sopa con pequeños sorbos de su cuchara, que baja lentamente al plato buscando algún arroz para servir caprichosamente, como quien no quiere la cosa, mientras la boca se le sigue babeando cada que su compañero abre y cierra la suya para comer o para hablar, un acto que se sigue reproduciendo en su cabeza hasta que él vuelva a realizar el desprevenido movimiento. Y todo empieza otra vez: sorbo, cuchara abajo, arroz, cuchara jugando, cuchara arriba, masticar, cuchara en caída libre, huevo, cuchara jugando, jugando, jugando, sorbo.

Pronto el salón queda desocupado. El “culicagado” se devora el manjar de las cocineras, se levanta de la mesa y lleva la bandeja con los platos sucios. Juan Pablo también se para, ni siquiera mira su plato, aún con la mitad del almuerzo intacto. De un brinco, llega a la puerta y se estaciona. El motor debajo de su pecho se le mueve con fuerza y una leve humedad se le escapa por los poros.

Su amigo lo ve y le extiende la mano: “Chao Juanpis. Nos veremos por ahí. Todo bien”. Juan Pablo responde y aprieta con fuerza, le clava las pupilas en sus ojos. Siente un frío resbalándose por su espalda. La boca se le vuelve a babear. El éxtasis es una rara combinación de nervios y deseo, un impulso que se le sale de control y le camina por el cuerpo. Todo ocurre en cuestión de segundos, pero la exactitud del reloj no encaja en este momento. El apretón de manos se perpetúa en un parpadeo. Juan Pablo se desconecta de la realidad y se lanza. El beso es inevitable, también la reacción.

Una mirada terrorífica, un gesto asqueado, unos pies huyendo del lugar de los hechos y un silencio que sepultó esa amistad para siempre. Eso es lo que dejó ese día. La vida todavía no estaba preparada para el rechazo, quizá nunca lo estuvo, y ahora debía aceptar que eran dos seres totalmente diferentes.

– Todo pasó tan rápido. ¿Cómo te explico? Es que yo simplemente lo agarré y lo besé. Yo sé que fui muy atrevida pero ese beso me encantó, fue mi camino, lo que me abrió esa puerta tan grande para descubrir quién era. Ahí fue cuando se desmanteló la cosa ¡juashh! ¡Se quitó el mantel de la mesa hijuemadre!

Una carcajada explosiva detiene el relato. Caro acomoda ese largo cabello que desorganizó con la risa instantánea. Luego, se corre y busca la sombra del árbol que hay a su izquierda, no quiere quemarse el cutis con ese intenso sol que cobija por estos días las mañanas en Manizales, donde

seguramente en cualquier momento empiece a llover.

Todavía hay estudiantes de otros cursos y compañeros que no salen del asombro. La miran disimuladamente cuando pasan cerca. Hay mucho de qué hablar este primer día de clases. Ella llegó a estudiar vestida de mujer, no con esa camiseta blanca y ese pantalón de niño que había reformado para que, por lo menos, le quedara ajustado, un conjunto que para la mayoría, incluidos sus profesores, no iba con su cabello largo, por eso la presión para que se lo cortara. Caro insistía que ese cuento estaba mandado a recoger.

Llegó el día que tanto había esperado. Quizá amaneció más temprano o ella se despertó antes, quién sabe. El chocolate estaba distinto, bajó caliente por su garganta y la endulzó por dentro; a lo lejos escuchaba el motor de las busetas y mientras tomaba, el sonido de los sorbos le hacía

cosquillas en los oídos; luego, una a una las burbujitas de aire que flotaban en la superficie se fueron explotando. Hasta la tendida de la cama se le hizo más fácil, “quedó templadiiiita”, comentó. Estuvo lista cuatro horas antes, “¡saltando en una pata de la emoción!”.

– A ver, revisemos. ¿Uniforme? listo, planchado, limpio. Tan bobita, pues obvio está limpio, ¡si es nuevo! Vueltica en el espejo, ¡ay! la cola se me ve divina, me encanta ¡me encanta!, se me ve cinturita y todo. Nononononó ¿Qué es estoóooo? ¡Estoy hermosa!

A diferencia de su entusiasmo por ese primer día de clases, Lucía, la mamá de Caro, empezó la mañana a gritos. Ella vivía de malgenio, frunciendo el ceño, pocas veces salía de su dormitorio, esa guarida oscura que se tragaba todos los intentos de luz. Recostada en la cama, prendió la diminuta pantalla que estaba encima de una diminuta mesa y puso el canal en el que siempre había diminutas telenovelas con diminutos

contenidos. Las escandalosas carcajadas que de repente soltaba eran a causa de una comedia que estuvo de moda hace unos años y ahora estaban transmitiendo de lunes a viernes entre las 5:00 y las 6:00 de la mañana. Caro ya llevaba un rato despierta, merodeando, preparando el desayuno y organizándose. Lucía custodiaba la temperatura cálida de su cama. Así lo haría hasta el mediodía, con algunas pausas para comer galletas con mantequilla y tomar chocolate caliente.

Ese mundo que le tocó no es como el que su mamá veía en la tele, pero a Caro no le importaba. – “Siempre hay que sacar lo mejor de cada situación” –, comentaba. Ella vivía en un rectángulo dibujado con ladrillos, un espacio que no superaba los veinticinco metros cuadrados. En una esquina estaba la puerta de metal que alguna vez fue verde, tenía dos campanas de plástico colgando de una puntilla. El otro lado del ángulo tenía una pequeña ventana que daba al salón principal de esta morada, su habitación. Cuando la puerta se abría, tapaba el

armario de madera que había detrás. Una cama sencilla, una mesita de noche y una silla a cuadros rojos y negros ya sin forma (con una espuma agonizante) completaban el amoblado de la alcoba.

Las paredes sin revocar tenían esquelas románticas, afiches de colores, el nombre de la joven moldeado en alambre y una foto de ella con el varonil uniforme que jamás volvería a usar. Si alguien comenzara a inspeccionar la fotografía de abajo hacia arriba, podría haber pensado que estaba reparando a un hombre. Tenía zapatillas negras, pantalón verde militar y un suéter azul con mangas grises. Pero al final, cuando los ojos llegaran al rostro de ese papel brillante resquebrajado, verían a una mujer con capul y cabello largo. “Esa pinta fue lo último de hombre que usé en mi vida, por eso quiero conservar el recuerdo. Es como decirme: lo logré”–, explicaba cuando invitaba a alguien a su dormitorio.

Una división de madera separaba esta habitación y la de Lucía. Un marco sin puerta

conectaba los dos cuadrados. Eran similares en espacio, pero ese segundo punto de la casa estaba totalmente ciego, siempre era de noche. De allí seguía la cocina. En la pared del fondo había una barra de cemento, un fregadero y una tabla apuntillada que desempeñaba –con dificultad– su rol de estante, repisa y colgadero de cuanto cosa aparecía. La luz no era tan tímida en ese lugar, pues entraba con más facilidad desde el patio, separado por una puerta de metal con peladuras que mostraban su desgastada y trajinada vida.

Un gato mono jugaba con una cuchilla de afeitar que alguien había dejado caer alguna vez en ese pequeño zaguán, el extremo del rectángulo. Un segundo felino se equilibraba en las tejas plásticas del techo y buscaba ranuras que no tuvieran agua recogida por las constantes lluvias. A la derecha, pasando entre los cuatro hilos de cabuya donde colgaba la ropa húmeda, se veía la pared del segundo rectángulo, uno todavía más pequeño. Era la casa de Angélica, una anciana de ochenta y

muchos años que compartía alquiler con Lucía y un tercer habitante, Felipe. Él vivía atrás, después del patio, en otra figura de ladrillo. Sus proporciones eran parecidas a las otras casas. El baño, una especie de cajón de arcilla y tejas ubicado en la mitad del patio, era para las tres viviendas. El olor a berrinche era por la viejita. “Tiene más puntería el vecino”, bromeaba Caro para justificar la penosa pestilencia.

– ¡Carolina por qué jode tanto! –Gritó Lucía cuando su hija pasó a la cocina e inevitablemente la sacó de la hipnosis televisiva–. ¡No me vaya a sacar el malgenio, deje la bulla! –repitió varias veces y su voz advirtió que el kraken estaba a punto de liberarse, pero Caro solo se rio y la ignoró. Ya estaba acostumbrada a sus alaridos–.

Afuera de su casa, en el ante jardín colmado de trebejos, Caro corrió la cadena oxidada que unía la reja con la cerca de madera. Después de caminar por una pequeña loma de cemento y pasto, llegó a la carretera y esperó la ruta pública que asignó la

Alcaldía Municipal para los estudiantes que vivían en la zona rural de la ciudad.

Sintió un temblorcito ansioso cuando pisó la loma de la Escuela Siervos Reparadores de los Sagrados Corazones. El escenario era una estructura de doce salones contruidos en la cima de una colina. Esa colina, a su vez, estaba sobre una gran montaña que comenzaba en la vereda Cuchilla del Salado y terminaba en el Monumento a los Colonizadores, en el barrio Chipre. En el intermedio estaban La Linda, Villa Pilar y Campohermoso, más otra serie de barrios que se levantaron, como todo en Manizales, sobre una falda.

La escuela estaba rodeada de prados y árboles, cercada con mallas. Había dos entradas. La primera era a través de unas escaleras angostas en cemento, que al verlas desde el primer escalón en dirección al cielo, parecían eternas. En la mitad del trayecto lo mejor era no mirar hacia atrás porque se

producía una sensación de caída. Esa estructura ponía a prueba la ley de gravedad. La segunda forma de ingreso era un camino en zigzag, pavimentado pero con moho y una baba de barro que se fue incrustando con los años en cada loza de concreto. Este camino era como un pequeño borde que sobresalía en el cuerpo del cerro para facilitar el ingreso de los vehículos.

Desde que entró, una sombra escrupulosa rodeó la atmósfera. A lo lejos se escucharon murmullos y ella sintió muchos ojos encima de su cuerpo, como si de pronto la hubieran desnudado con la mirada. Volvía, una y otra vez, el miedo que frenaba los sueños, consecuencia de prejuicios homófobos que empezaban allí, en un colegio, y que se esparcían viralmente en la ciudad.

Una barrera de prevención se interpuso entre los estudiantes y profesores y la rara que caminaba por los pasillos. “¿Cuánto irá a durar esto? Bueno, nadie me dijo que iba a ser fácil. Ánimo Caro”, se decía mientras repartía saludos cual concurso de

belleza y se hacía “la loca”. Los nervios se apoderaron de sus pasos pero ella siguió su camino al salón de clases como si nada pasara.

Una balaca rosada de tela con un moño grande le cobijaba el capul. Su cabellera color castaño oscuro le colgaba casi hasta la cintura. Vestía una jardinera de tela gris con cuadros azules, medias blancas hasta las rodillas y zapatillas rojas. Era alta, delgada, de tez nacarada, con ojos grandes y curiosos, de sonrisa ingenua y nariz aguileña. Las piernas y pies largos trataban de suavizar su fisionomía con un etéreo y oleado caminar, como si siempre estuvieran en pasarela. Esos pasos los venía ensayando, más que nunca, unas semanas atrás, antes de regresar del receso escolar de mitad de año. Ahora era la protagonista.

– ¿En qué íbamos? ¡Ah!, ¡En el beso! Bueno ya, este chico jamás me volvió a hablar. Pero es que yo sentía tantas cosas y necesitaba descubrirlas... –

Era la primera vez que Caro estaba tan a gusto contando historias y sucesos importantes en su proceso de aceptar y decir abiertamente que ella se sentía toda una mujer. Sentadas en el prado, bajo un árbol, sus compañeras de clase siguieron atentas el relato— Después cuando llegué a mi casa fue que le conté a mi prima, la besé, me supo a culo — nuevamente, la risa interrumpió su historia; las jovencitas rieron tan fuerte que el resto comenzó a fijar su atención en ellas— fue un desastre, en fin. Entonces yo dije, a mí me gusta esto y voy a empezar, porque me miraba al espejo y decía: ¡Ay no!, yo tan hombre.

Las hormonas hacían fiesta en su cuerpo y la curiosidad marcaba el orden de sus planes. Caro se dio a la tarea de investigar y ‘datearse’ en revistas de moda, chismes y farándula sobre cómo se vestían, actuaban y eran las mujeres. Fue una observadora discreta. Las veía moverse, jugar con los gestos y los atributos del cuerpo; las veía seducir, llorar, quejarse y quejarse más, las

escuchaba hablar y hablar y hablar... y mientras más las estudiaba, más se le parecían a lo que ella sentía. El cambio, entonces, sería externo.

– Fue un proceso muy complicadito. Yo solita salí del clóset. A los catorce años le dije a mi mamá: Es que yo soy gay, y ella me respondió: “¡Ja! Cuánto hace que yo sabía eso”. Luego me dijo que no tuviera miedo, que me apoyaba, que yo tenía que ser buena persona con todos. –Caro no lo podía creer, su mamá no la rechazó–. Como la vi toda relajada, entonces me senté a reír y a cuestionarme si es que se me notaba mucho o qué. Ella me dijo que desde chiquita jugaba con muñecas, que nunca me gustó nada de hombre, que era muy extrovertida y que le pedía la aguapanela con las manos así.

Al tiempo que contaba, sus manos se movían como acariciando el viento, de arriba abajo, y sus ojos pícaros pestañeaban lento. Era una sola risa su relato. Ella misma se divertía con sus anécdotas y las contaba con tanta gracia que parecía

interpretando un papel. Ella fue quien inspiró su propia historia.

–Y me solté el cabello, me vestí de reina, me puse tacones... Na nara nana nana nara. Esa canción me encanta y cuando la escucho sí que me transformo –sus compañeras seguían riendo–.

– Ah, bueno, y las muendas –Caro alzó el brazo derecho enérgicamente, luego lo bajó con la palma de la mano hacia el cielo, enfatizando esas palabras; en seguida, como si una vocecita interna le hubiera recordado algo, se acomodó el sentado y juntó las manos con delicadeza, la mano derecha se deslizó suavemente para acariciar la izquierda. Continuó–. Me pegaban unas muendas terribles porque yo me le ponía la ropa a mi hermano pequeño. ¡Pero es que a mí me ponían unas camisas anchas más feas! Y como yo era más grande, a veces le rasgaba la ropa. ¡Ay no!, eso fue complicadísimo. Menos mal hoy en día ya tengo mi propia ropa, ¡es mía! Alguna me la han regalado y otra yo la he conseguido con mi trabajo. Porque eso

sí, desde que salí del clóset, ¡la ropa de hombre voló!

Exagerar su cuerpo con prendas mínimas y llamar la atención con exceso de piel no era su estilo, aunque no condenaba este ni ningún tipo de expresión. “Todos somos distintos y tenemos que hacer lo que nos haga felices”, decía. Sus cambios físicos habían sido lentos y quería asegurarse de hacer las cosas correctamente, por eso inició un proceso hormonal con asesoría de un sexólogo y un psicólogo.

– ¡No!, qué miedo eso de las hormonas, yo he escuchado casos de hombres que les termina saliendo más pelo del que tenían. Uno ahí todo peludo ¡no! ¡O peor! ¿Se imagina yo cómo quedo llena de rollos y grumos por ahí sueltos en el cuerpo? Puede llorar, yo no me hago nada sin un médico. Yo quiero un cuerpo bonito, divino, bien moldeado. Este tránsito lo llevo con mucha dignidad y orgullo, nadie tiene el poder de discriminar a las personas y pisotearlas –Caro cogió

una rebanada de pan con queso que quedaba en el plato, le echó mermelada y lo mordió. Luego miró a sus amigas y trató de acomodarse la comida en la boca— Bueno pero que hablen otras porque ya parezco una lora mojada. Hablen pa' yo comerme este pancito —las jóvenes sonrieron.

Mujer trans murió en Manizales por abuso de hormonas

Según el informe de Medicina Legal, 'Lola' sufrió una falla hepática fulminante. Autoridades investigan posible negligencia médica.

Manizales. Indignados y dolidos, así están los integrantes de la comunidad LGBTI de la capital caldense, donde ayer en la madrugada falleció Luis Ramiro Galeano, conocido como 'Lola', quien sufrió una falla hepática fulminante.

Aunque la causa del deceso de una de las prostitutas más populares de la Calle de Las Guapas (ubicado en el Centro Galerías Plaza de Mercado) fue el abuso de medicinas y hormonas para modificar su cuerpo, sus compañeras de trabajo y algunos

activistas de la ciudad manifestaron que la muerte de 'Lola', de 38 años, no puede pasar desapercibida.

"Putá, ama de casa o monja, cualquier mujer tiene derecho a que la atiendan oportunamente en un centro de salud. Pero a ella no, como era puta, la dejaron morir. Esa es la verdad", denunció furiosa una amiga de 'Lola', quien prefirió guardar su identidad "por seguridad".

Su testimonio lo respaldó 'Dahiana', otra integrante de Las Guapas. Ella contó que antier en la mañana, 'Lola' llegó a trabajar muy pálida, "como si no hubiera desayunado. Bueno, aunque no es que nos levantemos y tengamos los huevos pericos al lado, pero yo sí la vi como amarilla, eso no parecía guayabo", dijo.

Tras un par de horas "montándoles guardia" a los clientes, 'Dahiana' decidió llevar a su amiga al centro de salud más cercano, ubicado a ocho cuadras. Fueron a pie. Ningún taxi paró. "Y nosotras en severos tacones. ¡Imagínese!", recordó la joven.

'Lola' no pasó de la sala de espera, donde estuvo apenas media hora porque el vigilante del lugar sacó a las mujeres. "Ese malparido diciendo

que estábamos borrachas, que si no nos íbamos llamaba a la Policía. Luego una enfermera dijo que tranquila, que ella me avisaba apenas fuera el turno de 'Lola'.

De acuerdo con el informe de Medicina Legal, la mujer tenía Hepatitis B, principios de bronquitis y presentaba un cuadro leve de desnutrición.

“Son muchos los factores que, creemos, influyeron en el deceso de esta persona. Si bien se comprobó un nivel excesivo de hormonas ingeridas en muy poco tiempo, también se evidenció que su sangre tenía residuos de sustancias psicoactivas y licor. Las personas deben entender que esta mezcla es una bomba de tiempo”, señaló el Secretario de Salud de Manizales, Gustavo Morales.

De otro lado, el funcionario manifestó que no tienen pruebas de una posible negligencia médica, pues el gerente del centro asistencial al que 'Lola' se presentó, Julián Roca, aseguró que “se le atendió como a cualquier persona, solo que le pedimos que esperara afuera porque las dos mujeres llegaron alicoradas y gritando palabras soeces”.

'Dahiana' desmintió esta declaración y afirmó que a su amiga

solo la ingresaron en una camilla cuando ella se desmayó. “Claro, ya la vieron medio muerta y ahí sí corrieron, cuando ya para qué”, se quejó.

Mañana en la tarde serán las exequias de ‘Lola’ en el templo Nuestra Señora de la Pobreza; el próximo fin de semana, sus amigas planean hacer una marcha por las principales calles de la ciudad para exigir que les respeten su derecho a la salud.

Mientras tanto, las autoridades indicaron que investigarán de qué forma están adquiriendo las hormonas, pues su venta sin prescripción médica está prohibida.

Algunos de estos medicamentos se pueden suministrar vía oral, intramuscular o transdérmica. Los pacientes deben estar en controles constantes con exámenes de tiroides, hígado, riñones y sangre. Sin la supervisión médica correcta, la persona puede sufrir enfermedades leves o graves y deformaciones en su cuerpo.

Métodos y consejos para iniciar el proceso de cambio abundaban en Internet, donde blogueros (expertos o no), usuarios de foros y contactos en redes sociales se convirtieron en los médicos y psicólogos de cabecera de sus desconocidos y desprevenidos lectores, con la particularidad de que a ellos todo les había pasado. En algunos casos, acertaban. Los tips y pasos para cualquier cosa eran el común denominador.

***Quiero iniciar mi proceso de
transformación de
hombre/mujer
¿Qué debo hacer?***



Mejor respuesta. Enviada el
07/09/14

Por: @chicatrans_experta

Pasos para adquirir hormonas 'a lo legal'

1. Tener claro qué cambios quiere en su cuerpo y por qué.
2. Acudir a una cita médica y contar abiertamente su situación de 'trans': mujer que se siente hombre, hombre que se siente mujer.
3. Si es lo suficientemente convincente, y esto dependerá mucho de la subjetividad (una mezcla de prejuicios, fanatismo religioso y otros síntomas de una crianza obtusa) del doctor que lo atienda, usted será diagnosticado con Disforia de Género y remitido a un Médico Endocrino. Prueba superada.

4. En adelante, lo que hará es seguir las indicaciones del profesional de la salud. El tratamiento será de por vida. Su cuerpo ahora necesita de estas hormonas.

Nota: Si usted está leyendo esto y es colombiano... Y mortal... seguramente no leyó la letra chiquita de estas legibles explicaciones de las autoridades de salud. Así que preste atención, porque estos cortos y someros cuatro pasos, solo le tomarán unos dos o tres meses, o cuatro... o siete... o doce, mejor dicho, depende de las filas, de los trámites y de qué tan lleno tenga el monedero su EPS, por aquello de las deudas. Lo invitamos a leer nuestro artículo sobre las barrabasadas que tenemos en nuestro sistema de salud. *Comenta y regálanos tu like.*

Bombardeo de información. Lluvia de ideas.
Demolición de contextos.

Secuelas de mensajes desfigurados. Fusiles
de opiniones.

Trincheras de expertos primíparos. Guerra
de sexos. Batallas legales.

Treguas comentadas. Pelotones de
seguidores. Entrenamiento sedentario.

Usuarios radiactivos. Mentiras piadosas.
Noticias sensacionales.

Formación rudimentaria. Ascensos en
decadencia. Letras en conflicto.

Acuerdos protagonistas. Tendencias
confusas.

Caro lo tenía todo allí, al alcance de un clic,
su ventaja era que no tenía computador y solo podía
darse el lujo de navegar en clase de sistemas (a
escondidas) y en las casas de sus amigas. Aunque
difícil, ella cumplía con la tarea y se enteraba de sus
opciones. Después de todo, era más fácil
preguntarle a una pantalla que a una cara.

– Yo ya averigüé hasta por la penectomía –
Caro hizo una pausa, abrió los ojos y asintió con la
cabeza—. Mejor dicho, que a uno se lo mochen y
listo, queda sin nada de hombre, solo con un rotico,
¡Ay pero eso queda más feo! –Volvieron las
carcajadas de sus compañeras, ella se sonrojó y
agregó que no sentía capaz de hacerlo, pero a veces
dudaba—. Dicen que uno puede perder la
sensibilidad ¿Se imagina uno sin sentir nada por allá
abajo? ¡Ay no, ahí sí quedamos en la olla mijita!,
¡Fregadas! A mí me contaron que ya hicieron una
en Manizales y que les fue lo más de bien. Hmm,
vea pues.

– A ver, leamos este asunto –dijo con
algo de pereza y en voz baja el editor del
periódico La Nación, era la tercera vez que
la periodista le insistía con el mismo tema,
ya era hora de ponerle cuidado—.

Hormonas, “como pan caliente” –Frase de cajón, tachemos esto– Comenzó la revisión. *Este medio recorrió el sector de la Galería para verificar qué tan fácil es conseguir drogas para modificar el cuerpo. Investigación.* –el editor siguió leyendo sin detenerse–. “*Es que la misma sociedad nos exige esto, uno lo hace porque así le va mejor en el trabajo. Y no crea que nuestros clientes son chichipatos por ahí. Si quiere le muestro mi lista de funcionarios*”, –bueno, eso está carnudo–, pensó. –Bla bla bla, faltan más fuentes, habría que arreglar la contraparte, a quién llamamos, bla bla bla–, la lectura era cada vez más rápida y se saltaba renglones enteros. ***¿Cómo es el tratamiento?*** *Terapia Hormonal Sustitutiva (THS) es el nombre con el que se conocen los procedimientos que realizan los hombres y mujeres transgénero o transexuales y, en general, las personas que quieran modificar su cuerpo para hacerlo más femenino o masculino.* –Jefe, el alcalde está al teléfono– le avisó César emocionado, estaban a la

espera del apoyo (\$). Minutos después de la conversación, se pactó un publrreportaje sobre los grandes logros de la administración en el último trimestre. —“Vamos con página y media. Dejemos esto de las hormonas para después”, indicó el editor. El artículo quedó archivado. Se necesitaría más de un aporte económico para que se sostuviera el periódico.

II

Rojo azulado

Ya había salido del clóset hace seis años, sus ahorros por limpiar apartamentos y casas de familia le habían permitido continuar el bachillerato y renovar su moda de pies a cabeza. Pero Caro seguía llevando una doble vida. Era una mujer que se disfrazaba de hombre para ir a estudiar.

Fue un martes o miércoles, no lo recuerda muy bien. En todo caso, junto con un grupo de estudiantes de diferentes instituciones educativas, había ido a la Oficina de la Infancia, Adolescencia y Juventud, en el octavo piso de la Alcaldía de Manizales, para hablar sobre el Foro de la Educación. En ese mismo piso entapetado y separado por divisiones en madera con una pequeña sala de reuniones, estaba la Oficina de la Mujer, Equidad y Género, dirigida por Clara Lilia Castro.

Con ella estaba Alicia Estrada, una reconocida abogada transgenerista que venía de

Bogotá. Juntas hablaban de un proyecto de Formulación de Lineamientos de Política Pública para la Comunidad LGBTI, a través de la Mesa Interinstitucional LGBTI que creó la Administración Municipal. Fue inevitable que la joven llamara la atención. Su voz sobresalía de las demás, también sus ideas, su risa y su extrovertido yo.

– Allí te necesitan –dijo el mensajero–. En la oficina de enseguida, Clara Lilia y Alicia se presentaron, le contaron quiénes eran, qué hacían y le preguntaron por su vida. Ella comenzó identificándose: Mi nombre es Juan Pablo, pero a todos les pido que me digan Caro.

– ¿Cómo así?, pero si tú eres una mujer. Ese nombre no va con lo que nosotras estamos viendo –dijo la directora de la Oficina–.

– ¡Ay!, pues sí linda, yo sé –Caro cruzó las piernas y acomodó las manos sobre las rodillas– pero ese trámite para cambiarse el nombre vale y yo

no tengo plata. Estoy ahorrando de a poquitos a ver si algún día me lo cambio.

– ¿Y cuánto tienes ahorrado?

– Llevo cien mil pesos. Cuesta 200.

– Excelente muñeca. Sigue así de juiciosa –
Comentó Alicia.

– ¿Y cómo vas vestida al colegio Caro? Estás en once ¿cierto? –Preguntó Clara Lilia.

– Sí señora, en once. Voy con uniforme de hombre. Allá me dicen que hasta que no me cambie de nombre no puedo asistir con el de mujer. Eso es lo que yo más quisiera.

– ¿Qué? Esto es una contradicción. ¿Cuánto cuesta el uniforme? –Preguntó Alicia.

– Pues así con todo completo, por ahí 150 mil pesos.

– Mmm bueno. Ahora seguimos conversando. Sigue en tu reunión. –Le respondió.

Educada y cordial como siempre, aunque algo nerviosa, Caro se despidió y salió de la oficina. Las dos mujeres la trataron muy bien y ella, que le

encantaba hacer amigas en cada esquina, quedó feliz de conocerlas, aunque no sabía para qué le preguntaron tantas cosas. Era la primera vez que le nombraban a la comunidad LGBTI de manera tan cercana, tanto que alcanzó a sentirse parte de esta, como si todo lo que le contaron (los planes, los encuentros culturales, las propuestas de políticas públicas, los requisitos de atención en salud, las oportunidades laborales) fuera una invitación. “Eso suena chévere”, pensó.

De vuelta a la reunión, Caro oía a lo lejos las voces de sus compañeros debatiendo sobre la participación de los jóvenes en la educación y quién sabe qué cosas más. Ella siempre participaba activamente y proponía ideas, pero estaba en otro planeta. “A ver, Caro mamita, ponga cuidado”, se decía y trataba de seguir la conversación. Ahora hablaban de invitados y de quiénes serían los moderadores del evento. En su silla, abstraída, Caro pensaba en Clara Lilia, en su cabello negro y brillante, en su collar, en la decoración de sus uñas

y en sus accesorios, todos con colores neón. Luego su mente se centraba en Alicia, una negra hermosa y alta, una abogada transgénero de figura imponente, líder de la comunidad LGBTI en Bogotá.

– Caro, ven un momento. –La llamó Clara Lilia de su oficina.

– La próxima semana te quiero ver como la diva que eres, con el uniforme de chica. –Dijo Alicia y le entregó 150 mil pesos. Ella estaba impresionada y conmovida por la historia de esta jovencita que acababa de conocer. Estudiaba, era la personera del colegio, trabajaba para sobrevivir y poder estudiar. En el fondo, pensaba que Caro había tenido más suerte que ella.

– Qué pena yo acá llorando a moco tendido, como “una Magdalena”. Pero cómo no voy a llorar con algo tan bonito, ¿Ah? Que alguien me pellizque porque estoy soñando.

– ¿Cómo no te voy a ayudar si estás dando un ejemplo memorable para la comunidad LGBTI? – Alicia la abrazó y le pasó un pañuelo.

Caro se despidió afanada y salió corriendo de la Alcaldía. “Sí, listo, el foro, la educación, me encanta, cuenten conmigo, ¡chao!”. Esos pisos en el ascensor se le hicieron eternos. ¡Tin! Otro piso. Cerrar puerta. Abrir puerta. Piso 6... 5... Cerrar puerta. Abrir puerta. ¡Tin!.. 2...1. Ahora, en pleno centro de la ciudad, tenía todos esos locales y almacenes a su alrededor para buscar su atuendo.

“Bueno, la cosa va bien”, repasaba en su mente. “Ya tengo tres pares de medias largas y blancas, como de porrista ¡Que emoción!, la tela para la jardinera, la camisa, dos licras y un esqueleto. Faltan las zapatillas rojas”.

Dos horas después, el capul lacio se empezó a ondear. El sudor le ganó al cepillado. Tenía calor y justo ese día se había ido en chanclas. Ya sentía ampollas en los dedos meñiques, un pelón en los talones y polvo entre los dedos. No había zapatillas rojas en talla 41 y el trajín era cada vez peor, pues tenía los pies hinchados de tanto caminar. Esquivó carteras y gente apresurada, corrió para alcanzar los

semáforos en rojo, cruzó las calles y tosió un poco por las bocanadas de humo que soltaban las busetas. Caro vio a un hombre con guantes de plástico pelando un mango y dejando caer cuadritos de la fruta en un vaso, luego lo cerró con un palillo y lo amontonó en su oferta tropical. Todo quedó tapado y limpio, así como el cuchillo, sin una sola hebra de mango luego de sobarlo contra el costal de la basura. Entonces se volvía a repetir el mecanismo, esta vez con una piña.

Sintió hambre. No, ¡qué cuentos de comida!, ¿qué almacén me falta?... Era como si las ampollas le hubieran dado unas palmaditas de consuelo en el talón; lenta y dolorosamente le recordaron que todavía había tiempo, que esa tarde la tenía libre y no había afán de volver al colegio. Diez pasos más adelante, un hombrecito pequeño y arrugado le ofreció minutos; de su cintura colgaban, como tentáculos, cinco cadenas con un celular en cada extremo, y el chaleco de plástico verde fosforescente que le llegaba hasta las rodillas

anunciaba el capital de su negocio: Minutos a celular = \$100.

“Señorita ¿va a llamar?” ¡Ay! ¡Me dijo señorita! Hermooooo. –La halagada sonrió, pero todavía tenía que atravesar una hilera de otros seis pulpos que vendían fragmentos de tiempo. “¿Va a llamar?”. La siguiente pregunta no se había terminado de colar en el aire y una mano ya estaba poniéndole un celular sucio en la oreja. –¡No, no quiero! ¡Quiero unas zapatillas rojas!–. Caro ya estaba preocupada, temió que su suerte fuera la de siempre y que terminara comprando zapatos de hombre. Lo peor era sentir las miradas de otros clientes y de los mismos vendedores cuando entraba a un almacén a preguntar por zapatos de mujer talla 41.

“Me recorrí todo el centro y nada –Se sintió frustrada– Quién me manda a tener ese pie tan grande, solo hay azules. –De pronto, tomó impulso– . No Caro, ya tienes la plata, cómo no vas a

solucionarlo. ¡Ah, cuáles! Las compro azules y las pinto. ¡Qué va!”.

Esa noche, por el lado izquierdo del zaguán de su casa, que se conectaba con el de su vecina Laura, Caro le mostró el sufrido calzado. Las manos con mariposas en las uñas señalaron las costuras blancas que bordeaban el cuero azulado, pero que quedaron en el fondo con la pintura improvisada. Predominaba el rojo hasta en las ranuras metálicas de los cordones. –Sí, quedaron un poquito chuecas, pero eso caminando rápido no se nota. En todo caso, ¡las tengo rojas!–, Caro celebró. Con las zapatillas listas, pensó que el uniforme era el regalo más grande que había recibido, pero luego pasó algo más. Ahora tendría nombre.

Cuando conoció a Alicia y a Clara Lilia, ella ya tenía cerca de cien mil pesos ahorrados para cambiarse el nombre. El trámite costaba doscientos mil. Días después del regalo para el uniforme, Alicia y Clara Lilia la invitaron a un proyecto que incluía a las trabajadoras sexuales de la Calle de Las

Guapas para ayudarles en el cambio del nombre. No les costó nada.

– Me regalaron todo, ¡todo!, transporte, papeles, tooodo – dijo Caro a sus amigas– .Ya no me llamaba Juan Pablo. Eso para mí era como... como un milagro. Yo por eso digo que esas dos mujeres son unos ángeles.

Era sábado. Las busetas se deslizaban velozmente por la kilométrica falda que era Villa Pilar, hacía frío y a ratos se asomaba el sol. Había neblina y entre las nubes se colaban pedazos de cielo despejado. Se respiraba un clima bipolar. Caro tenía el cabello recogido con una moña ochentera, cero maquillaje, las pestañas bien encrespadas y un toque de brillo en los labios. Usaba chancas y ropa de guerra. Se vistió con lo que pudiera ensuciar: ropa vieja y cómoda.

El trajín empezó. Barrió y se movió de un lado a otro. Trapeó al ritmo del son que tarareaba.

Sacudió cada objeto meticulosamente. Se miró las manos y se acordó de que se tenía que pintar las uñas; organizó y lavó ropa, pisos, baños, lo que sea que estuviera sucio. Todo quedó impecable. Descansó unos minutos y pensó en los milagros que iba a hacer con los treinta mil pesos que se ganara luego de visitar dos apartamentos más.

Gastos semana

Pasajes. A pie.

Leche, arepas, huevos, arroz, panela, plátano, sal
8.000

Copias 2.000

Cositas de aseo 5.000

Esa era su forma de sustento y así lo hacía desde sexto grado. Cuando se graduó de quinto, su mamá quiso sacarla de estudiar. ¿Para qué seguir? Si ya sabía leer y escribir.

—Yo ahí mismo me puse a buscar trabajo —
Le contó Caro a sus amigas—. Una vez hice el aseo

en la casa de una señora y le quedó gustando, ya luego se regó la bola y mucha gente me empezó a llamar. Me iba por las tardes a limpiar casas. Ya hoy tengo mucha partecita a dónde ir, pero solo puedo los fines de semana porque desde el año pasado que pasé a décimo, estudio todo el día.

III

Alicia en el país de mierda

—Negra, marica y puta. Esa soy yo. —

Respondió Alicia Estrada al grupo de jóvenes que quería incluirla en un documental sobre la población LGBTI en Bogotá—.

Negra, marica y puta, esa era la conclusión que le llegaba luego de muchos años de preguntárselo a sí misma, después de que las circunstancias que se dieron tras su escape de Barranquilla terminaran de formar su carácter. Negra, marica y puta, así respondía y repetía a cuanto reportero, curioso, estudiante, alcalde, hombre, mujer, cura, abogado, psicólogo, presentador, juez, activista, profesor y travesti se le cruzaran por su camino. La tenía clara.

Ya habían pasado 28 años desde aquel día en su tierra natal, el corazón de la región Caribe. Alicia era William Enrique Estrada, un hombre afeminado y con mucho calor, con una ropa que no

le cuadraba a la dama que llevaba por dentro. Osada, le reveló a su familia la idea de hacer su tránsito de hombre a mujer, pero la objeción fue tal que prefirió irse de la casa.

Un bus colorido aceleró a fondo y las llantas iniciaron la marcha por el asfalto hirviendo. Casi veinte horas después, el motor recalentado pisó suelo capitalino. El frío de la Sabana y la vista de extensos prados con vacas echadas, más el olor a humo industrial mañanero, recibieron a los viajeros de la buseta costeña. Allí iba Alicia. Llegaba a probar suerte como peluquera y con la misión de asumir su identidad.

Juliana, la joven directora del documental que se presentaría como opción de grado en un programa de Comunicación Social y Periodismo, continuó sus preguntas tímidas y con algo de nervios en la voz. Estaba sentada en una silla robusta, de espaldar ancho y tapizado azul oscuro con flores pastel. Era uno de esos asientos que parecían tener el cojín más firme y cómodo para el

trasero, pero que cuando la persona se dejaba caer, seguía casi hasta el suelo, consecuencia de tantos años soportando nalgas, unas más livianas que otras, pero nalgas al fin y al cabo, con todo su peso vertebral encima. Escualido y ya sin fuerzas, sin un vestigio de amortiguación, al almohadón no le quedaba otra que resistir estos minutos frente a una cámara.

Diagonal a la joven estaba la mujer que les abrió la puerta del apartamento y que días antes había conversado con ella por teléfono. “Yo no tengo problema en hablar con ustedes, pero sepan que yo mantengo muy ocupada, entonces va a ser difícil”. Finalmente, y tras un par de negaciones, lograron encontrarse. La cita se dio a las 8:00 de la noche en un barrio de difícil acceso.

– Claramente, usted se ha dado a conocer como una mujer transgénero que no tiene pelos en la lengua para decir las cosas como son: directas y sin anestesia.

– Yo no soy una mujer transgénero –
interrumpió Alicia antes de conocer la primera
pregunta. Alzó las cejas y volteó la mirada al otro
lado. El dedo índice le alargaba el cachete y el
pulgar reposaba debajo de su mentón. “Así empieza
oootra conversación más –pensó– con gente que no
tiene ni idea de lo que está hablando”. Soy mujer y
punto. Lo otro se lo dejo al resto del mundo que
cree que para todo hay que poner categorías.

El brazo de Mateo, director de sonido (en un
trabajo universitario, esto se traducía al que cargaba
el micrófono), comenzaba a temblar, todavía no
tenía mucha práctica en su deber. Quiso reírsele en
la cara a Juliana y su mirada de reproche le recordó
a David, el camarógrafo, el desastroso primer
encuentro que predijo con la entrevistada.

– ¡Vamos a hablar con maricas! –Les señaló
perturbado el día en que escuchó la absurda idea de
hacer un documental para mostrar cómo vivía la
Comunidad LGBTI-. Cuando el resto va a estar
filmando la vida de un lutier, el niño que le ganó al

campeón nacional de ajedrez, los argentinos que hacen malabares en los semáforos, ¡o qué se yo!, cosas más amenas, a ustedes les da por irse a meter a una olla para hablar con esa gente. Tienen huevo – concluyó con su acento rolo–.

Mateo terminó aceptando; no era una lumbrera en la clase de televisión y su única habilidad era descubrir fácilmente qué canción sonaba, de qué autor, álbum y año era, además de otros datos inútiles que a nadie le interesaban. Tenía aspecto de alienígena por los audífonos que mantenía adheridos a las orejas, rodeándole la cabeza, una especie de casco intergaláctico con el que adquiriría el súper poder de sentirse interesante. En realidad, parecía un imbécil, pero nadie se atrevía a decirle. Después de todo, era buena gente y hacía reír a la clase cuando no estaba dopado con sus canciones.

Mientras miraba a través de la pequeña pantalla de la cámara, David hizo fuerza por su amiga y trató de concentrarse en los botones del

aparato para evadir un encuentro visual con esa señora alta, firme y seria que de vez en cuando le clavaba la mirada, como si con ella lo retara a preguntar, a conocer sin prejuicios y a “quitarle el misterio a la vaina”. Él estaba convencido de que sería un buen proyecto, pero no tenía ni idea de cómo abordarlo. Durante su carrera, había tratado de mantenerse al margen de temas “polémicos”. Esta vez, quería hacerlo.

– Disculpe. Tiene razón. Usted es una mujer y ya –subrayó Juliana mientras se acomodaba en el malogrado sillón. Miró la planilla de preguntas, luego alzó la mirada al techo, la bajó de nuevo y vio la ventana ubicada detrás de su entrevistada, era un cuadro de cemento con una cortina de velo que distraía por las sombras que pasaban del otro lado; en seguida, echó un vistazo a la pared que tenía a su izquierda. “¿Qué hago?”, divagó. Y en medio de ese incómodo cuestionario, su cabeza tuvo espacios para pensar por qué a alguien se le habría ocurrido pintar una pared de un azul tan petrolífero, tan

oscuro para su cámara y su primitivo equipo de trabajo. “¡Focus Juliana!”, se espabiló y siguió—. ¿Por qué dice que es negra, marica y puta?

La voz de Alicia siempre tuvo un tono grueso y con sus notas graves se hacía escuchar donde estuviera; por eso en ocasiones, intimidaba.

– Lo de negra, porque soy afrocolombiana; marica, porque así nos dicen, y puta, porque la prostitución fue el oficio con el que llegué a lo que soy hoy. Es que es más, si a mí me preguntan cuál es mi trabajo, yo diría que es ese, el de prostituta. Lo que estoy haciendo ahora, mi activismo social, el trabajo para el Ministerio y otras cosas, son como una licencia no remunerada que me tomé, pero si algún día me canso de todo, simplemente vuelvo a prostituirme y ya –Sus 42 años de vida estaban cargados de sentimientos en huelga, quizá por eso un halo de brusquedad rodeaba sus palabras, su mayor escudo. Ese carácter no era gratuito, lo forjó en la calle–.

Y es que tras su comienzo como representante de la comunidad LGBTI, Alicia había trabajado en la Secretaría de Gobierno de Bogotá, en la Mesa LGBTI de esta ciudad, en la Asamblea de la OEA y en proyectos con el Ministerio de Relaciones Exteriores; ayudó en la redacción de tutelas para mujeres trans que estuvieran presas, entró a la dirección de Asuntos Indígenas pro minorías del Ministerio del Interior, inició asesorías privadas y ahora dirigía la Corporación Opción por el Derecho a Ser y el Deber de Hacer. También hacía parte de la Red Nacional Distrital de Mujeres Transgénero.

– Es que yo he pasado por todas las etapas que pasa una mujer “transgénero” –le indicó a Juliana mientras enfatizaba haciendo comillas con sus dedos– cuando quiere construirse a sí misma y revelarse contra todo. Nadie dijo que iba a ser fácil.

Alicia hizo una pausa y cambió el tono para calmar a Pato. El perro con identidad de ave ladraba a todo pulmón cuando se escuchaban las voces de

los vecinos. Los universitarios se miraban disimuladamente y trataban de sonreír ante la molesta algarabía a la que se sumaron Romeo y Roberto, otros dos perros. Tras un breve receso, la entrevista comenzó –por fin– a tomar curso; la abogada les relató cómo empezó su vida en la ciudad: Cuando una amiga transformista le dio trabajo en su salón de belleza, aseguró un ingreso económico y pensó que tenía cómo defenderse, pero pronto la vida le mostró la otra cara de la moneda. En los años siguientes, sus horas en la peluquería se alternaron con su trabajo como prostituta.

– Es que esta es una ocupación como cualquier otra –aclaró llena de orgullo y les recordó que se amparaba en la libertad de oficio y en los derechos fundamentales que tienen las personas para expresarse libremente– Aquí en Colombia no es ni legal o ilegal hacerlo, es una problemática social.

Tras una hora de preguntas y respuestas a lo ping-pong, los jóvenes lograron reunir suficiente

material para su documental. Conocieron que fue en la calle donde ella aprendió a “guerrearse” el destino y donde también hizo enemigos, de quienes recibió tanta presión que tuvo que irse para Medellín por un tiempo; allí estudió Derecho en la Universidad de Antioquia.

– Pero de allá también me tocó salir corriendo, huyendo de los paramilitares –les dijo– En ese tiempo no había programas de protección. Entonces me devolví para Bogotá y me tocó esconderme porque me estaban buscando, vivía en la clandestinidad, solo que ya tenía una carrera profesional, pagada con la prostitución –resaltó nuevamente–.

Habían pasado apenas ocho días desde que en este “país de mierda” se extinguiera la vida del hombre que con su humor hizo poner serio los corruptos mientras les sacaba carcajadas a los colombianos con las ácidas preguntas que sus personajes lanzaban a políticos, presentadoras, actrices y empresarios, al tiempo que levantaba

inconformidades con su pluma y alzaba la voz de protesta con sus intervenciones en universidades y espacios académicos. El mundo no fue el mismo sin Jaime Garzón. Familiares, amigos y millones de ciudadanos que se contagiaron con su risa reclamaron justicia. Fue el inicio de un largo capítulo impune.

– A mí me hicieron un atentado. Fue una semana después de lo de Garzón –recordó–. La cosa se calmó pero muchas compañeras seguían así: perseguidas, discriminadas, maltratadas, por eso me valí de las herramientas legales que conocía para defender sus derechos.

– ¿Derechos? –Le costaba creerlo– ¿Qué derechos van a reclamar estas mujeres? Si son ellas las que se exponen a los peligros que esperan por cualquiera que se atreva a desafiarlos. ¿Es posible defenderlas? En todo caso, son unas putas... ¿no? – Mateo no le dio más vueltas al tema y desarmó el micrófono con rapidez–. “Ya terminamos y eso es

lo que importa, que no tenemos que volver por acá y yo no tengo que ver más manes con mini falda”.

Recogieron los equipos, agradecieron por el tiempo y salieron del apartamento. Alicia los despidió sin misterios y cerró la puerta. Nada sentimental, nada emotivo. Así terminaba otro intento de un grupo de curiosos por comprender “ese” mundo... ¿cuál?, ¿acaso había otro? El desenlace del proyecto lo tendrían semanas más tarde tras una ligera edición, aunque con más gráficos que profundidad narrativa; luego, en cuestión de días, empezarían a colgar fragmentos del contenido en la web, una difusión light y de bajo costo. Tras un poco más de 300 visitas, el video pasaría a engrosar ese caos flotante y sin fondo en el que todo cabía.

Eran las 6:30 de la mañana. La puta con licencia no remunerada se alistaba para salir a trabajar como abogada, coordinadora, gestora,

activista, etcétera. Se arregló el copete y se dio una última mirada al espejo.

– ¿Qué me diferencia a mí de un hombre o de un negro o de un indio? –Con su mano izquierda sostenía el celular y con la derecha terminaba de echarse labial. Atendía la llamada de Caro, en Manizales. En la clase de castellano le habían pedido entrevistar a un personaje destacado. Ella pensó en Alicia, la mujer que la había motivado para seguir con su proceso. Caro esperaba ser “así de valiente y echada para adelante”.

–La discriminación es un asunto cultural y conceptual –Alicia continuó con su respuesta–, desde pequeños nos enseñaron a rechazar lo diferente, lo que no encaja en las categorías moralmente correctas. Si tienes vulva y vagina, eres mujer y tienes que hacer tu vida con un hombre, casarte y tener hijos. Lo mismo pasa con los hombres: tienes pene, naciste para llevar tus espermatozoides a un óvulo y procrear, y tienes que llevar el sustento a tu familia, como todo un macho

¿verdad? Pero los que integramos la comunidad LGBTI subvertimos eso, demostramos que hay otras posibilidades, retamos las costumbres para que vean que lo diferente no es una amenaza.

Caro pensó en esto y su idea de formar un hogar algún día, pero de solo imaginarlo, se aterraba de cómo habría que afrontarlo. “Yo creo que le tocaría a uno irse del país, por allá donde la gente es libre de verdad y no la juzgan”.

Alicia medía un metro con 84 centímetros. Había ensayado con sastres y modistas la ropa hecha a su medida. Sus gustos siempre tendían la moda clásica, monocromática, de colores tierra; y sus preferidos, blanco y negro. Desfilaba orgullosa con vestidos largos o hasta la rodilla, ceñidos al cuerpo, blusas elegantes y tacones; las faldas cortas las dejaba para el fin de semana. En los últimos meses venía ensayando otros estilos que incluían los estampados y uno que otro color. También estaba haciendo el tránsito al pantalón, pero ese que tenía

bota-campana porque el entubado le recordaba lo masculino, y eso era “un no rotundo”.

Vivía sola, aseguraba que era muy casera y lo que más disfrutaba después del trabajo, que también implicaba viajar, era llegar a su hogar, ver películas y compartir con pocos amigos. Los fines de semana pasaba el tiempo con sus hijas, amigas “transgénero” (siempre hacía énfasis con sus dedos en comillas) que conoció hace años. Comía de todo, pero sus preferidos eran los platos típicos colombianos. Un buen sancocho era un manjar ideal. Evitaba los fritos y las grasas, amaba las verduras y por el afán del día, le gustaba cocinar pasta. Escuchaba a Totó la Momposina, la Negra Grande de Colombia y los vallenatos del juglar. Disfrutaba las melodías del tiple, el arpa y la guitarra. Porque ella cantaba, y decían que todavía tenía buena voz. Sus cuerdas vocales seguían afinadas. Retomar ese pasatiempo era uno de sus propósitos, quería conquistar otros espacios para ser “totalmente feliz”; su trabajo por la comunidad la

llenaba de satisfacción, pero necesitaba un equilibrio con su vida privada.

La principal herramienta de trabajo de Alicia era la Constitución, un libro de 25 años de edad que dictaba las reglas de juego en el país, su rumbo estructural y político. El problema para la comunidad LGBTI –según ella– y para cualquier ciudadano, sin importar su sexo, orientación o gustos, es que todavía muchos se rehusaban a cumplir lo que esa biblia jurídica indicaba.

– Lo que hay que empezar a cambiar es la cultura. Por ejemplo, vea todo el escándalo que se armó por el tema de la adopción de parejas homosexuales, no pueden utilizar el argumento de la orientación sexual para excluirlas de su derecho a ser padres. ¡Eso debió haber sido reconocido hace mucho! –Alicia se percató de que acababa de subir bastante su tono de voz. Respiró hondo, tragó saliva y volvió a calmarse. Después se cambió el celular de oreja– Es que normativamente tenemos suficiente.

Al otro lado de la conversación, Caro se llenó de un largo suspiro para poder digerir toda la información que estaba recibiendo. Nunca había hablado con alguien de estos temas y ahora sentía una necesidad de enterarse y, sobre todo, de entender.

– Las críticas se levantan cuando la ley favorece lo que una sociedad ha condenado durante mucho tiempo. Los ‘hetero’ –aseguró Alicia en su tertulia a larga distancia– también son promiscuos, pero como los ‘homo’, los ‘bi’ y los ‘trans’ somos supuestamente una minoría, y eso no me lo ha probado nadie, entonces nos dejan lo podrido a nosotros los diferentes, los rechazados, criminalizados. Nos señalan, pero los ‘hetero’ son los más grandes usuarios de prostitutas. Somos señaladas como violadores de la ley, y si a eso vamos, como dicen que somos minoría, entonces la

mayoría de criminales vendrían siendo los heterosexuales.

Por fortuna, según la abogada, ahora había muchas normas y sentencias de constitucionalidad que exigían tratar a las personas por igual, aceptando su condición sexual y su diversidad así como se aceptaban las culturas y los credos. Hoy Colombia, a los ojos de la ley, aceptaba a los hombres y mujeres trans. Sin embargo, todavía existía una frontera imaginaria con dos bandos que se rechazaban entre sí.

– No crea tampoco que somos unas pobres almas de Dios –Maquillada y lista para salir, pero un tanto emocionada con su relato, Alicia decidió tomarse más tiempo de lo planeado y se sentó cómoda en un sillón–. Como nos han excluido durante tanto tiempo, no nos sentimos responsables de cumplir con las normas. A veces se nos olvida que no solo es imponer nuestro modo y rechazar al que no haga parte de la comunidad, además de un rechazo al trabajo institucional. El problema aquí es

que no hemos sido estratégicos y eso se da en todas las ciudades. ¿Entonces tiene que ser homos con homos, trans con trans, negros con negros o indígenas con indígenas? Si queremos igualdad, hay que trabajar con todos, reconocer la existencia de otras personas.

Cómo te explico lo que me pasaba. Era como si todos vivieran de día y yo de noche. Como que me iba hundiendo, me iba apagando. Hace rato me consumí.

Yo veo que la gente sonríe, parece que es feliz. Yo ya no sé qué es eso. Ni siquiera sé si alguna vez fui feliz; me imagino que de niño, cuando no entendía lo que pasaba.

Tú me comprabas helados de vainilla en la casa de esa viejita, ¿te acuerdas?, una que parecía un dibujito, como toda tiernita, que se sentaba en la puerta de su casa con una mesita que tenía un mantel de cuadros verdes. Me acuerdo lo

impacientes que nos poníamos el Flaco y yo cuando nos llevabas. Desde que pasábamos la calle, cuando salíamos de casa de la abuela, ya sabíamos qué sabor íbamos a pedir: vainilla; pero nos tocaba esperar y esperar porque la viejita se iba despacio hasta la cocina a sacar los helados del congelador. ¡Yo sentía que eran años!

Todavía me veo ahí, al frente de esa mesa que casi casi, era igual de alta que yo; pero si me paraba derecho y estiraba, el cuello le ganaba con varios centímetros de ventaja. Cuando ‘coronábamos’ el helado, en lo único que pensábamos era que no se nos fuera a caer del palito, por eso poníamos la mano debajo todo el tiempo, recibiendo goteritas, atentos a una caída imprevista de ese cubo congelado.

Así era más fácil la vida. Fue tan fácil la vida.

¿Sabes? Por un tiempo quise “arreglarme”, luché por no ser así. Pensaba que era un capricho de adolescente y que tenía que superarlo

“rapidito”, como nos dice el coordinador para que vayamos a clase.

Ah... me caía hasta bien ese señor.

Pero es que no. Definitivamente yo no tengo nada que arreglarme. La sociedad es la que se tiene que arreglar. Yo no puedo ser de otra manera. Uno es o no es. Sencillo. Y yo sé que tengo razón Ma, lo que pasa es que llegué al planeta equivocado.

Tu diosito se equivocó de mundo.

¿No te parece que yo hubiera sido más feliz en otro lado, en un sitio donde los raros fueran los heterosexuales? ¿Te imaginas todo al revés? Que en los colegios un niño fuera muy masculino y las profesoras tuvieran que comenzar a charlar pasito entre ellas por ese rarito, que sus compañeros se burlaran porque quería jugar fútbol en lugar de aprender porrismo con las niñas, que la psicóloga le hiciera preguntas incómodas sobre su familia (cómo pasaban el tiempo y pendejadas así) y lo mirara con lástima, como si fuera un pobre perro de la calle al que ya se le notan los pedazos de

sarna en los costados, en las orejas, en las patas, pero tiene cara tierna. Pobre perrito. Pobre niño, otro amachado, seguramente sufriría mucho para tratar de encajar.

Corrección. Ese tampoco hubiera sido mi planeta Ma. Yo creo que en mi mundo ese niño no hubiera sufrido. Ni siquiera se hubiera notado una diferencia. En mi mundo no hubiera habido problema; nunca, en ninguna parte, ni en el colegio, en la casa, en la iglesia, en el centro comercial, en la casa de los tíos, en la casa de los amigos, en el barrio, en la tienda de la esquina, en ningún lado hubiera sido rechazado o mirado con desprecio.

Porque Ma, en mi planeta, de donde yo creo que vengo, la orientación sexual es lo mismo que preferir el blanco en lugar del negro o el café en lugar del chocolate. ¿Con dos de azúcar?

Pero bueno. Insisto en que tu diosito se equivocó conmigo.

Cuando ores por mí, y sé que lo vas a hacer, aunque no deberías (sabes bien que no creo en NADA), ora también por él, porque no sabe lo que hizo. Ma, es que ese dios (sí, con minúscula, porque esa mayúscula no es más que un error gramatical; se lo escuché a un profesor alguna vez y creo que es verdad), si es que existe, se equivoca. Tú no me crees, ni la abuela, ni tío Joaquín, ni la profesora, ustedes no me creen, pero él también comete errores. Su error fue traerme a este mundo.

Ma no llores ni te pongas triste. Al principio va a ser difícil, pero piensa que voy a estar mejor. Piensa que ustedes van a estar mejor sin las críticas, sin los sermones del padre Alirio, sin nuestras visitas al psicólogo que te recomendó tía Sonia, nada de eso. Yo sé que tú sufres mucho porque la gente se burla de nosotros. Se burla de este muchachito que “tiene su maricadita”. Así me han dicho mucho Ma. Me imagino que a ti también. Y eso duele.

¿Sabes por qué duele? Porque te excluyen, porque te miran feo, porque te escupen, porque te pegan, porque no quieren hacer una exposición contigo, porque no te invitan al centro comercial, porque hablan de ti en Facebook, porque te bloquean, porque ves que a todo mundo le da risa, porque hacen memes sobre ti... porque te recuerdan día y noche que diosito la cagó Ma.

Es que este es un mundo hipócrita, que prostituye las ideas pero no quiere dejar que un par de mujeres y hombres hagan con sus cuerpos lo que quieran. Pero también es un mundo de lesbianas afeminadas que rechazan a las machorras, de transformistas que no pueden ver a un drag queen (ni siquiera sé si conoces estos términos), de homosexuales que critican a los transformistas, y por allá al final de esa lista... de muchachitos que no sabemos dónde estamos parados en esta cadena ni tenemos idea de a dónde esperamos llegar.

Mundo de heterosexuales descomulgados cuando ven el caminar de un hombre en mini falda

y el beso público de dos novias. Este es un mundo que se vende al mejor postor, que condena el servicio del sexo pero lo reclama lujuriosamente y a escondidas.

Mundo que peca, reza y empata.

Mundo escandalizado.

Mundo atrofiado.

Mundo homofóbico e intolerante... Mundo de mierda.

Dile al Flaco que gracias por haber estado siempre ahí. Es más, déjalo leer esta carta: Flaco, gracias mi hermano. Gracias amigo del alma (lo digo más como expresión porque sabes que no creo en eso del alma, tiene una carga religiosa aburridísima). Te doy un respiro a ti también. No es fácil ser amigo de un gay. Pero si algún día nos encontramos en mi mundo, vas a ver que allá nadie nos va a mirar feo. Y si la cosa es como la pinta la abuela, quién quita, de pronto del otro lado nos volvemos a encontrar a la viejita y le pedimos helados de vainilla.

Discúlpennme por esta última molestia que les causo, pero decidí que es lo mejor. Y si preguntan por qué lo hice, digan que fue por ellos, para dejarlos en paz, para darles el gusto de mi ausencia. Ojalá que no cojan a otro pobre diablo para joderle la vida.

El ejecutivo del bloque de enfrente fue el primero en ver algo extraño: un joven en un balcón subiéndose a una silla. “Estos muchachos de hoy en día. No miden los peligros”, pensó. Apagó su cigarrillo y se disponía a volver al interior de su apartamento cuando vio que ese joven se tiró al vacío. Su grito fue tan espontáneo —“¡Dios mío!”— que su esposa llegó corriendo de la cocina, todavía con un pocillo enjabonado en la mano. A una señora que paseaba un pincher casi le da un infarto cuando sintió el golpe a escasos tres metros de distancia. “Fue una cosa como si se hubiera caído el cielo”,

narró más tarde. Quizá tenía razón. Ese día se le cayó el cielo a una Ma y a un Flaco.

Juan Camilo se suicidó el 15 de junio del 2014. Justo ese día, su mamá se demoró más en llegar porque estaba renunciando al trabajo, tenía decidido dedicarse cien por ciento a su hijo y ponerle más atención a la crisis que estaba llevando casi solo. La carta la vería mucho más tarde. Su “chiquito” se tiró del décimo piso del edificio en el que vivían, en un conjunto al sur de la ciudad. Cayó parado, sus rodillas quedaron a la altura de los hombros. Ya no era Juan Camilo sino más bien una figura amorfa llena de huesos rotos. La muerte fue relativamente rápida, explicaron más tarde a la familia, pues el joven sufrió un desprendimiento cardíaco antes del impacto.

No faltó el “avisado” que sacó el celular para tomarle fotos. En el tabloide *Pa' que vea* sacaron una imagen (según ellos, borrosa, aunque se veía todo) del cuerpo con una breve descripción de lo que contaron los vecinos y el boletín oficial de

Medicina Legal, información acompañada de una picante deducción (o por lo menos esa era la intención, por aquello de las ventas) que plasmaron desde el titular: ‘Antes muerto que salir del clóset. El suicidio de Juan Camilo’. ‘Otro suicidio por bullying. Autoridades encienden las alarmas en los colegios’, comenzaba la noticia de otro medio más conservador, y en la radio otros cuantos titulares bombardeaban el comienzo del día. Semanas después, el tema pasó a engrosar los archivos de la memoria colectiva. Nadie supo qué fue de la vida de sus dolientes.

– Hay tantos casos de abuso, de suicidio, de traumas que son para siempre... pero realmente lo que se da a conocer en los medios de comunicación es poco. No han contado de muchos suicidios por este tema ni qué los causó: la misma discriminación y el abuso de poder, no contaron que una niña trans fue violada por varias personas... tantas cosas. –

Alicia hizo una pausa y se paró, miró la pantalla del celular y se fijó en la hora—.

—Y aunque más esporádicos, también hay casos positivos, dignos de dar a conocer; esos sí que no los muestran. Hay algo que me conmovió cuando fui una vez a Manizales a trabajar con la Alcaldía y las prostitutas de la Galería: Tu historia Caro, tú eres una joven que ha luchado por su reconocimiento sin chocar con nadie —conmovida, Caro solo fue capaz de decir “gracias”—.

Hora de irse. La abogada prometió continuar su historia después, cogió su bolso y les dio un beso a Pato, Roberto y Romeo. Una vez más, una última mirada al espejo. —¿Que qué le digo a la gente que quiera saber de mí? ¿Aparte de lo que ya dije? A ver... que me siento totalmente realizada: Alicia es Alicia y ha hecho de su vida lo que ha querido.

IV

Dios y otros demonios

— ¡Corra que se nos muere!

Simón todavía tenía la madeja de lana enredada al cuello, estaba descalzo y el corazón le zumbaba tanto que sentía una colmena de abejas en sus oídos. El cabello, que por fin comenzaba a colgarle después de meses sin cortárselo, se le atravesaba en la cara y le entorpecía la vista. De repente, le faltó el aire, pisó una rama quebrada y se cortó un pie.

— ¡Usted no puede quedarse sin que ella lo perdone! ¡Corra! —Duván, su hermano mayor, le gritaba y trotaba casi a brincos, con un par de metros de ventaja. Hace media hora le habían dado la noticia de que su abuela Evangelina agonizaba. Venían de la vereda vecina. Todavía les faltaba galopar a todo pulmón y atravesar unos 15 minutos de cafetales.

– ¿Pero qué fue lo que pasó? ¡Ella estaba bien!, ¿De qué está enferma? ¡No entiendo! –le costaba encadenar las palabras y cojeaba del dolor en el pie, pero trataba de mantenerle el ritmo a su hermano. Corrió como si fuera el día del juicio final y tuviera que huirle al redentor (el amigo imaginario de su familia), a quien seguramente no le caía bien. Corrió como si lo estuvieran obligando a ir a misa, como si le hubieran dicho que tenía que rezar el rosario o confesarse por sus pecados. Corrió, con la planta del pie sangrando, con la vista encharcada por los nervios y el temor de pensar en su abuela muriendo.

Cuando llegaron a la casa, Simón atravesó las cortinas que separaban la sala de la habitación principal. Todavía estaba ahogado por la carrera, con la madeja en una mano y el gorro de lana a medio tejer en la otra. Vio a unas personas alrededor de la cama tendiendo sábanas, pasándose cosas entre ellos. Estaban de espaldas, No alcanzó a ver mucho. Nadie lloraba. Allí estaban Julia, la

vecina y amiga de su abuela desde la infancia; Ester y Jacinta, hermanas de Simón, y Joaquín y Ramiro, hijos de Julia. Era extraño, ellos vivían mucho más lejos.

“¿Qué está pasando?”, pensó. La cama estaba vacía, tenía correas y hebillas en cada extremo.

“¿La tenían amarrada?”, el joven se asustó más. No salía del shock cuando vio salir a Evangelina de la cocina, o lo que él creía, su fantasma.

– Mijo, perdónenos pero es la única forma de salvarlo. Entienda que la gente lo quiere y por eso decidimos apoyarnos para que esto funcione. – Con el temblor cotidiano de sus manos, producto de una artritis crónica, su abuela sostenía el Trino, un recipiente especial derivado de un árbol producto de la mezcla del ciprés, el cedro y el pino. Unidos en un solo tronco, simbolizaban la trinidad de la madera de la que surgió la vara de Moisés y la cruz de Jesucristo. El Trino, que llevaba cuatro

generaciones en su familia, estaba lleno de agua hirviendo y algunas plantas que colgaban y derramaban goteras por el brazo titilante.

– ¿Hacerme qué, usted de qué me está hablando? ¿Duván, quién le dijo que la abuela se estaba muriendo? –Duván no respondió nada y agachó la mirada. Estaba al lado de Joaquín y Ramiro, que lo miraban fijamente. Antes de que alguien le contestara o él preguntara algo más, los dos hombres se le abalanzaron y trataron de reducirlo para amarrarle los pies y las manos. Duván ayudó cuando lograron acostarlo en la cama. El forcejeo duró poco. Simón era muy delgado y no pudo con los tres fortachones. Así empezó su encuentro con Dios y los demonios que, según todos, él tenía adentro.

Evangelina llevaba una semana preparándose para este día. Aunque débil por los 90 años que traía encima, oró y ayunó como en sus épocas de aprendiz al lado de su mamá, una partera como la mayoría de mujeres en su familia.

- ¿Tienen fe? –les preguntó a sus ayudantes.
- Tenemos fe –respondieron Julia, Ester y Jacinta.
- El señor nos cuida, ¿a quién temeremos señores?
- miró fijamente a sus sobrinos y continuó la oración.
- A nadie –dijeron las viejitas con los ojos cerrados. Jacinta repetía pero su mirada seguía con preocupación a su hermano.
- A nadie –respondieron segundos después y tímidamente los dos jóvenes.
- ¡¿A quién temeremos?! –Evelina alzó la voz.
- ¡A nadie! ¡Tenemos fe! –gritaron las mujeres.

Así lo reafirmaron durante un ritual que duró cinco días, convencidas de que estaban haciendo una gran obra de caridad. La primera advertencia de Evelina fue que debían creer ciegamente en esto; de lo contrario, todo saldría mal. Las consecuencias eran innombrables. Ramiro y Joaquín pidieron participar solo cuando fuera necesario; para cargarlo o amarrarlo, por ejemplo.

Evangelina aceptó, no quería que sus miedos dañaran la intervención.

Borracho, consciente, sin voluntad de decisión y en un trance que lo mantenía dócil, Simón trataba de pensar que estaba viviendo una pesadilla, que no era posible y tal vez pronto iba a terminar. Vencido por el cansancio, cerró los ojos. “Tengo que despertar”, pensó. El sabor a leche con sal, un vomitivo natural y antídoto universal para expulsar venenos del estómago, lo despertó. Habían transcurrido horas. Cuando no tuvo más para botar que los jugos gástricos, el menú cambió. –Me arde la garganta, denme algo de comer, por favor–. A su alrededor había retazos de tela y toallas ensangrentadas; Evangelina, quien lideraba el ritual, interpretó esa petición como la demonia que ya empezaba a salir. Jamás hubiera pensado en una gastritis y un reflujo crónico por la falta de alimento y el vómito en exceso. El único paliativo para evitar una infección en la herida recién hecha fueron las compresas de agua caliente, café y caléndula.

– ¡En nombre de Jesucristo, salga de aquí el demonio! –decía Evangelina.

– ¡En nombre de Jesucristo, salga de aquí el demonio! –repetían Julia, Ester y Jacinta.

Borraja, eucalipto, vinagre y miel. Simón bebió esta infusión caliente en lapsos de tres horas. Rogaba por una pieza de pan o de arepa, cualquier cosa, pero la matrona le respondía con más rezos. Un olor a carne descompuesta le molestaba y se le impregnaba en la nariz cuando lograba mantenerse despierto una o dos horas. El dolor en el estómago era cada vez más fuerte. Algo le habían hecho, le ardía la piel cerca del ombligo. Aunque las correas que lo sujetaban de la cama ya estaban más sueltas, no alcanzaba a tocarse el vientre. El movimiento le llegaba hasta el pecho y no lograba bajar más; si halaba, el dolor se agudizaba.

Romero, salvia, azafrán y jengibre. Ya tenía la lengua rajada por las yerbas apenas machacadas, el filo de las hojas le cortaba la piel. Valeriana en polvo, canela y limoncillo. Tragar se hacía cada vez

más difícil. Pasaron dos días de rezos, ayunos, sudor, gritos y una dieta líquida a base de plantas medicinales. El exorcismo, vieja tradición familiar en esta casa, surtió efecto. La demonia salió. Simón estaba limpio, ya no era gay y ahora tenía una cicatriz en el estómago que se lo recordaría siempre.

Llegó la prueba de fuego para Caro: contarle a Jacinta, su matriarcal y devota abuela, que ya no era ni volvería a ser Juan Pablo. La historia se repetía.

Fue a visitarla. Tenía sus uñas y cabello largo, usaba una licra ajustada al cuerpo, blusa larga y sandalias. No hubo gritos ni cantaleta. La solución inmediata que Jacinta propuso ante el “problema” fue llevar a su nieto (se negaba a verlo como una mujer) a visitar al Señor de los Milagros en Buga. El primer paso para la redención de su alma después de ese gran pecado sería rezarle a la efigie de cinco metros de altura.

Las alabanzas y súplicas al santo cristo no sirvieron. Caro no solo seguía con el “pecado” encima sino que cada vez lo defendía más. Jacinta pensó en buscar a un sacerdote para sacar esa demonia que hacía comportar a Juan Pablo como una mujer. Aunque años atrás había participado en ritos de exorcismo, acomodados a las tradiciones y creencias de su familia, no se sentía con la fuerza de hacerlo. Además de una arritmia cardíaca, cinco años atrás había sufrido una caída en la ducha y se fracturó la cadera. Desde entonces caminaba con dificultad y apoyada en un bastón.

Mientras ella daba con el paradero del padre Manuel, famoso por exorcismos en los pueblos del Quindío, los soles y lunas de Caro se redujeron a estudiar el libro sagrado. Sus pupilas recorrieron los versículos del Génesis, del Éxodo, del Levítico, de Deuteronomio y de Reyes, entre otras hojas de prescripciones historiográficas e inmaculadas que le contaban lo que podía suceder ante cualquier manifestación pagana, como aquella vez en la que

dos ángeles enviados por el creador destruyeron Sodoma y Gomorra, campos de frondoso libertinaje y fértiles excesos carnales.

“Si un hombre se acuesta con otro hombre como se hace con una mujer, los dos cometen una infamia y serán castigados con la muerte; caiga su sangre sobre ellos” (Levítico 20, 13-14), y así sucesivamente para delitos similares. El

escarmiento se extendía incluso para los que no tenían velas en ese entierro. *“Si uno hace actos sexuales con un animal, será castigado con la muerte; también hay que matar al animal”*

(Levítico 20, 15). “¿Qué? Esto no tiene sentido. ¿Y el pobre animal qué culpa tiene? A lo bien, eso lo raro”, comentaba tras sus lecturas. Sus ojos, asustados, saltaron del Antiguo al Nuevo Testamento, del Nuevo al Antiguo. Curioso: ese Dios que ordenó la muerte a pedradas para los nigromantes y las prostitutas, ya muchas páginas atrás había dictado un mandamiento que decía ‘No matar’.

– Esto castiga todo con la muerte. No importa cómo mijita, a piedra, quemándolos, eso mejor dicho hasta pata yo creo que les daban por dizque impíos –le contó Caro a su prima Lorena, ella era el diario andante que conocía sus secretos.

El interés de Jacinta por “sanarla” tenía un pasado en su familia. Cuarenta años atrás, su abuela Evangelina, conocida en las fincas de la vereda Santa Rita como La Partera, tuvo que lidiar con un demonio similar. Simón, su nieto menor, comenzó a presentar síntomas extraños. Caminaba como pisando flores, su voz cambió a un tono mimoso y los gestos femeninos cuando se expresaba crearon confusión y terror. El joven cruzó el límite el día en que decidió ponerse el pantalón que él mismo confeccionó y que se le ceñía al cuerpo de una manera en que ni siquiera las mujeres lo hacían por pudor.

Durante años, además de atender partos, Evangelina curó de funestas enfermedades a sus familiares y vecinos. A su rancho, una finca cafetera

de dos habitaciones, cocina, corredor y una pequeña parcela de cultivos, llegaban personas de otras ciudades a consultarle por algún mal que los aquejara. De Armenia, Pereira y Cali eran las visitas más frecuentes. En ocasiones, era necesario pedir una cita con anterioridad.

Entre lo que aprendió de generaciones pasadas estaba la cura para el cáncer. Una vieja creencia de la familia, proveniente de una comunidad indígena del Ecuador, rezaba que el cáncer se podía curar con carne animal. En Santa Rita, un pequeño tugurio colonial levantado entre platanares y cafetales al occidente de Manizales, era común que entre los mismos habitantes se cuidaran; ninguno estaba afiliado al sistema de salud.

El tratamiento consistía en introducir un pedazo de carne de vaca cerca de la región del cuerpo afectada. La persona era sedada con licores de plantas y frutos fermentados. La receta variaba por el fruto, que en ocasiones era maracuyá o piña, pero el ingrediente principal –hojas de marihuana y

coca— no debía faltar. Ya en ese trance y sin dormirse, al paciente se le practicaba una cirugía. A través de una pequeña incisión le introducían el trozo de carne, que debía estar fresco y reposando en el mismo licor hecho para soportar el dolor. El tamaño era proporcional al tumor. Esto se deducía a cálculo, con un tacto previo.

Tras cuatro días con el injerto en el cuerpo, se realizaba un nuevo procedimiento quirúrgico; esta vez, era similar a una cesárea. El implante salía negro, putrefacto. Eso era lo que se esperaba, que el cáncer se adhiriera y liberara el órgano afectado. Las curaciones seguían con infusiones de las mismas yerbas y vendajes con caléndula. Era cuestión de días para comenzar a ver los resultados. “Eso es bendito”, decían los lugareños. Eso sí, de sumo cuidado. No cualquiera podía hacerlo. A veces, el desenlace era mortal.

Había un demonio especial, uno más potente que el cáncer y al que los habitantes de Santa Rita le temían. En lugar de podrir los órganos del doliente,

este mal le podría el alma y lo alejaba para siempre del paraíso. Por lo general, los enfermos, pobres, sin poder pensar siquiera en la posibilidad de ir a un hospital, se sentían bendecidos con la ayuda de las matronas y yerbateros. Simón fue un caso único. Él no quería ser “curado”.

Esa intervención de la que se siguió hablando muchos años después en el tugurio fue diferente. El trozo de carne no fue de vaca sino de buitre, un carroñero homosexual que se alimentaba de la basura de la gente. Para los habitantes de la vereda, ser gay era el peor deshecho, la peor versión de sí misma que una persona podía arrojar al mundo, una desgracia que desencadenaba un karma generacional difícil de combatir.

Cuentan que durante dos días de borrachera botánica, Simón cargó un bulto cosido a su estómago: el muslo ulcerado y descompuesto del gallinazo que sacrificaron en medio de rezos y humaredas verdes. Evangelina, su abuela, decía que en esta parte del cuerpo se alojaban las emociones,

entonces allí era donde había que matar el intento repulsivo de un espíritu embustero por dañar a un “hijo de Dios”.

Él no sintió la candela de sanación bajando por su cuerpo, ni la paloma luminosa posándose en su cabeza; ni la paz, ni la liberación, ni la tranquilidad. Fue rabia, dolor, resentimiento e impotencia. No se sintió sano porque nunca estuvo enfermo, no sintió que se libró del pecado porque no creía en tal cosa, solo sintió un deseo de marcharse, de no volver.

Los primeros días después de la ‘limpia’, como le decían algunas vecinas a los exorcismos, quienes creían que este era un tiempo del demonio, a Simón se le vio callado y esquivo. Nadie se le acercaba, las personas temían que esa fuerza maligna siguiera cerca y se transmitiera en cuestión de un parpadeo, de una mirada. Sus días de sastre terminaron, no tenía clientes.

Llegó el día en que nadie pudo dar razón de su paradero. Algunos decían que se había ido del

país, y otros, que se había internado en un monasterio. Años más tarde, su cuerpo sin vida apareció en la plaza principal de Manzanares, un pueblo de Caldas al que se fue a trabajar como peluquero. “Problemas de faldas”, informó el boletín de las rezanderas que cada tarde, después de misa, se instalaban a ver pasar la gente en el parque. El hombre recibió un tiro en la cabeza. Las cortinas se cerraron, nadie vio nada. El impacto de la bala le hinchó la cara, su rostro se deformó. Solo fue posible reconocerlo por la cicatriz en el vientre, similar a una cesárea.

Jacinta llegó a pensar que quizá la demonia que le trajo la desgracia a su hermano, había saltado un par de generaciones hasta dar con otra alma endeble.

Eso eran los gay, afeminados y maricas: una grieta histórica, una mancha cristiana, un error divino. Lo prohibido, la marca del pecado y la

condena en sí misma. Una conducta indeseada, un ser innatural, un hombre en conflicto. Ellos, los afeminados, los sodomitas, los fornicadores, los infames, impuros en todo el alcance de la palabra, desterrados de la perpetuidad prometida. Eran la puesta en escena de hojas y hojas de adjetivos despectivos, ofensivos y punitivos, la causa de tirantes pronunciamientos lingüísticos que acompañan la historia del animal erguido y del rechazo por un ser humano distinto, atorado en el dictamen de una palabra celestial. Dios, esa sucesión de letras sin sentido que representaban una enorme contradicción, un error gramatical con mayúscula inicial.

– Por allá hay un pedazo que dice que los pecadores no heredarán el reino de Dios –Le contó Caro a Lorena, haciendo alusión a Corintios 6, 9–. Vea, ponga cuidado: “(...) ni los lujuriosos, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los vestidos”.

– ¡Apareció el padre Manuel! –Celebró Jacinta–. Mi Dios es tan misericordioso que nos socorrió la cita con él para esta misma semana. Eso es como un milagro porque el padre mantiene muy ocupado. Viene el fin de semana para ver a Juan Pablito.

– Abuela, yo me llamo Caro –le recordó molesta la joven.

– ¡Juan Pablo! –Respondió ella con un grito.

A pesar de su inconformismo, Caro le seguía el juego a su abuela, lo mismo hacía Lucía. No querían discutir. En el fondo, pensaban que ella terminaría aceptándola y llamándola por su nombre actual.

El padre Manuel ya era famoso en el Eje Cafetero por sus exitosos exorcismos. Polémico y terco, porque no era uno de los autorizados oficiales por el Episcopado Colombiano para realizar estos rituales. “Pero es que el señor me eligió y yo tengo que luchar contra el demonio. Es mi misión”, eran

las palabras de su más reciente entrevista. Se decía que corría peligro de perder sus investiduras como sacerdote; sin embargo, la iglesia católica perdía el impulso en cada nuevo intento por aislarlo, la gente lo apoyaba ciegamente.

Todo estaba listo. Caro llevaba una semana rezando el rosario con su abuela y su mamá. Estaban durmiendo en casa de Jacinta, la finca en la que la joven creció. Sancocho de gallina, arroz, aguacate y limonada era el menú para recibir al padre Manuel. Caro estaba asustada, y aunque no creía en nada de lo que supuestamente iba a ocurrir, le inquietaba la convicción con la que hablaba Jacinta.

Una, dos, tres horas después de la acordada, no se tenía noticia del exorcista. Cada tanto, entre una y otra ojeada al reloj de la pared, la abuela de Caro se asomaba por la ventana para ver si alcanzaba a reconocer la figura del padre a lo lejos, por el camino de piedra para entrar a la vereda. Nunca llegó. A la mañana siguiente, un rumor

paralizó las actividades de recolección de café y plátano habituales en Santa Rita.

– Dicen las malas lenguas que al padre se lo llevó la policía para interrogarlo –les contó una vecina–. Dos días después, la noticia salió en el periódico local. Era un caso de años atrás y del que los fervientes seguidores no hablaban.

Ratifican condena a sacerdote por abuso sexual a menor de edad

El fallo se da tras siete años del proceso. La defensa del presbítero, famoso por realizar exorcismos sin autorización de la iglesia católica, solicitó medida de aseguramiento domiciliar.

Manizales. El juzgado séptimo penal municipal de Manizales confirmó la sentencia emitida el 2 de mayo del 2012 en contra del sacerdote Manuel Isaza por el delito de acto sexual abusivo a un joven con retardo mental moderado, quien se desempeñaba como acólito en la iglesia La Inmaculada.

En la lectura del nuevo fallo, que ratifica los 64 meses de prisión para Isaza, su defensa solicitó que Medicina Legal evalúe el estado de salud de su apoderado para que no sea trasladado a un centro carcelario, pues el presbítero fue sometido a una cirugía de cadera el 30 de noviembre del 2012 y su estado de salud, aparentemente, no es bueno.

Sin embargo, los testimonios de algunos feligreses indicaron que el hombre no ha parado con sus actividades religiosas y que viaja con frecuencia a diferentes pueblos del Eje Cafetero. Incluso, en la audiencia se mencionó que Isaza ha cultivado fama de “exorcista” y esto le ha significado problemas con el clero católico colombiano.

Los hechos por los que se le condena ocurrieron en el 2007 y fueron denunciados por la familia del joven un año después. Julián Rodríguez, el afectado, narró que en una ocasión le pidió ayuda espiritual al párroco porque tenía pensamientos impuros y deseos de masturbarse; Isaza lo condujo a un cuarto de la casa cural y le tocó los genitales. Vásquez contó que a pesar de que “antes confiaba en los padres y los veía como personas buenas, ahora no”.

Los testimonios de los demás acólitos demostraron que el padre Isaza “sí inducía a los jóvenes a practicar actos sexuales bajo excusa de ofrecerles ayuda espiritual”.

En la audiencia se determinó que la víctima tendrá 30 días para solicitar el incidente de reparación integral. Mientras que a la defensa le queda interponer el recurso de casación inmediata.

Exigió la garantía de su matrimonio

Afuera del juzgado, entre los fieles que fueron a manifestarle su apoyo al acusado, John Wilson Mejía, quien se casó en una misa oficiada por el sacerdote hace 20 años, pidió la anulación del matrimonio y exigió que lo casaran de nuevo. “Si ese tipo es un farsante y un enfermo, un pedófilo, yo le exijo a la Arquidiócesis de Manizales que nos case otra vez a mí y a mi esposa. Que me cambien ese papel donde dice que esa porquería me casó. ¿O es que en la iglesia no dan garantía?, exclamó el hombre.

El escándalo desanimó a la abuela. Durante días no habló y solo salió de su habitación para lo necesario: alimentar a las gallinas, recoger los huevos y rezar el santo rosario. Semanas después, les pidió ayuda a unas vecinas para intentar practicar el rito de expulsión, pero ellas se negaron, temían que algo saliera mal. Aunque al principio de lo que consideraba una “payasada” Caro accedió a dejarse ver por el sacerdote, cuando se enteró de la historia de Simón, dejó de visitar a Jacinta y prefirió esperar que con el tiempo la aceptara como era. Pero las cuestiones del tiempo son tan relativas que pasarían años para que algo cambiara.

—Así me lleven hasta la Patagonia para hacerme un exorcismo o lo que quieran, no hay nada qué hacer, yo soy así y punto... Tienen que entender que yo soy una chica trans. Estoy dispuesta a soportar lo que sea —le comentó a su abuela antes de marcharse.

V

Las Guapas

Era la semana institucional en el colegio, la primera después de vacaciones. A Caro le preocupaba enfrentarse, una vez más, a las miradas de los profesores y compañeros. Esta vez les daría más motivos para murmurar algo: pasaría por el lado de ellos en falda. “Si quieren hablar, yo les doy de qué hablar”, se dijo y recordó las veces que la miraron como si fuera un bicho raro, las repetidas ocasiones en que sus compañeros se metieron al baño de hombres para verla orinar porque la curiosidad y la risa les podía cada que veían a un joven amanerado, quizá muy femenino, entrando al mismo baño de ellos. Querían ver si orinaba parado o sentado.

– Es que una se siente una cosa, pero la gente lo obliga a ser otra. ¿Yo por qué tengo que actuar como hombre si soy una mujer? –Comentaba Caro con frecuencia—. Es que es tan triste que hasta

para ir a hacer chichí se burlen de mí. Pero bueno, hay personas que la pasan peor, a otras las cogen a pata –recordó la biblia y su consuelo fue no haber nacido en un tiempo más bárbaro, como el de Simón, luego pensó en Las Guapas y sintió pena por el maltrato que muchas de ellas vivían.

Noche fría en Manizales. Una esquina. Un pucho. Poca ropa. Más frío... y por fin un cliente.

Las esquinas del Centro Galerías Plaza de Mercado son testigo de las noches de placer que se han vendido en la capital de Caldas desde hace muchos años. Testigo de polvos de media hora, drogas, licor y golpes. De robos, de asesinatos, de negocios ilegales y de vuelos psicoactivos y psicodélicos a otro mundo. De las borracheras sin condón, de la risa, de la música y las amanecidas. Esas esquinas son testigos del compañerismo, de las peleas de billar, de las enemistades, de las redadas policiales, de los robos y de los amores. Por aquí ha pasado de todo.

Una de esas esquinas tiene dueñas: Las Guapas. Ellas son la que mandan la parada. Su número de integrantes varía constantemente. Son trabajadoras sexuales no solo de Manizales sino de otras partes del país. Son mujeres, travestis y transexuales que se amañaron en la ciudad y formaron su grupo como una familia. Siempre se ubican en la misma cuadra, queda en la carrera 18 con calle 22, pero pocos se ubican así, esa es la Calle de Las Guapas, no hay nomenclatura que valga.

Mañana soleada. La esquina. Un tinto. Poca ropa. Hace calor. Y por fin... el desayuno.

– Donde yo vivía había un policía que se enamoró de mí; mejor dicho, me la tenía montada, cada que me veía, me daba garrote, entonces yo me vine para Manizales ¿y soy tan de malas que a esa bestia la trasladaron para acá? Eso fue tan horrible. Siguió dándome cada que me veía, pero las chicas se agarraron con los policías, dijeron que yo no estaba sola y me defendieron.

Hace siete años, Rosa llegó de Tuluá (Valle del Cauca) a Manizales. La invitó Martina, líder de Las Guapas. Soñaba con casarse y ayudar a otras personas así como lo hicieron con ella. “Toda una mamacita regia”, así se sentía a sus 42 años, “con algunos kilitos de más”; resultado de su voraz apetito.

– ¡Ve! mi amor, ¿me traés otro caldito y otros huevos revueltos por favor? –La morena interrumpió su historia para pedir una segunda tanda de desayuno porque sentía “un huequito en el estómago”.

El humo de las busetas pintaba de negro los panes recién salidos del horno, expuestos sobre las vitrinas de la panadería. Al lado de las bandejas, todavía calientes, reposaban los chicharrones de arequipe y bocadillo que habían salido horas antes. La estrategia de ubicar un ventilador en su potencia más suave para que el viento esparciera el olor a dulce, era infalible. Ese punto era famoso por sus delicias azucaradas. Afuera, a pocos pasos, en el

paradero, los pitos de los carros afanados por adelantar el transporte público se fundían en una sola melodía con los gritos que entonaban vendedores de revuelto, CDs, ropa y zapatos. Afiches del señor de los milagros colgaban codo a codo con cantantes de música popular y reguetón.

– ¡Ah!, y otros dos panes de una vez –le alcanzó a decir a la mesera, una joven de escasos 16 años que en ese momento ya estaba sirviendo el caldo con papas y costilla de la olla grande que había en la estufa. Era una cocina pequeña a la vista de los comensales–. Roxana y La Coste pidieron lo mismo. –Es que esta gente sirve como muy poquito amiga– le dijo la una a la otra.

– Reina, y ya de ahí me fui involucrando con los programas que estaba haciendo la Martina, en fundaciones y cosas así, y ahora último que resultó lo del video pues ya nos hizo como más famositas. ¿Quedó chévere cierto? –Rosa siguió hablando con Tatiana, una de las integrantes de la Puta Manada, organización feminista que participó en el rodaje

del video Guapas, con el que clasificaron en un concurso nacional sobre la no violencia contra las mujeres y la equidad de género. La idea era mostrar casos de abuso y qué estaban haciendo para dar a conocer su lucha. Ellas quedaron en primer lugar. La Fundación Planetaria Mujer les regaló los pasajes y la estadía para que fueran a recibir el premio a Bogotá.

– Cuéntele que casi nos dejan morir a La Caballo –interrumpió La Coste.

– ¡Entonces vení y le contás vos! ¡Dejá hablar hombre! –dijo Rosa sulfurada.

– ¡Hombre su madre oyó! –le respondió La Coste. Todas se rieron. Rosa también.

– ¿Sabés que sí Coste?, mi madrecita tiene más guevas que todas nosotras juntas –gritó Rosa. Su intervención desordenó más a las comensales.

– ¿Qué pasó con La Caballo?– preguntó Alejandra, otra integrante de la Puta Manada.

– Ah pues que casi se nos muere la pobre negrita. Un día estábamos acá en la esquina

esperando clientes y se armó una pelea en un bar de allí a la vuelta –Rosa señaló la cuadra anterior, una calle con almacenes de pollos, conejos, pájaros silvestres, alpiste y concentrados–. La Caballo llegó de un momento a otro, llena de sangre, no sabíamos de dónde le salía. Le habían dado una puñalada en la espalda, como en un hombro, algo así. La llevamos a urgencias al centro médico de allí –nuevamente, señaló otro sitio cercano– y casi no nos la atienden. Nos miraban feo, no querían dejarnos entrar y nosotras a los gritos ahí afuera. Como La Caballo seguía votando sangre, la gente se corría, como que le daba asco, eso se les notaba en la cara de fastidio que ponían. Nosotras todas cabronas de la rabia y del susto armamos un bonche, llegó la Policía y en vez de ayudar, nos atarbaneó más. Decían que nos iban a llevar, que estábamos borrachas. Era mentiras. Yo solo pensaba: Esta negrita se nos va a ir –Rosa paró su relato para sorber el caldo que le quedaba en el plato–. En todo caso, terminaron atendiéndola ahí

de mala gana, le cogieron unos puntos, le pusieron unas inyecciones de esas que tienen como un suero y ya. Al otro día íbamos a ir por ella cuando fue llegando solita, toda berraquita.

Al maltrato de la Fuerza Pública y la indiferencia en los centros de salud cuando algo les sucedía, se sumaban las miradas de desprecio de las personas que pasaban en buseta y que, con el morbo de reojo, se escandalizaban por las mallas, bragas y transparencias de las mujeres y travestis que se ubicaban en la esquina para ofrecer sus servicios. Ese paradero en la ruta de transporte público marcaba un punto de referencia en la ciudad. De ahí para abajo se extendía –a lado y lado– la Galería, la plaza de mercado.

– Es que no dejan nada a la imaginación. Eso es una vulgaridad –alcanzó a escuchársele a una señora que esperaba la buseta en el paradero, afuera de la cafetería–. Por lo menos deberían estar más para adentro, por allá abajo en las calles del fondo de la plaza, ¿pero ahí en plena avenida? Por acá

también pasan niños en el transporte escolar. Eso es un irrespeto a la ciudad.

Caro conoció a Las Guapas en las vacaciones de mitad de año cuando fue a la cita en la Registraduría Civil Departamental para cambiarse el nombre y tramitar una nueva cédula de ciudadanía, así comenzó su cuenta regresiva para dejar de ser Juan Pablo.

Esa misma espera terminó para Guillermo Fuentes, a quien hace diez años conocían como Martina. Ella era de Ibagué, una ciudad a seis horas de distancia de Manizales. Desde que llegó se presentó así, nunca más usaría su nombre de pila; sin embargo, aunque no quisiera, a veces le tocaba.

– Es muy molesto cuando una va a una cita médica y la llaman por el nombre de la cédula. Una está ahí sentada delante de todo mundo vestida de mujer –¡Porque es una mujer! Gritó alguna de Las Guapas a lo lejos. Ellas escuchaban atentas– y claro,

imagínese las miradas encima. Ahí empieza la discriminación, si no nos sentimos aceptadas. Lo primero es que tengamos el nombre que nos identifique y nos haga sentir bien.

Martina aspiró el cigarrillo que sostenía con delicadeza, cerró los ojos un poco, como enfocando su vista en la nada, inhaló y soltó el humo lentamente. Masticó chicle y continuó.

– Yo llevaba ya varios años metida en todo este cuento de la identificación, y no solo para mí sino para el resto de las muchachas. Con los grupos de apoyo de la Alcaldía logramos que nos ayudaran con el dinero para los papeles y algunos trámites, pero otras cosas nos ha tocado costearlas a nosotras, y muchas no tienen.

– ¡Nos pagamos el nombre con esta mi amor! –Luna del Mar gritó desde la otra mesa de la cafetería donde todas desayunaban. Vestía un atrevido short de jean, una blusa transparente y unas botas. Orgullosa, se tocó los genitales, su fuente de dinero. Todas celebraron y se rieron.

Luna se acercó a la mesa de Martina, Rosa, Tatiana y Daniela.

– Bueno, mentiras, yo para qué le voy a venir a hablar mierda –reconoció–, yo no saqué la cédula porque –partió un trozo de pan y se lo engulló– a la final –las mejillas se inflaron para no dejar caer la masa–, ¿eso para qué? Y vea, las que han ido por allá a la cosa donde registran, eso como que las demoran todo un día en vueltas. ¿A mí quién me paga lo que yo me hago en un día en esta esquina? Nadie bebé, entonces así no podemos.

– Puede que nadie le pague hija pero si usted quiere que le sigan diciendo Rodrigo, usted verá. Cada loca con su nombre –Esta vez, Martina les gritó a Las Guapas–. ¿Me dejan terminar de hablar o qué? –Todas guardaron silencio. Sabían que alegar con la ‘madre’ del grupo, como le decían en charla, era salir perdiendo.

– Es muy difícil dejar a todo mundo contento. Eso también es de cada una. No crea, yo casi no hago eso tampoco. Mi registro civil estaba

en Ibagué, casi no me lo mandan pero pude hacerlo por medio de una prima. Dígame cuántas no pudieron hacer nada porque no tenían quién les ayudara a sacar ese papel en sus ciudades. Ojalá todas tuvieran cédula con un nombre decente.

Cuando las vio en la Registraduría, Caro se sintió intimidada, pero poco a poco comenzó a frecuentar la famosa calle, y si se las encontraba en otros lugares del centro, las saludaba efusivamente. Ella las respetaba y admiraba: “No es fácil hacer lo que hacen. Son mujeres que han sufrido mucho y como sea, han salido adelante. Algunas tienen hijos, otras mantienen a sus familias. Es que es muy duro. La cosa es que otras lo hacen por gusto, solo para comprarse ropa y para irse de fiesta. Y otras se drogan, consumen cosas. Por eso es que tampoco me gusta meterme mucho ahí. A mí me da como susto eso”.

Punta, tacón, ¡acción! Solo una semana después, Caro viajó con La Puta Manada y Las Guapas a Bogotá para participar en la campaña nacional Déjame en Paz, un evento organizado por la Fundación Planetaria Mujer, en el que se dieron cita colectivos feministas del país para dialogar sobre las propuestas de lucha contra la violencia. Allí, Las Guapas recibieron el premio por el video que rodaron con el apoyo de La Puta Manada y Subversión Marica, otro colectivo. Dicen que siempre hay una primera vez para todo. Esa fue la primera vez que ellas visitaron la capital colombiana. El viaje, como era de esperarse, fue “una locura”.

8:00 p.m. Punto de encuentro: El Cable, la zona rosa de Manizales era una frontera imaginaria que no cruzaban Las Guapas. Se les veía en La Galería o en el centro, pero había un código social que las cohibía de transitar por ahí. Allá... las putas. Acá... ¿quiénes?

Todo empezó con una botella de aguardiente. Cuando el cupo estuvo completo, el bus arrancó. Música, baile, chistes, gritos, discusiones, más aguardiente y comida chatarra fue lo que le sobró al grupo en las primeras horas de viaje. Luego, los ánimos se enrarecieron.

– Chicas, este consejo y petición va para todas. El baño es de uso de todas y no es justo que ya esté así de sucio. Hay ‘miaos’ hasta en las paredes. Entonces pilas, para que estemos cómodas hay que ser solidarios y pensar en el otro. ¿Bueno?

A nadie le agradó el comentario de Caro cuando salió del baño. Un par de miradas la siguieron hasta el fondo del bus, donde se acomodó con Tatiana, Julián y Daniela, de La Puta Manada.

– ¿Vos creés que yo voy a orinar sentada ahí? –respondió Rosa–. No mamita. Si querés sentarte ahí como toda una dama, esa taza ‘chilgueteada’ es toda tuya mi amor.

– Oiga Rosa, usted solita se delató que fue la que falló en la puntería, pero estoy de acuerdo. Si

ahora me dan ganas de orinar, yo no me voy a sentar ahí –dijo La Coste.

– Ey, chicas, por favor. Calmémonos que el viaje es largo, todavía nos quedan muchas horas para llegar, entonces llevemos todo bien. –A Isabel, líder de La Puta Manada, todas le hacían caso, una muestra del agradecimiento por los más de siete años trabajando, compartiendo e intercediendo por ellas para hacer valer sus derechos ante la Alcaldía y los organismos públicos.

Ya eran las 10:00 de la noche. Después del frío del páramo cerca del Parque Nacional Natural Los Nevados y luego de pasar el sector de Letras, en terreno tolimense, las muchachas se quedaron dormidas. De pronto, el chofer frenó, prendió las luces y se paró de su puesto.

– Yo con mucho respeto se los digo, no tengo nada en contra de ninguno o ninguna de ustedes, con mucho gusto las llevo hasta Bogotá y vuelvo y las traigo, pero no les voy a permitir que

fumen dentro del bus y mucho menos si es algo ilegal.

Al escuchar esa palabra, se vieron las cabezas asomándose de cada silla. Las miradas buscaron algo inusual. Sin decir nada, Martina apagó el porro de marihuana y lo botó por la ventana.

– Si esto vuelve a suceder, con toda la pena del mundo, hasta ahí llega el viaje. Pido cambio de ruta o algo hago, pero no sigo así. –el conductor comenzó a sulfurarse–. A mí me llegan a parar en un retén y el que lleva del bulto soy yo por permitir cosas como estas –dicho esto, volvió a su asiento. Martina no tuvo tiempo ni de pedir disculpas. Todas la miraron. Nadie se atrevió a decir nada.

Ocho horas y tres paradas a comer después, llegaron a Bogotá. A las 5:00 de la mañana se bajaron del bus para registrarse en el hotel. Las reservas estaban hechas desde hace una semana; curiosamente, y a pesar de que Isabel había confirmado la disponibilidad el día anterior, cuando

el administrador de La Abadía vio entrar a quince travestis, transexuales, gays y lesbianas, argumentó que las habitaciones se habían llenado en las últimas horas y no tenía dónde alojarlos. Media hora después, mientras el grupo dormía en el lobby del hotel, Isabel logró conseguir otro lugar para hospedarlos a todos, a solo tres cuadras de allí.

Pssst pssst... ¡Una miradita! Humberto no se dio cuenta de que ya se había llenado el balde con el agua de la manguera. Embobado, miraba hacia el cuarto piso del hotel La Soledad, ubicado en el barrio con el mismo nombre, justo al frente del lava autos en el que trabajaba. Haciendo presión contra la ventana, unas nalgas descomunales y libertinas se meneaban de un lado al otro. Humberto, vestido con camiseta negra, overol azul y botas pantaneras, estaba atónito, algo excitado. Miró a su alrededor, esperando que alguien estuviera reparando lo mismo, pero no vio a nadie. A excepción de un par de carros que acababan de pasar, las calles estaban vacías.

Cinco minutos antes, arriba en la habitación 309, Roxana se había sacado el hilo de sus tangas negras, atrapado en el centro de su trasero. La prenda le combinaba con el enterizo de encaje y huecos por doquier que dibujaban una malla en su cuerpo desnudo. Acababa de salir de la ducha, se hizo un rullo en el cabello y le pidió prestado el maquillaje a Martina.

– Oe, mire ese gordito lo bello que madruga a lavar el carro. ¡Mi amor, así es que me gustan a mí, juiciosos! –gritó.

– ¡Ole! qué son esos gritos hija, respete que esto no es la Galería. ¡Eh! Cómo se le nota que nunca ha salido de Manizales –la regañó Dahiana.

– ¿Y yo pa' qué putas quiero que madrugue a lavar el carro si no es de él? ¿No ve que es como un chofer? –Lola se sumó a la conversación.

– Maricas tan bobas, ¡de malas! Venga y verá yo me lo conquisto –Roxana deslizó la licra de encaje por sus piernas y le dio la espalda a la ventana. Todo quedó al aire.

– Era lo menos que podíamos esperar –le dijo Isabel a Martina– pero tratemos de controlarlas para que no nos saquen de aquí. ¿Sí?

– ¿Quién me presta la toalla? ¿Alguien trajo? –gritó Sebastián desde el baño, él era uno de los integrantes del colectivo Subversión Marica. En su maletín traía un vestido, maquillaje y collares para representar a su grupo en la marcha programada para la tarde–.

– Cuidado cogen la mía –advirtió Rosa y se plantó al lado de su morral de flores.

Aunque en este hotel sí les permitieron el ingreso, solo había una habitación disponible. Eran quince personas en un solo espacio con tres camas y un baño. Tendrían que esperar hasta la noche para acomodarse.

– Chicas ya son las 6:40 de la mañana. Nos tenemos que bañar, arreglar y arrancar para el evento. Recuerden que empieza a las 9:00 –dijo Isabel– ¡Ah!, y aparte, hay que ir allí a desayunar. Mejor dicho, apúrenle.

Rosa y La Coste se bañaron juntas, Tatiana y Daniela también. El piso se convirtió en un charco con pelos, ropa mojada y olor a shampoo.

A lo lejos, Tania escuchaba la algarabía del grupo, la risa, el madrazo y la recocha en la que se convirtió ese “arreglémonos rápido y nos vamos”. En primer plano, en su cabeza, ella cantaba un reguetón. Se sentía un ángel con el enterizo en *strapless* de una ligera tela blanca que le cubría el cuerpo, apenas lo necesario. Ella sonreía grácilmente y se maquillaba sin afán; se miraba la piel, las manos y las piernas. Tania tenía ojos grandes y coquetos, labios gruesos, pómulos pronunciados y una voz quebradiza que luchaba por agudizarse en cada vocablo. A veces, lo lograba; otras, el intento se le volvía nasal y la garganta se tropezaba con unas notas graves.

Cabello largo color castaño oscuro y mechones rubios, unos rizos de finas espirales que le llegaban hasta el trasero, 1.55 metros de estatura y 40 kilos de peso. Esa morena que comenzó a

ejercer la prostitución desde los quince años contaba tranquila que una tía la veía como “un culicagado de 24 años que no sabe qué quiere ni quién es”.

– Pero yo soy una mujer y sé todo lo que quiero. Ya me puse silicona en las nalgas. Mi próxima meta es la depilación con láser y luego me pongo los senos –Tania irradiaba serenidad y ternura; proyectaba frescura. La vida le había prestado momentos que ella, a su manera, había aprovechado.

– Bueno manada de lentejas, nos vamos y la que se quedó se quedó –advirtió La Coste y agarró su bolso, se lo colgó en el hombro y salió de la habitación.

Después de recibir el premio, Las Guapas, La Puta Manada y Subversión Marica se fueron a caminar por la concurrida carrera séptima, con sus celulares grabaron videos y tomaron fotos. Almorzaron un corrientazo bien cargado y siguieron

para el Planetario Distrital, el punto de partida de la marcha Déjame en paz.

La Coste fue una de las más alegres. Iba al ritmo de las arengas tomando cerveza. Movía su trasero de lado a lado y se alborotaba cada vez más los crespos. Sus lentes de contacto azul hacían juego con las pestañas postizas, los labios se los pintó rosados para que le luciera más la camiseta que les dieron los organizadores de la marcha. Quizá los tragos ayudaron, pero cuando Caro le preguntó qué significaban Las Guapas para ella, su semblante cambió. Los ojos se le derritieron, hizo un puchero infantil y negó con la cabeza. Siguió caminando. No podía hablar.

– Tan linda. Eso dice mucho –comentó Caro con intención de consolarla y le acarició el brazo.

– Es que es una familia. Ellas son mi salvación –alcanzó a decir antes de bogarse la cerveza y seguir su paso–, tendríamos que sentarnos un día entero para alcanzar a contarle mi historia.

Al evento, que congregó unas dos mil personas, asistieron grupos LGBTI y feministas de todo el país. Diferentes medios de comunicación asistieron, entrevistaron a las mujeres, tomaron fotografías y grabaron los cantos de las batucadas. El cierre estuvo a cargo de Rebeca Lane, feminista cantante de rap. Para ese momento, todos ya estaban enrumbados. La cerveza y el biche rojo que llevaron los grupos de Buenaventura hicieron efecto. Sebastián alardeó que había conseguido novio. Tania se fue con un cliente. Otras, algo cansadas, buscaron un taxi que las llevara al hotel pero ninguno paró. Fue necesario que Roxana bailara sensualmente en la mitad de la calle. Todas se llevaron la bandera de la paz que les dieron para la marcha, un trozo grande de tela blanca. “Con esto hacemos un vestido”, dijeron. En la noche, el remate fue en una cantina al frente del hotel y en seguida del lava autos. Humberto, el empleado que esa mañana se quedó boqui abierto con el trasero de

Roxana, se unió a la fiesta con unos amigos. Dicen que nunca van a olvidar esa noche.

Fue como se lo imaginaba. Hubo burlas, miradas de castigo y de rechazo, susurros a su paso y comentarios hirientes. Sufrió, “¿pero quién no sufre?”, se preguntó; además, ya tenía el uniforme completo. “Deje que hablen, usted es una berraquita Caro... y una mamacita –lucía orgullosa el uniforme de mujer–. Como ellas dicen, para pararse a las 3:00 de la mañana en una esquina, casi empelota, hay que ser guapa. Si ellas pueden hacer eso, a mí esto no me va a quedar grande.

– ¡Para clases jovencita! –La rectora, Lucrecia Arbeláez, interrumpió la conversación de Caro con un periodista y le recordó que ya ha perdido la primera hora de la jornada. Varios periodistas habían ido ese día a entrevistarla. De radio, de prensa y de televisión, todos querían conocer a la primera estudiante transgénero de esta

ortodoxa y apostólica ciudad, donde las señoras iban a misa a diario, había una gran cantidad de iglesias católicas y templos cristianos (y la cuenta seguía con los otros cultos), todos con algo en común: adoraban a un Dios que (según sus interpretaciones) no quería a los homosexuales, transexuales, travestis, transformistas, o lo que sea que marcara una ruta distinta a la de ser hombre o mujer.

En una ocasión, Caro iba en la buseta para su casa. Un señor, Testigo de Jehová (según le contó al pasajero de en seguida), narró la historia de un “hermano” (como se decían todos en su iglesia) que tuvo que retirarse de su grupo porque era gay. “Pobrecito”, dijo, “él trató de cambiar y de dejar todo eso pero no pudo”. Agregó, convencido, que su hermano había hecho lo correcto mientras retomaba el camino. El problema fue que después lo vieron maquillado. “Pobre familia”, le respondió el joven a su lado. Caro quiso interrumpir la

conversación pero estaba cansada después de un día largo de trabajo. “Ignorantes”, pensó.

Todo marchaba bien. Ya había logrado sobrevivir hasta la hora del descanso. A petición del público (sus compañeras de clase), Caro comenzó a desfilarse y bailar sin reparo alguno en el patio del colegio. En cuestión de minutos, decenas de estudiantes llegaron a la improvisada pasarela en que se convirtieron las partes de andamios y maderas de los albañiles que estaban trabajando en los arreglos del antiguo laboratorio de física y química, ahora nido de ratas y cuna de fumadores inexpertos en el oficio de aspirar y soplar (a diestra y siniestra) un humo de dudosas procedencias.

Dicen que soy un desastre total / Que soy mala hierba. Caro cantaba y voleaba su cabellera de un lado a otro mientras las letras de la cantante Alejandra Guzmán se ahogaban en los bafles *bluetooth* que conectaron a un celular para animar la repentina fiesta.

Ven atrévete... De pronto, entre el bullicio y la multitud, uno de los pintores salió desprevenido y terminó haciendo parte del espectáculo sin sospecharlo. Las profesoras estaban alcanzando la primera fila, ahogadas también, pero por el desespero y la impotencia de ver la romería en la que se había convertido la institución. La rectora ya veía a Caro más cerca, pero antes de que alcanzara a tomarla del brazo, el pintor, que para ese momento estaba entrando en cólera por el baile de esa muchachita que veía de espaldas y que ocasionaba las burlas del resto de “culicagados”, vio el rostro de Caro cuando ella se volteó de lado y le sonrió. No terminaba de dar la vuelta y el hombre la agarró fuerte del brazo, la haló y le dio una cachetada. Los ojos de terror de Caro trataron de buscar una explicación. La vista se le nubló y sintió un chillido fuerte en su cabeza.

Todos gritaron. Un compañero de la joven alcanzó a detener el segundo intento de golpe. Varios jóvenes más se le abalanzaron al hombre.

Una profesora se desmayó. “¡Que alguien llame a la Policía!”, gritó la rectora. “¡Desgraciado!”, gritaron las amigas de Caro, que seguía en shock. Unas gotas de sangre se le escurrieron por la nariz y le mojaron la boca y el mentón.

– ¿Usted siguió mariqueando después de tanto tiempo? –alcanzó a responder el pintor en medio de la algarabía. El hombre ya estaba transformado y envuelto en cólera; alcanzó a golpear a los jóvenes que lo alejaron de ella.

Entonces el susto de la bailarina se convirtió en miedo, ¡en terror! “Mariqueando”, solo una persona le había dicho así en su vida y le había manchado los recuerdos de la infancia para siempre: Duván, su tío, de quien no había vuelto a saber unos cinco o seis años atrás. El rumor que corrió fue que se dejó llevar por el consumo de droga, un día pasó un camión recogiendo mendigos y se lo llevó. Nadie supo más de él.

Precisamente, ese era el día en que Duván empezaba como pintor en el colegio. Llevaba

apenas una semana en la ciudad y por medio de un amigo se enteró de la oferta laboral.

Escuchó rumores de los otros albañiles y ayudantes. El revuelo era porque un muchachito había ido vestido de mujer. “Y está bueno, o buena”, bromearon. Fue tanta la curiosidad, que Duván decidió ir hasta el patio para reparar al personaje en cuestión. Era un tema que le molestaba mucho, pero pensó que podía manejar la situación porque llevaba ya muchos años sin saber de una de “esas locas” que le causaron el peor malestar de su vida. No tenía idea de que allí estaba su sobrino, en grado once y próximo a graduarse. Nadie lo preparó para verlo convertido en toda una mujer.

VI

Recuerdos de bahareque

Juan Pablo no alcanzó a pensar si se haría daño por tirarse de la ventana de la cocina, que quedaba en el primer piso de la casa pero cuya vista posterior daba hacia un barranco que se precipitaba cuatro metros hacia abajo. No importaría el golpe, cualquier cosa iba a ser mejor que lo que estaba a punto de suceder.

Con medio cuerpo afuera y en cuclillas, sobre el marco de esterilla, el niño se agarró fuerte de las cortinas de flores con boleros que impedían que los rayos del sol cayeran directos sobre el revuelto de plátanos, papas y tomates que tenía su abuela Jacinta en una caja de cartón. Antes de tomar el impulso necesario para dejarse caer en picada, una mano obtusa lo haló del pie derecho y lo devolvió de un solo tirón. El niño cayó al lado de la nevera, un rectángulo de icopor sellado con una

cuerda sucia. Ese día marcó su infancia para siempre. La muenda se la dio su tío Duván.

– ¡Voló sangre pa’ la porra! –dijo Caro y elevó el brazo como si estuviera a punto de declamar; en seguida– Apenas yo vi que se quitó la correa, pensé: Este hijuemadre me va a matar –Las manos le siguieron el gesto de asombro. Añadió que no podría precisar cuántas veces le pegó, pero fueron muchas y en diferentes partes del cuerpo: espalda, piernas, brazos, abdomen, lo suficiente para dejarla casi inmóvil en el suelo. Como pudo, logró incorporarse y correr de nuevo hacia la ventana, lo único que vio cerca para escapar, pero otra vez la fuerza bruta pudo con sus escasos ocho años de edad. Duván le arañó la espalda y lo devolvió al piso, lo cogió de los pies y lo lanzó hacia una pared.

Horas antes, Juan Pablo le había dicho una mentira a ese hombre iracundo que ahora lo golpeaba salvajemente. Como no tenían teléfono, Duván le pidió al niño que fuera a la tienda de don

Efraín –ubicada a dos kilómetros de la finca en la que vivían– y le pidiera fiado una llamada para darle una razón a su novia. La pena y la timidez le ganaron, no era la primera vez que lo mandaban a pedir fiado y tenía que soportar los reclamos don Efraín por los pagos atrasados. El niño prefirió esperar un rato en el platanar del final de la loma y volver a su casa más tarde. Dijo que la tienda estaba cerrada. Su tío salió sin decir nada. Transcurrida una hora, volvió.

– Deme bogadera –le ordenó, Juan Pablo se levantó apresurado del butaco de la sala y fue a la cocina a sacar limonada de la nevera. Las piernas le temblaban. Esperaba que su abuela regresara pronto de la finca en la que trabajaba como cocinera, pero se estaba tardando más que de costumbre. Caía la tarde, afuera las gallinas cacareaban tiernamente y se iban acomodando para dormir.

– ¿Usted fue que se acostumbró a ser una loca mentirosa o qué? –le gritó Duván. Todavía tenía las esquinas de los labios húmedas por el

sorbo de limonada que acababa de tragar, algunas goteras del vaso habían caído a su camiseta—
¡Responda cuando le hablo maricón! ¡Esta es la última vez que me dice mentiras! —Juan Pablo todavía estaba en la cocina, la sombra de esa figura alta y robusta que se parqueó en la entrada oscureció todo. Él quiso desaparecer.

De un lado a otro, como si fuera un muñeco de trapo, el niño chocó contra los muros de esterilla y arboloco, su espalda quedó marcada y el cuerpo lleno de minúsculos chuzos que se clavaron en su piel como si fueran los de un cactus. Por un momento, sintió náuseas y ni el llanto ni la voz le salieron, pero como pudo, le suplicó a Duván que parara. Los perros ladrando afuera advirtieron que alguien había llegado; era Jacinta. Aunque normalmente ella no le decía nada a su hijo por los insultos y maltratos a Juan Pablo, a quien rechazaba por ver muy amanerado, esta vez la mujer le reclamó por la golphiza.

Al día siguiente, Juan Pablo no resistía que lo tocaran, cada paso era un nuevo dolor. Su abuela le puso una sudadera de su primito porque él solo tenía pantalonetas cortas y las marcas de la correa, con hematomas en tonos rojos, morados y negros, le sobresalían en la piel. La espalda estaba peor, con una herida abierta por el golpe que le dio contra la pared, justo donde colgaba el cristo de madera que custodiaba la paz de ese hogar.

No hubo curaciones. Solo tres días después, Lucía se enteró de lo ocurrido. Ella visitaba a su hijo los fines de semana, el resto de días trabajaba cocinando para los jornaleros de dos fincas en Neira, un municipio cercano.

– Pues que hubiera sido una muenda normalita, vaya y venga –contó Caro, Tatiana le pasó una cerveza recién destapada. Pocas veces, sobre todo en ocasiones especiales (como estas), los talleres de la Puta Manada terminaban con una cerveza–. Porque mi abuela nos pegaba a mis primitos, a mi hermanito y a mí, pero lo normal,

como para enseñarnos cosas buenas, los valores y todo eso –todos escuchaban atentos–. Pero es que esa bestia me pegó tan feo. Ustedes no se imaginan –continuó–, ojalá yo hubiera alcanzado a tirarme de esa ventana. ¡Ese señor es muy muy bruto! Eso yo nunca lo olvido, hay cosas que a uno lo marcan y lo va a recordar toda la vida. Después mi mamá dijo: “Yo me llevo al muchacho porque acá me lo van a matar” –“Echémosle más biche a esto”, intervino Bertha y repartió el trago entre las compañeras–.

Juan Pablo se fue con Lucía. Sus hermanos siguieron bajo el cuidado de Jacinta. Como permanecía solo, él mismo se puso sus reglas. – Cuando crecí y empecé a rumbear, volvía juiciosa a las 2:00 de la mañana o avisaba si me iba a quedar en otro lado. Mi mamá solo decía: “Usted verá, usted se manda sola”.

Antes de confesarle su homosexualidad, Lucía comenzó a tratarla con pronombres femeninos. Esto se hizo natural, pero solo de puertas para adentro. En la calle, él seguía siendo

Juan Pablo, en especial cuando visitaban a Jacinta y el resto de la familia. El encuentro con Duván era inevitable.

“De ahora en adelante, me voy a llamar Carolina y quiero que me digan Caro”, le dijo un día. Lucía no le preguntó por qué, pero con frecuencia se burlaba y le decía que “así se llamaba la loquita de mi escuela”. “Así se llama una diseñadora que es divina y que debe oler muy rico” –le contestaba Caro y remataba diciendo: “y un día de estos me voy a comprar un perfume de ella, ¡espere y verá mijita!”.

Los días en casa se tornaron pesados. Lucía sufrió un accidente de tránsito que le dejó secuelas permanentes. Un día, antes del cumpleaños número 16 de Caro, Lucía se estaba bajando del jeep que la traía de vuelta de la última finca a la que iba a dejar la comida lista para los recolectores de café, era la temporada fuerte de cosecha. El conductor se estacionó en una curva de la carretera y ella no vio que venía una moto justo cuando iba a pasar la

calle. Estuvo hospitalizada tres días a causa de una contusión en la cabeza. Las migrañas aparecieron. Caro sentía que se iba a enloquecer con los gritos de su mamá. A veces, ella ya no sabía si era por el dolor o el malgenio. Los medicamentos no servían.

Después del accidente, Lucía consiguió empleo como mesera en dos cantinas de la Galería. De martes a jueves iba al Grill Anhelos, y los viernes y sábados, al bar Momentos Mágicos. A las 6:00 de la tarde debía estar barriendo y acomodando las sillas. A partir de las 8:00 de la noche hasta las 2:00 de la mañana se veían circular la tusa y el despecho, se servía aguardiente para las ánimas, se bailaba al ritmo de carrileras bailables y se pactaban citas clandestinas con amores de una noche, como para olvidar con el guayabo del día siguiente.

Al comienzo, en la casa se hizo más llevadera la convivencia, pues Lucía pasó de estar solo durante las mañanas a no ir en dos o tres días. Caro se las arreglaba sola, como había aprendido

desde hace muchos años. El problema fue cuando su mamá empezó a llevar a sus novios.

Una noche, Caro se levantó al baño, que quedaba al final del patio, lejos de las tres habitaciones. Vivían en una casa vieja que les alquiló a muy buen precio un antiguo jefe de Lucía con la condición de que le dejara guardar dos busetas con las que trabajaba. El compromiso también fue mantener disponible una de las habitaciones para cuando él quisiera ir a descansar de su mujer, normalmente, una vez al mes.

Debían ser las 3:00 de la mañana porque ya no se escuchaba música en las fincas lejanas, estaba oscuro y lo único que Caro alcanzaba a ver era la silueta de una rata que olfateaba la caneca de basura; la luz de la luna dibujaba los bordes de sus bigotes. A Caro no le daban miedo las ratas, le parecían tiernas. En cambio sí sintió temor cuando vio salir del baño al borracho que su mamá tenía por novio hace unas semanas.

– ¿Usted qué hace ahí como escondido? ¿Es que se está embobando o qué? –preguntó nerviosa.

– Mamita, usted es muy bonita, yo ya se lo he dicho muchas veces –el hombre dio un paso al frente, tambaleándose y haciendo equilibrio con las manos; solo hasta ese momento Caro vio su rostro alcoholizado y su panza desnuda. Esa rata no era tierna, y tenía un aspecto más desagradable y sucio que cualquier roedor que ella hubiera visto antes. Esa rata, con sus genitales al aire, sí la espantó.

A los gritos de pavor e indignación de Caro se sumaron los de Lucia cuando escuchó la algarabía en el patio; sin embargo, esos gritos no fueron de apoyo sino de censura.

– Deje la bulla que va a despertar a todo mundo. Como si nunca en su vida hubiera visto un pipí afuera –Lucía, todavía entonada por los cunchos de licor que siempre vaciaba antes de devolver las copas a la cocina de la cantina, le pasó a su novio una toalla de un Mickey Mouse desvanecido que había en la chambrana del

corredor. Juntos se fueron a dormir la rasca. De vuelta a su habitación, Caro se percató de que no solo estaba empapada en lágrimas. Ya no era necesario ir al baño.

– ¿Y todavía te pasan esas cosas? –Preguntó Julián.

– No. Ya no –respondió ella–. Lo que pasa es que uno va cogiendo experiencia y va aprendiendo a manejar estas vainas –Caro se sentía más cómoda que al inicio del taller. Quiso compartirles otra historia–. Lo más triste es que yo ese día estaba con la depre al cien. Modo emo. Ese día –Caro le recibió el trago de biche a Bertha y pasó con cerveza–, ese día me di cuenta de que mi novio era casado y tenía una niña: Gaby, lo más de bonita la peladita. Es que es en serio, yo siempre he dicho que mi vida es como una telenovela. Si supieran cómo me enteré, ¡ja! Les da un yeyo. Y aparte, ¿llegar a la casa y tener que lidiar con ese borracho morbosos? No mija, quién no se pone a chillar pues.

– ¡Cuenta ya parcerita que nos tiene acá pegados del techo! –dijo Isabel.

Las muchachas ya estaban entonadas con el licor. Caro jugaba con el gajo de limón que acababa de exprimírle a su tercera cerveza.

Sábado. 4:40 p.m. Afuera llovía tempestuosamente. Pronto acabaría su turno y Caro solo se preguntaba cómo iba a hacer para no mojarse tanto. La emparamada era fija. Ella estaba en casa de Claudia, una de las señoras que la llamaba cada quince días para que le limpiara el apartamento.

Meticulosamente, casi con cariño, con una devoción silente, Caro limpiaba las superficies del amoblado y deslizaba el pedazo de trapo apartado de los otros que había clasificado para cada parte de la casa: alcobas, baños, cocina, sala y comedor. Este era exclusivamente para sacudir.

– Oiga doña Claudia, usted tiene una niña muy bonita –dijo mientras quitaba el polvo del portarretratos con la fotografía de una niña.

– ¿Cierto? Mi princesa es divina –respondió Claudia y alardeó del parecido físico de su hija con el del papá. El esposo de la jefa nunca permanecía en casa; de hecho, Caro no lo conocía, aunque ya llevaba un año limpiando su apartamento. El señor, según decía Claudia, trabajaba como supervisor de cultivos de café y cultivos de frutas y verduras en otros municipios de Caldas. Cada dos semanas visitaba a su familia.

– Pues ahí sí no sabría decirle qué tanto se parecen porque no lo conozco –indicó Caro–, pero sí, muy bonita esa culicagada.

– ¿Y este? ¿Es otro hijo? –Caro nunca se había fijado en las fotografías que limpiaba con tanta cautela, pero aún no escampaba y no tenía afán de mojarse los pies. Siempre, aunque hiciera frío (algo tan común en la ciudad), ella solo calzaba

sandalias; “los zapatos cerrados me hacen ver más hombre”, decía.

– No, yo solo tengo a Gaby –afirmó Claudia–. Él es el hermanito de mi marido. Mejor dicho, mi cuñadito. Se llama Tomás. Y ese de arriba –la señora señaló la fotografía del segundo piso en la repisa– es mi amorcito.

Caro no alcanzó a hacer un halago de cortesía a la carita angelical de Tomás, el cuñadito, porque Claudia se estiró hasta la parte superior para alcanzar la imagen de su esposo y tapó la otra.

– Él es el famoso John Edward –la mujer sonrió y le mostró a Caro, ahora más de cerca, la imagen–. Ahí estaba como gordito, por eso mantiene escondiéndome la foto, la pone por allá al fondo, para que no se vea mucho.

De pronto, la cabeza de Caro quedó en blanco. Ya no escuchaba ni las goteras que caían amenazantes sobre el techo del edificio, como si fuera granizo, ni los vallenatos de la emisora mal sintonizada, ni las busetas de la avenida frenando

escandalosamente por la fricción con el asfalto mojado. Un pito agudo, mínimo y molesto se le paseó por dentro. Sintió un inusual dolor en el pecho y, sin querer, dejó caer el portarretratos de Gaby.

– ¿Estás bien? –Claudia se alarmó al ver a Caro tan pálida, la tomó del brazo derecho y la llevó a un sofá de la sala. La joven se devolvió, todavía aturdida, y mientras le pedía disculpas por el daño, se arrodilló a recoger los vidrios. En medio de la confusión y el acelere, se cortó un dedo. El accidente le sirvió de excusa para romper en llanto. Ese hombre de la foto era su novio desde hace ocho meses. No entendía qué estaba pasando, las palabras no le salían. Solo pidió disculpas una vez más y se fue corriendo.

– ¡Caro, espera! ¿Y la plata? ¿No vas a esperar a que escampe? ¡Caro, dejaste la sombrilla!

Claudia seguía preguntando y Caro se seguía alejando.

John Edward y Caro se llevaban doce años de diferencia. Casi siempre, él estaba en los pueblos donde su familia tenía tiendas de abarrotes y licores (tres en total), por eso no se podían ver con frecuencia.

– ¿Tú nunca sospechaste nada? –Preguntó Tatiana, escandalizada e indignada trató de prender un cigarrillo, pero su encendedor giraba y giraba sin dar una sola chispa.

– Pero ven, entonces el man, ¿era gay o...? –Daniela no terminó de formular su pregunta y Caro interrumpió.

– ¡Era un desgraciado! –Respondió Caro–, a mí nunca se me pasó por la mente pensar que tenía pareja, ¡y que estaba casado! ¡Y con hija! –Ella tomó más cerveza y continuó–. Yo jamás de los jamases me hubiera imaginado que ese de la foto iba a ser Edward. Él después me buscó, me rogó, ese hombre casi se muere, pero yo no quise volver a saber de él.

– ¿Y qué pasó con Claudia? –Preguntó Julián.

– No pues... yo al otro día fui por la plata y nunca jamás. No volví a contestarle el celular ni nada. Ya yo sentía que ella sabía, que me iba a decir algo, no no no, yo soy muy película. Preferí seguir yendo a otros lugares. Eso sí, casi me mata la tusa.

– A mí me fascina el *jalowín* –dijo Caro mientras se esparcía el rubor en los pómulos– es el día perfecto para uno ser quien quiera sin que nadie diga nada. Bueno, aunque para mí es como si todos los días fueran así ¿no cierto?

– No pues qué te dijera querida, uno a veces no sabe con qué ocurrencia vas a salir –apuntó Mariana, una compañera de clases; ella era la encargada de la presentación del grado once en el día cultural que cada año (los 31 de octubre) se hacía en el colegio. La meta era regalarles un día de

los brujitos a los niños y jóvenes que no tenían para un dulce y mucho menos para un disfraz.

De su maletín floreado, Caro sacó un cepillo grande para peinarse. Estaba casi lista. Tenía un vestido largo de terciopelo que le había prestado la profesora de inglés, ella se lo daba en calidad de tesoro. Incluso, el día que se lo entregó, le dio un papelito con las instrucciones de uso. Ese vestido perteneció a su mamá, a su abuela y a su bisabuela. Era la reliquia de las mujeres en su familia y no lo dudó para prestársela a una de sus estudiantes más queridas.

Caro desfiló como una dama antigua. Su grupo no ganó el concurso –los estudiantes del grado noveno tenían atuendos hechos en papel, tan reales y creativos, que se llevaron el premio: una ancheta de dulces, galletas y enlatados– pero sí se robó el show.

– Yo creo que nunca me había sentido tan feliz de vestirme de hombre como una vez, cuando era niño –dijo Caro mientras se desenredaba el

cabello después del espectáculo de disfraces que ofreció. Antes de esa mañana, las profesoras del colegio no la habían visto en acción, con los famosos bailes que sus compañeros de clase ya conocían—. Recuerdo patente ese día, mi mamá me había llevado un disfraz de *spiderman* que ya no le servía al hijo de don... ¡ah!, ya se me olvidó cómo se llamaba; bueno, el jefe. Ella siempre me traía la ropa de ese niño que era todo gordo, y a mí me tocaba reformarla para que, por lo menos, me quedara ajustada. ¡Pues yo me sentía transformada... en un súper héroe! Yo creo que yo era más inocente, un culicagadito de esos años que iba a entender algo de la vida y menos que uno ya era dizque “afeminado”. En todo caso, mi mamá me dejó arregladito con el disfraz puesto y una bolsa para pedir dulces, porque no alcanzaba para comprar calabazas ni nada, eran bolsitas de basura pequeñas. Ella se fue y ese bruto, bestia... esa cosa de mi tío no me dejó salir que porque yo era

“una mariquita”. ¿Ah? ¿Cómo la ven pues? Yo quedé vestido y alborotado.

– Ay no amiga, que historia tan triste. ¿Y ese es el mismo idiota del golpe de estos días? –Le preguntó Mariela, una compañera– ¿al fin, qué pasó? ¿Hizo la denuncia?

Caro se encogió de hombros y torció la mirada. Despacio abrió el rubor y sacó el plumón para aplicarse el polvo rosa.

– Es que decir que uno denuncia es muy fácil, pero nadie sabe los problemas de nadie. Eso sería causarle un dolor muy grande a mi abuela y yo no quiero eso –respondió y luego sacó el encrepador de pestañas–. No, yo prefiero dejar las cosas así quietas. Es por mi abuela. El man como que acaba de salir de la cárcel y cualquier cosita que tenga, un bonche o algo, ahí mismo lo vuelven a encanar. Y yo creo que mi pobre vieja no resistiría. Hace rato no la veo pero me dijeron que anda toda contenta con ese pendejo.

Caro todavía tenía hinchado parte del cachete. La base había ayudado a disimular el morado, pero se veía “como si tuviera una papa dentro de la boca”, bromeaba.

– ¿Ahora cómo vas a hacer para ir a visitarla? –le preguntaron.

– No pues... me toca ir, así me dé un poquito de susto. No hay nada qué hacer. Yo no quiero volver a lo de antes, que me tocaba vestirme como un hombre y tratar de hablar grueso para que mi abuelita no se pusiera brava. Ahora con ese señor acá, no sé qué va a pasar, porque yo ya no puedo irme cari lavada, ya no sería capaz ¡antes muerta que sencilla hija! Bueno, no, ese troglodita de mi tío sí me mataría. Toco madera –Caro echó otra carcajada al aire y, con su mano empuñada le dio dos golpecitos a la silla.

– Yo no entiendo cómo puedes sacarle un chiste a eso, a mí me da miedo que te pase algo, en serio –su compañera le preguntó preocupada.

– Amiga no, él a mí me pegó muchas veces y me dio chancla y correa y de todo, pero yo ya no soy un niño chiquito, indefenso; no señora, yo ahora tengo fuercita, algo bueno tenía que sacar de mi lado macho –volvían las carcajadas, era raro hablar con ella sin que se surgiera un chiste.

Fue quizá lo único de rudeza que le quedó de esa crianza al lado de Duván y Samuel. Ellos siempre estaban insistiendo en ponerle trabajos rudos y en enseñarle la tradición de todos los hombres de esa casa: cargar bultos de comida en la Galería, beber cerveza en las cantinas y comer putas. Sus primos aprendieron bien la lección. Caro, en cambio, no pasó del primer día de trabajo soportando en su espalda el peso de 60 kilos de papa parda, arracacha y cebolla cabezona.

– Yo a ese bruto –continuó– no lo odio ni le guardo rencor; es más, si me toca saludarlo, lo saludo, pero ya. Es mejor evitarlo al máximo. Hay otro tío que también me trata muy feo, Samuel, pero ese sí no me ha pegado nunca. Bueno, yo creo que

no me ha pegado porque no ha podido –Caro se divertía contando sus historias, mientras sus amigas la miraban con cara de terror y lástima–. Él vive en los Llanos, solo viene por temporadas a traerle un mercado a mi abuela o cualquier pendejada. Y cada que me ve, me dice “travesti barato”, pero a mí me entra por acá –Caro se tocó una oreja– y me sale por acá –y luego la otra–. Porque niñas, yo me pongo a pensar, ¿yo qué me gano con tratarlo mal?, eso a mí no me gusta, así me humille o lo que sea, antes uno debe ser un ejemplo.

VII

Re-corridos

Manizales. 6:50 a.m. Lista en el sillón de un bus, Caro esperaba a que este saliera rumbo a Pereira. Llevaba puesto un saco rojo de lana ceñido al cuerpo, un jean azul oscuro y unas sandalias habanas. El cabello suelto y cepillado, peinado hacia la izquierda; las uñas largas, pintadas con figuras de colores en las puntas; algo de rubor en las mejillas, las pestañas encrespadas y un toque de brillo labial. En sus piernas reposaba el bolso que le regaló una profesora en su cumpleaños. Estaba nerviosa. Se acomodaba, cruzaba las piernas una y otra vez, a la derecha, luego a la izquierda y saludaba con los “buenos días” a los pasajeros que iban llegando. Reparaba disimuladamente cuando eran mujeres: de arriba abajo, pinta, zapatos, maquillaje y bolso, quería escanear todo.

El motor arrancó y Caro se dibujó una cruz en el pecho y la frente. Las manos le sudaban. Era

su segundo viaje fuera de Manizales. Dos, tres, cuatro curvas en bajada. El conductor aceleró. Para un lado y para el otro, las cabezas de los pasajeros se movieron como tratando de girar con sus cuerpos y resistir el breve desliz hacia el asiento de enseguida. ‘Tú y Yo’, la joven leyó en su mente el letrero que ya se esfumaba de su vista; tenía un par de dibujos obesos y desnudos en el centro de un corazón rojo que adornaba la entrada de uno de los moteles más tradicionales de la capital caldense. “Con que este es el famoso Tú y Yo –pensó Caro– el desnucadero de medio Manizales”.

Ella ya había experimentado algunos encuentros sexuales. El primero fue con Lorena, y resultó ser tan desastroso como el primer beso.

– Yo sé que de pronto en su cabeza usted siente que es mujer y todo ese cuento. Pero su cuerpo es de un hombre, entonces ¿por qué no intentamos?

– ¿Lore usted en qué está pensando? –Caro abrió los ojos y sus cejas depiladas se alzaron automáticamente.

– ¡No sea bobo! Perdón, boba –corrigió Lorena–. No sea bobita que las dos nos conocemos desde chiquitas. ¿O es que nunca nos hemos visto todo? ¿Qué importa si hacemos algo? Quedaría entre amigas.

Lorena sonrió pícaramente. Ella quería ayudar a su prima y saciar su curiosidad. Ambos podrían sacar provecho del encuentro.

– ¿Pero no ve pues como me puse por darle un beso?

– Y eso que le metimos poquita lengua –añadió Lorena–.

– ¡Por eso! –Dijo Caro–, ahora imagínese algo más. ¡No! Usted está más loca que yo.

Ambas sonrieron. Volvieron los nervios. Se quedaron en silencio. Lorena dio el primer paso. Era el segundo beso que se daban. Esta vez, duró más.

– Hagamos algo –Caro saltó abruptamente de la cama. Habían planeado salir ese día a comer oblea a Chipre, ya tenían ahorrado lo que les costaría el combo de pague tres, lleve cuatro, pero la lluvia no dio tregua y prefirieron gastarse lo que tenían en galletas y maíz pira para hacer crispetas–. Estas son mis condiciones –continuó diciendo.

– ¡Pero hable pues! –Interrumpió Lorena–, eso no es hablando, es haciendo –ambas rieron–.

– Vea pues, como yo sé que a mí definitivamente me gustan son los hombres, disfrácese de hombre. Allí en la pieza de mi mamá hay ropa del novio. Póngasela y miramos si podemos.

Los siguientes besos fueron, de nuevo, espasmódicos pero menos incómodos. Caro ya no sentía asco, solo mucha risa. En el momento en que Lorena le tocó las nalgas, ella se apartó.

– Espere –Lorena insistió–, no sea boba. Relájese que pa’ eso nos tenemos confianza –La joven estaba entusiasmada. Sentía un calor que le

subía desde las piernas hasta el estómago. La respiración se le aceleró y quiso besarla más—. Pues use la imaginación, no sea boba –repitió varias veces lo mismo—. Haga de cuenta que yo soy un man bien bueno y ya.

Hubo espacio para un intento más.

– No, no. Es que no –Caro ya comenzaba a sentirse ofuscada—. Usted a mí no me despierta ni el pajarito. ¿Sabe qué? Deje así –Después de esa tarde, cada una siguió por su lado, buscando alguna experiencia placentera.

– Lo que a nosotros nos dijeron es que nos van a mostrar nuestras historias, lo que dijimos en las grabaciones. Me imagino que es eso y ya. Yo en todo caso estoy muy emocionada porque esto es algo nuevo para mí –le dijo Caro a Erika, la amiga que eligió para ir a la premier de la serie ‘Gentes’, del canal regional Telecafé, un proyecto en el que había participado y que contaba historias de la

comunidad LGBTI en el Eje Cafetero. El estreno era en Armenia, pero antes debían recoger a otros co-protagonistas en Pereira. A todos les dieron los viáticos, con posibilidad de llevar a un acompañante.

Chinchiná. 7:40 a.m. Caro estaba algo mareada. Las curvas de los primeros kilómetros hacían efecto en su cabeza y su estómago. “Mejor no hablo tanto a ver si es eso, me voy a ir calladita”, le comentó a Erika mientras miraba detalladamente por la ventana del bus, pues no quería perderse nada: los árboles, las montañas, los cultivos de café que comenzaban a tupir esas pendientes de vegetación, los pocos restaurantes al pie de la Autopista del Café, los carros, la gente, el cielo, las nubes, las señales de tránsito y hasta las líneas pintadas en el asfalto, todo un conjunto de cosas nuevas que se le amontonaban a la vista y que inmediatamente se deslizaban con un efecto impresionista, pinceladas que se le escapaban a causa de los 80/90 kilómetros por hora del bus.

8:00 a.m. Precaución. Animales en la vía.
Zona de derrumbe. “¡Mire eso Eri, yo no lo puedo creer! ¡Ay!, eso lo bonito amiga, venga le tomo una foto con ese puente al fondo”. La efusividad de Caro al ver el Viaducto César Gaviria Trujillo, que conectaba al municipio de Dosquebradas con Pereira, fue motivo de risas disimuladas en el bus, eso se sumó a los agudos griticos que pegó durante el trayecto ante cualquier novedad.

Horizontal, vertical, horizontal, vertical, diagonal. La joven movía el celular de un lado al otro tratando de buscar más ángulos para sus fotos, la pantalla de cuatro pulgadas de su *smartphone* se quedaba chica para la estructura que ella quería capturar para siempre. “Yo nunca había visto esto tan bonito. ¡Vea lo alto!”, continuaba ella con sus graciosas muestras de asombro por algo que para el resto era apenas normal, casi invisible.

El bus se detuvo en una bahía de cemento a la salida de almacenes Triunfo. Ya estaban al acecho, como buitres, los hombres que con trapo

rojo en mano y sus brazos en movimiento indicaban cuál era el siguiente taxi disponible y le abrían la puerta al posible cliente que, a cambio del improvisado pero ya establecido servicio, les entregaba un par de monedas.

“Próxima parada: el terminal de transportes”, dijo el conductor. La furgoneta quedó casi desocupada. Caro y Erika se fueron caminando en dirección al este y atravesaron un metálico puente peatonal al que le sonaban todos los pasos; en cuestión de minutos, ya estaban sobre la avenida Circunvalar, cerca de una iglesia. Caminaron una cuadra más y llegaron a la entrada del Centro Comercial Pereira Plaza, el punto de encuentro con los demás participantes de la serie. Allí ya estaba parqueada la van blanca que los llevaría al Teatro Azul, en Armenia.

8:50 a. m. Llegó la diva y su presencia no pasó desapercibida. Y fue el centro de atención. Y cautivó a Caro... El cabello rubio (abundante por las extensiones) y con mechas rojizas le llegaba a la

cintura. Senos, cintura, piernas tonificadas y un trasero admirable se dibujaban debajo del pequeño enterizo en *denim*, tipo short, que llevaba puesto. Su escote pronunciado dejaba ver el grabado de *animal prints* en colores neón de su *brasier*. Con gafas oscuras, una maleta de rodachines y otra más colgada en su hombro, la despampanante mujer caminaba casi como si estuviera en una pasarela. Llegó a la van y saludó a Caro. Tenía voz gruesa pero pulida, entrenada para bajarle al tono y escucharse más sutil.

—Mucho gusto, Liar.

—¿Cómo? ¿Laier? —Preguntó Caro.

—Sí, laa-ii-eer. Se escribe liar pero se dice laier, como ‘mentirosa’, en inglés. —Confirmó ella mientras buscaba dónde hacerse.

Caro no podía dejar de mirarla. Era lo que ella tenía en mente para su transformación. “Usted tan bonita. Déjeme decirle que tiene un cuerpo divino”.

–Gracias. Todos los días voy al gimnasio dos horas –alardeó mientras se acomodaba las gafas como diadema–. Es que si uno no le hace mantenimiento a esta vaina –se miró el abdomen y luego los senos– todo se va para abajo mi amor. Bueno –aclaró– el ejercicio ayuda junto con las cirugías ¿Ya empezó a tomar hormonas? No se duerma con eso, tiene que empezar ya. Yo tengo 24 años y empecé a tomarlas a los 19, pero entre más rápido mejor porque el cuerpo asimila todo eso.

–Yo quiero pero todavía no me sale la cita en la E.P.S., y sí, claro, yo sé que eso es muy importante ¡jumm!

Pronto, llegaron más pasajeros. Esta vez fue una pareja de jóvenes con un estilo rosa-punk. Uno de ellos se presentó como Fabián. Era flaco, alto, algo desgarrado, de ojos castaño oscuro, cabello del mismo color y piel blanca. Vestía camiseta y pantalón negros, unas botas estilo militar y un chaleco de jean. El toque de color lo daban un tacón en miniatura fucsia que colgaba de su oreja

izquierda y el cabello que le hacía juego. Su compañero Santiago llevaba un atuendo similar y llamaba la atención por el rostro andrógino. Era difícil establecer si era hombre o mujer. “Parece blanca nieves”, le susurró Erika a Caro.

– ¿Esos ojos por qué son así? ¿Son naturales? Parece un gato –Preguntó indiscretamente Erika al joven. Tenía las pupilas tan dilatadas que parecía un dibujo animado. Miraba por encima del hombro, como si se sintiera poderoso, bello, como en la Edad Media lo hicieron las doncellas que utilizaban el venenoso extracto de la Belladona –“hierba de las brujas”– para el mismo fin, pues se creía que las pupilas dilatadas eran más atractivas para los hombres.

–Son lentes de contacto. –Confesó y sonrió, luego se sentó con su compañero en el fondo de la pequeña camioneta.

Al grupo se unieron Daniel Camilo y su novia.

– Eri, él es un chico ‘trans’, es decir que tiene sexo femenino pero se siente hombre y está en un proceso para cambiar su físico, todo. –Le contaba Caro a Erika– ¿Cierto Dani?

– Sí. Ya hasta me está saliendo un poquito de barba –respondió alegre.

Casi una hora después, la van por fin arrancó. Iban retrasados por Taliana y Jimena, las “reinas”. Ellas eran, respectivamente, la señorita Risaralda y la señorita Colombia trans. Venían con su amiga Paula, una modelo.

Una curva y otra más, el conductor aceleraba y frenaba bruscamente; por momentos, la marcha se normalizaba.

– Con movimiento y todo pero me toca empezar –expresó Liar y abrió su maleta. Fue como si todos se transportaran al *backstage* de la función principal en una noche de colores y hormonas cortando el aire. En su equipaje había vestidos de lentejuelas, pelucas, pestañas y uñas postizas, maquillaje, cremas, tijeras, espejos de varios

tamaños, lo que pudiera llegar a necesitarse para pasar de la realidad a la magia en cuestión de minutos.

Empezó con destreza. Al comienzo de este show exclusivo que comenzaba a darles a sus compañeros de viaje, su cara estaba pálida, luego fue tomando color. Con sus dedos esparció una base beige dando trazos de abajo hacia arriba. Polvo, mucho polvo. Sombra café oscura en los pómulos y otro tanto de polvo más para atenuar y mezclar los colores. Su rostro quedó delineado. Uno, dos y hasta tres tonos de sombras morado, lila y fucsia se esparcieron en sus párpados; un delineador negro oscureció su mirada y una última sombra negra opacó los extremos de piel que le quedaban más claros alrededor del ojo.

— Adiós mi vida. —Liar les sonreía a los conductores que se quedaban perplejos cuando desde el escote en el que se fijaban subían la mirada y la veían maquillándose; cuando la oían descubrían que no era una “mujer” convencional y esquivaban

ese bus del que salían carcajadas, música y una que otra palabrota obscena acompañada de otra risa escandalosa.

– Claro, yo, que soy tan puntual, no tendría que ponerme en estas –Liar trataba de equilibrarse en las curvas, alzaba la ceja y seguía pintándose– si este trío de diosas no se hubiera retrasado tanto. Porque aquí todo hay que decirlo: ¡En Pereira no hay maricas más impuntuales que ustedes!

– Liar mi amor, calmate pues. Yo qué culpa mi vida si Taliana y Paula no salían. Ajá, tú no te quejés tanto, que tiempo para ti es lo que hay. Tú te presentas como en la mitad. En cambio nosotras, que somos las presentadoras, ¡vamos tarde! ¡Ay! señor, apúrele por favor.

Jimena trató de calmar a la artista del día; porque Liar, además de participar en la serie ‘Gentes’, presentaría su show central en la premier. El proyecto incluía las historias de 20 personas más.

– ¡Cuál apúrele! –Gritó Liar– ¿Entonces me clavo un ojo con un pincel o qué? Señor mentiras,

pues hágale más o menos rápido, pero si va a coger una curva muy muy muy... ¿me avisa?

Adelante, el conductor se reía de las peticiones de sus pasajeras; a su lado, la productora de la serie le pedía paciencia con solo mirarlo tiernamente. Uno de los camarógrafos iba con ellos en la van, quizá el único heterosexual en la parte trasera del vehículo; ahora tenía la titánica labor de cargar la paleta de colores en polvo de Liar, con sus pinceles, brochas y diminutos almohadones incluidos.

Zona Escolar. Música bailable. La diva se recogió el cabello para verse el perfil maquillado y en el cuello se le vio el tatuaje: *Beautiful liar*. En la muñeca tenía otro, pero no se entendía lo que decía. Se echó más sombra plateada en los párpados. El camarógrafo se estaba quedando dormido. Ella siguió con una segunda capa de pestañina.

– ¿Y tú qué haces Carolina? ¿Por qué tan callada? Hable hija porque aquí nadie se salva – dijo Liar.

– No pues aterrada viéndola maquillarse así.
Usted es una dura. Yo no sería capaz. Tan divina
que se ve –le respondió Caro– Yo soy personera del
colegio en el que estudio en Manizales, voy en
grado once.

– ¿Tú eres la personera? Genial. No te lo
puedo creer. Excelente noticia. Tienes que seguir
juiciosa –Liar le hizo un guiño con el ojo izquierdo.

– Sí, gracias a Dios y obvio tengo que
ponerme las pilas con el estudio. Yo sé que sí.

Vía Armenia – Cali. Más delineador negro.

– Como te ves de linda –Caro seguía
halagando a la diva. Estaba con la mirada perdida
en sus curvas y su proeza al maquillarse.

– Verdad, usted quedó muy mamacita, como
siempre –Añadió Fabián.

Llovieron elogios para Liar.

Santuario. El Jardín. Transite con cuidado.
Obras en la vía.

– Este triunfo es por ustedes dos:
impuntuales. Pude haberme maquillado en el

camerino del teatro ¡pero no! Me tocó en plena acción del conductor –Liar señaló a las reinas y siguió en su proeza de repasar, una vez más, sus pestañas postizas con pestañina.

– Mi amor llegué trasnochada a las 6:00 de la mañana donde ella –afirmó Jimena mientras codeaba a Taliana– Yo solo me maquillé pero ella tenía que armarse completa. Era todo un hombre – La risa contagió a Liar y tuvo que parar su tarea por un momento– Y Paula en la estación de Cuba, en el hotelucho ese.

– Y así queriendo ser reinas... –reparó Liar.

– Ay no compares mi amor que yo en un reinado soy la primera que salgo –refutó Jimena.

– ¿Y ustedes qué? ¿No se piensan arreglar? –La interrumpió Liar.

– No mi vida, nosotras con rubor y una línea negra quedamos listas –Respondió Taliana.

– Sobre todo para una Drac –dijo Liar molesta.

– Ah es que somos unas Drac modernas –
añadió Jimena.

– ¡Eso! –increpó sarcásticamente la diva del
transformismo.

– Jimena y yo somos Show Girl. Pero ellas
dos –dijo Taliana a Caro, señalando a Liar y a
Fabián– son Drac Queen. Yo fui pero ya no.

– ¿Qué diferencia hay entre una Drac Queen
y una Show Girl? –preguntó Caro.

– ¿Y vas a desnudarte? –la pregunta de Caro
quedó en el aire con la interrupción de Jimena.

– No. Vestida –respondió Liar.

– ¿O semi? –añadió Jimena.

– Pues pa’ mí eso es vestida. No sé para
ustedes qué será, pero una tanga es vestida, o quién
sabe...

– Eso tranquila que con esa mano de
maquillaje para qué ropa, ya quedó vestida –Al
fondo del carro se reían.

Música... “¡Caballo viejo!”...

– Uy, súbale a esa. Cuando el amor/ Llega así de esa manera/ Uno no se da ni cuenta –Liar empezó a cantar y siguió retando el techo de sus ojos con más color.

– Oiga, ¿usted se vino en tacones sabiendo que no sabe manejar eso? Queda como una jirafa – le dijo a Taliana mientras siguió con el fucsia brillante para sus labios.

– ¿Liar usted cuánto calza? –preguntó Fabián.

– Treinta y seis y mido 1.63 –respondió ella.

– ¿En Pereira venden zapatos para mujer con pie grande? –Interrumpió Caro.

– Sí mi amor. ¿O acaso no ve la mano de travestis que hay? –respondió Jimena desde el asiento trasero, luego gritó a carcajadas cuando le vio el pie a Caro.

– ¿Queeeeé? Mamita a usted lo que le tocó fue la pata de la cama. Pobre mujer. Es talla XXL.

– Para ella no hay condón jajaja – interrumpieron todas.

10:00 a.m. Curva. Reducción de velocidad.

–Vamos muy callados. Deberíamos tener más recocha –dijo Liar después de la risa explosiva por el tamaño de los pies de Caro, a quien nadie dejaba de mirar.

–¿Y cuánto mides pues? –le preguntó Fabián.

–1.75 –respondió ella.

–Pero en Manizales por lo menos encuentras vestidos. ¿Cierto? –preguntó Paula.

–Y hombres bebé. ¡Hombres! Con las barbitas de tres días y esos culos duros de subir tanta falda –enfaticó Taliana.

–Señor... –Liar interrumpió en tono cálido– ¿trajo Dog Show para esta mano de perras que tenemos acá atrás? ¿Sí las oye lo guaches?

El coro de risas lo engrosaron el conductor, la productora, Daniel Camilo y su novia, el camarógrafo, Erika y Santiago. No se atrevieron a participar en la conversación del grupo pero

disfrutaron entretenidos con las historias y ocurrencias de las divas.

Por fin, después de agotar cualquier posibilidad de combinación con las sombras, Liar cerró su cajón mágico y continuó con una cosmetiquera pequeña; de una bolsita plástica enrollada sacó un copito de algodón y cortó el palo a la mitad.

– No Liar, no haga eso que es muy desagradable –le advirtieron sus amigas. Caro no entendía de qué estaban hablando.

La diva aspiró una bocanada de aire, parpadeó rápido y sostuvo la respiración durante los pocos segundos que le tomó introducirse cada mitad del copito por las fosas nasales para estirárselas. Los fragmentos formaron un ángulo recto en cada orificio y le estiraron la punta de la nariz. Después, con delineador líquido y un pequeño pincel Liar pintó de negro los palos de los copitos, que quedaron a la vista en cada hueco.

– ¡¿Usted por qué hace eso!? Ay no, qué es eso tan horroroso. ¿Es que no le duele o qué? – preguntó Caro alarmada.

–Esto es como el aguardiente y los pipís. Uno no deja el vicio –le contestó Liar.

Aunque no era la primera vez que la veían hacerlo, todas observaron perplejas y con fastidio.

– ¿Alguien tiene líquido de lentes? – preguntó Liar, pero nadie habló.

– Se hacen las maricas cuando les conviene –se respondió a sí misma.

– ¿Quién tiene desodorante? –siguió, pero nadie contestó.

– Ah, pero que hijueputas, bien mujeres que se creen y no cargan nada –arremetió ofendida. Todas rieron una vez más. Luego Jimena le pasó lo que pedía.

‘A quién le importa’, “la de Rocío Durcal”, “la del orgullo gay” y ‘El popurrí pandora’, fueron las ideas de canciones que le llovieron a Liar en el

trayecto para que interpretara en el teatro. “No sé qué cantar. Allá improviso a ver qué me sale”, dijo.

Plaza de Toros. Panaca. Parque del Café.

“Acá hace como calor”. Caro se quitó el saco que traía puesto y quedó con una blusa de velo azul oscura con pepas blancas, amarrada en el cuello y de espalda destapada. Mientras tanto, Liar se tomaba *selfies* y preguntaba por el “guai fai”, “...y no olviden tomarse la tacita de café por Telecafé”, repetía Taliana y ojeaba el libreto de presentación de la premier. –Ese guion es más chistoso, qué pesar –reía mientras seguía repasando.

– ¡Hombres! Niñas, ataquen –las preparó Liar.

– Guau guau –silbó Jimena.

– ¡Señor, saque el Dog Show que nos dio hambre! –gritaron desde atrás al conductor, que seguía riéndose de los comentarios.

– Colegio Jorge Isaac. ¿Quién es ese? – preguntó Paula.

– Ay, eso lo sé hasta yo. Ese es el man que escribió una novela que se llama *La María* –le respondió Jimena.

– ¿Y la leíste?

– Claro, quién no. Eso se lo ponían a todo mundo en el bachillerato. Yo hasta fui a la hacienda esa donde supuestamente vivieron el mancito y María.

– ¿Esa fue a la que le robaron las trenzas después de muerta cierto? ¿Sabe qué es lo que pasa? que hay mucho marica sin pelo, y qué diría: “Esta ya muerta qué importa” –agregó Fabián a la conversación.

– Vea el *power*: puro chontaduro... – interrumpió Liar (como todas lo venían haciendo) y señaló a un hombre de piel negra vendiendo el fruto pasional.

– ¿Para dónde vamos? –preguntó alguna de las alborotadas.

– Para el Teatro Azul –le respondieron.

– Definitivamente hay unos negros espectaculares –murmuró Jimena cuando vio cómo pelaban el chontaduro– ¿Ya vieron el que sale en ‘Halo’, de Beyonce? ¿Es el mismo del video de Adele?

– ¿Cierto que en esa canción ella dice que ya no es la víctima sino la victimaria? –interrumpió Taliana.

– Sí –respondió Liar.

– Entonces sí entendí. Me voy pa’ los ‘iunaides’ –completó Taliana.

– Mirá esa vieja con el pelo de colores – Caro señaló por la ventana.

– Me acuerda a los pollitos que vendían a la salida de la escuela –añadió Liar.

– Sí, los que duraban una noche –comentó Daniel Camilo, quien comenzaba a sentirse en confianza para hablar.

– Entonces ya sabemos cómo decirles a los amores de la Paula: pollitos de colores, porque le

duran una noche –Taliana no había terminado de decir la frase y ya estaba riéndose estentóreamente.

– Miren al de verde. ¡Bello! –gritó Liar y esta vez se asomó por la ventana, se inclinó hacia adelante, su escote hizo su parte y ella tiró un beso al aire.

Coliseo del Café.

10:40 a.m. La van se detuvo afuera del Teatro Azul. Ya todos estaban listos. En la entrada había una camioneta parqueada, era de colores blanco y verde con el nombre del canal regional de televisión; de ahí salían hombres cargando cables y antenas. Un grupo de mujeres de traseros y senos grandes, maquilladas, en minifalda, vestidos cortos de lentejuelas, shorts de flecos y extensiones rubias hacía fila para entrar a la sala. Eran amigas de Liar y venían a verla en acción.

Pronto, las escandalosas que hace minutos venían gritándoles a los hombres y haciendo bromas, se dispersaron y ocuparon su lugar. Liar corrió al camerino del teatro (ella se imaginaba algo

tipo Broadway pero en realidad era una especie de oficina-vestier) y continuó su transformación, Jimena y Taliana ocuparon el baño del público y cambiaron los shorts y camisetas diminutas en las que venían por unos vestidos de gala largos, y Fabián cambió su atuendo punkero por un vestido verde corto ceñido al cuerpo, medias veladas del mismo color y tacones azules. A diferencia de Liar, él solo usó un tono tierra en sus párpados, se aplicó un labial fosforescente, se revolcó la cresta rosada con crema para peinar y quedó listo. Del equipo de producción le tenían listo el marco de cuadro dorado con grabados renacentistas con el que comenzó a bailar y ofrecer fotografías a la entrada del teatro.

El resto del grupo venía como espectador, así que se dedicó a hacer vida social mientras todo iniciaba. Caro, algo perdida y todavía tímida, le repetía a Erika que le tomara fotos a todo: a la gente, al grupo de travestis que entraba en ese momento, a la ropa que llevaban puesta las mujeres,

a la decoración del lugar y hasta a la muestra de café latte y la torre de *cupcakes* que pusieron en plena puerta del teatro. Todo era nuevo para ella.

11:00 a.m. Comenzó la función. Taliana y Jimena, algo nerviosas, presentaron al gerente del canal, al equipo de la serie y a sus protagonistas. Luego le dieron la bienvenida a ‘Liar Flowers’. Solo se veía humo y luces de colores. Una pista de música electrónica sonaba suave, salió la diva taconeando fuerte, con *blazer*, peluca de afro y sombrero —parecía el guitarrista de Guns N’ Roses—, pegó un brinquito y deslizó sus piernas de extremo a extremo hasta que bajó por completo. Voló el sombrero y siguió su baile sensual. El *blazer* cayó al suelo y las lentejuelas del enterizo brillaron con las luces. Como lo había prometido, usó una prenda diminuta, una especie de vestido de baño sexy para una noche de gala. ‘I will survive’, de Gloria Gaynor, fue la primera de tres canciones que interpretó con mímica, al tiempo que hizo alarde de su flexibilidad y su talento para el baile.

Los aplausos no fueron para menos. ‘Liar Flowers’ demostró por qué era la Drac Queen más famosa del Eje Cafetero. Ella salió del escenario y se sentó junto a sus chicas entre el público. Entonces la proyección inició. Una a una fueron apareciendo las historias de quienes estaban allí: Travestis, transformistas, transexuales, homosexuales, hombres y mujeres y transgénero; profesionales, prostitutas, desempleados, estudiantes y modelos, el grupo era variado.

Jimena, por ejemplo, había trabajado hasta hace un año como auxiliar administrativo en un banco, hasta que un día se cansó de fingir y salió del clóset. Ya su familia lo sabía y la apoyó. Se cambió el nombre y se metió a clases de modelaje. Su estatura de 1.85, sus ojos verdes y cuerpo delgado ayudaron. Pronto estuvo en campañas y desfiles de moda. En pocos meses se ganó el reconocimiento en la comunidad LGBTI, pero su mayor triunfo llegó con la corona de Miss Colombia Trans, con la que se hizo merecedora a un viaje a Tailandia.

Todavía no recogía los fondos suficientes para irse. Gracias a este título, se vinculó a la Alcaldía de Dosquebradas con proyectos de interés social y educación sexual.

Tras la introducción de cada historia y una invitación a ver la serie (se emitiría un capítulo los miércoles cada ocho días, a las 9:00 de la noche), el grupo volvió a la van y se fue en caravana con el resto de asistentes para un restaurante a las afueras de Armenia, invitados por el equipo de producción.

Tambo. Filandia. Restaurante Juancherito.

—¿No le parece que ha sido una experiencia muy bonita, como inolvidable? —le preguntó Caro a Erika, que para ese momento ya se había vuelto amiga de todas las muchachas

—Sí Caro, me alegra que lo disfrutes —le respondió y siguió entretenida.

—Que alce la mano la que está soltera y sin compromiso —chilló Liar.

—Yo porque no creo en los hombres. Todos son iguales —gritó Jimena.

–¿Iguales? Mi amor te equivocaste de carro, ¿no ves la mano de raros que hay acá? –dijo Liar al tiempo que soltaba una carcajada. Todos se unieron a la risa.

–Boba estoy hablando en serio –continuó Daniela– no he conocido al primero que no sea un aprovechado que lo quiera a una para pasar el rato y ya, o para aprovecharse de la fama.

–¡Por eso! Vea a esta manada de aprovechadas –seguía Liar en su broma.

–¿Caro y tú cuándo te vas a poner tetas? – interrumpió Paula.

–Hmmm pues cuando tenga plata, pero quién sabe cuándo será eso –le respondió– ¿Verdad que uno pierde sensibilidad en los pezones?

–A mí sí me pasó, yo casi no siento nada si me tocan –comentó Taliana– pero la Liar es la que dice que quedó como si nada.

–Afortunadamente –completó Liar.

–Pues yo sí perdí sensibilidad pero no me importa. Y este año me opero las cuerdas vocales

para quedar con la voz femenina –dijo Jimena–. También estoy pensando en el cambio de sexo por mi profesión, porque a veces me toca modelar vestidos de baño y es muy difícil escondérselo.

–No, yo sí no soy capaz de escondérmelo porque soy muy sensible y de pronto se me para, qué boleta –confesó Caro y se le contagió la risa del grupo tras su respuesta.

Bandeja paisa, sancocho, picada, arepas con guiso, chuleta de res con papas a la francesa, limonadas y jugos. Hubo risas y más confesiones en la mesa, fotos, videos, *selfies* y publicaciones en las redes sociales. Una hora después, las reinas y Liar se despidieron, iban para una entrevista en el canal. El resto del grupo volvió a la van. Esta vez ya no había recocha. Iban dormidos.

3:30 p.m. Pereira. Daniel Camilo y su novia se quedaron en el centro, él estaba cumpliendo años y planeaban celebrar esa noche. Fabián y “el de las pupilas dilatadas” (como bautizaron a Santiago) se

bajaron antes de llegar a la terminal de transportes,
Caro y Erika abordaron un bus para Manizales.

4:00 p.m. Trancón a la salida de
Dosquebradas.

4:30 p.m. Retorno a Pereira. Santa Rosa de
Cabal. Zona escolar.

– ¿Por qué será que uno se monta a un carro
y como que se va durmiendo? Esto lo arrulla a uno
¿cierto? –comentó Caro.

– Pues duérmase un rato, vea que falta para
llegar –respondió Erika.

– Yo sí quisiera descansar las vistas un
poquito, pero es que no me quiero perder nada.
Porque ¿cuándo voy a volver yo por acá? –recalcó
Caro y suspiró. Erika inclinó la silla del bus y se
tapó la cara con un sombrero. Ella, al contrario,
volvió su vista a la ventana y siguió contemplando
las imágenes que se esparcían velozmente formando
paisajes de líneas.

5:20 p.m. Manizales.

VIII

La Puta Manada

Puta, puta, reputa. Por bonita. Por esa falda tan cortica. Por el escote. Por el maquillaje. Por el caminado. Puta. Por tener sexo casual con alguien. Puta. ¿Con otra mujer? Putísima.

Avenida Santander. Medio día. Hora pico. Marcha de las Putas.

Tenían las tetas y el culo al aire. Fumaban, se reían, cantaban y desfilaban naturalmente. Hubo momentos en que lo hicieron chueco porque los tacones eran muy altos; otras veces, porque los tragos ya les habían cogido ventaja, o porque todavía no dominaban la pasarela como sus compañeras. Eran putas en disputa. Eran putas y estudiantes, amas de casa, prostitutas, mamás solteras, novias, activistas, disidentes, lesbianas, hombres. Eran putas que lo disfrutaban.

Somos las nietas de las brujas que no pudieron quemar.

El performance de la colectiva Subversión Marica empezó con este canto; luego, en diferentes espacios y apariciones leyeron el tabaco, cantaron, lanzaron conjuros y hechizos, e hicieron limpiezas con plantas medicinales. Sus integrantes recrearon ritos de culturas paganas, brujas, santeras y gitanas. Con un brebaje (el canelazo que hicieron esa mañana en la casa de Fredy) invitaron a los transeúntes, a los curiosos y a los escandalizados a liberar sus demonios, a dejar la vergüenza y el miedo al qué dirán.

Saca de tu cuerpo el machismo.

Sonaron los tambores.

Mete a tu cuerpo el feminismo.

Vestían de negro; sus caras, pintadas de verde, rojo, azul y blanco, y en su cabeza, un turbante con la bandera de Colombia. Estaban descalzos. Seguían cantando. La caracola y la tierra, la sal y las piedras, las semillas, el incienso y las flores cubrieron el rastro del grupo.

Los brujos y taitas nos darán la fuerza.

En ese punto, los jóvenes quemaron eucalipto y palosanto, y de entre el público salieron compañeros alzando carteles con los nombres de las últimas víctimas de feminicidios: Rosa Elvira Cely, Dora Lilia Gálvez, Berta Cáceres, Yuliana Samboní, junto con otras letras que se deformaban y se hacían ilegibles por el ondear sulfuroso de los participantes.

Estos son los amuletos del cambio, les dijeron a las personas mientras repartieron plantas de ruda, hierbabuena, pronto-alivio y limoncillo.

Esta es la fuerza que conjuga el universo contra la violencia, *este es el símbolo de la* resistencia y el compañerismo.

La Puta Manada, grupo que también participó en la marcha, se formó por su decisión de dejar de huir y confrontar la realidad con actos de paz, llevando como consigna que “la violencia no es contra una sino contra todas”, y su nombre, que incomodaba de solo nombrarlo cuando asistían a encuentros con autoridades locales, buscaba darle

otro sentido a la palabra Puta, usada para ofender, descalificar y reprimir a las mujeres por su manera de vestir, actuar y pensar.

– Nosotros reapropiamos el insulto y es nuestro lugar de enunciación política para denunciar las formas absurdas de justificación y legitimación de la violencia sexual –le respondió Isabel a un periodista de una emisora local que asistió a la marcha.

Insultarte no me hace más hombre

El acoso sexual callejero es una forma de violencia

Para sorpresa de la manada, muchos de los policías que custodiaron el orden público durante el evento, accedieron a llevar las hojas con mensajes que el grupo les pasó. A las 7:00 de la noche, Las Guapas se fueron a cambiar para recibir otra jornada laboral. Los curiosos siguieron su paso y la Policía despejó el tumulto para evitar más trancones sobre la carrera 22. La Plaza Bolívar quedó vacía. Había confeti, papeles picados y ramas en el suelo. Las

palomas picoteaban las semillas que dejaron las brujas.

– Las mujeres desconocen los tipos de violencia a los que pueden ser sometidas o los que, por ignorancia, también infringen a otras personas – Julián les preguntó a las jóvenes presentes en el Putaller qué tipos de violencia conocían y cómo se sentían violentadas.

– Si le pegan. Cuando hay un bonche con el marido y él le manda una cachetada a la vieja, la zamarrea, la empuja, de todo. Hay desgraciados que hasta las cogen a pata –a medida que se le vinieron más ejemplos a su cabeza, Zayra comenzó a alzar la voz, estaba furiosa.

– ¿A pata? Hay mujeres a las que les cortan el pelo, les dan machetazos, las queman, las torturan. Es que hay mucho sádico suelto y uno ya no sabe ni con quién se está metiendo –agregó Caro, que tomada atenta nota de todo lo que decía Julián.

– Es verdad lo que están diciendo muchachas, pero lo que hemos nombrado hasta ahora son casos de maltrato físico –les dijo él–. ¿Se han puesto a pensar en las veces que las han insultado, humillado, aislado o vigilado? ¿Alguna vez se han burlado de ustedes por su apariencia, o porque están gorditas, o porque según sus parejas o familiares, ustedes “son como bruticas”?

Caro dejó de escribir y empezó a dibujar triángulos en el cuaderno. Miraba de vez en cuando al frente. Los pies, acomodados en puntitas contra el suelo, se le movían casi involuntariamente, como si tuviera ganas de orinar. A medida que avanzaba el Putaller, se preguntaba si le iba a llegar el turno de hablar. Qué diría. Muchas cosas se le amontonaban en la cabeza. Esta era la cuarta vez que ella asistía a los encuentros de La Puta Manada, así comenzó a hacerlo desde que los conoció cuando viajó con Las Guapas a Bogotá. Uno de los proyectos en los que estaban trabajando era el de informar sobre cualquier manifestación de violencia contra la

mujer. Su propósito era formar, crear cultura y cambios en la región. Los Putalleres eran el espacio de la Escuela de Trans-Formación y Disidencia Sexual, pensada para hablar de historia, ecología, movimientos sociales, sexo, violencia, enfoque e igualdad de género y propuestas de cambio.

– Eso es violencia psicológica –continuó Julián– pero hay más. Hay violencia sexual, y no solo hablo de violaciones; si tu pareja te obliga a tener sexo con ella, eso es violencia; si no te deja usar anticonceptivos o te exige que tengan relaciones sin protección, eso es violencia –mientras hablaba, el estudiante de Ciencias Políticas repartía fotografías e imágenes que ilustraban su explicación–. ¿Ustedes creen que es normal que el hombre sea el que maneje el dinero y los ingresos del hogar? No. Eso es arcaico. Si les maneja el sueldo, les toca pedir permiso si van a comprar algo, si no saben en qué se gasta el sueldo y no las deja trabajar, eso es violencia patrimonial y económica.

– Pero esa no cuenta –interrumpió Yesenia–
si el marido hace todo eso, ¿quién le dice que no?
Aunque una pusiera la queja, ni la misma Policía le
pone cuidado.

– Eso es lo que queremos cambiar chicas, y
lo primero es que todas tengamos claro cómo nos
pueden violentar –participó Isabel, la líder del
grupo. En seguida apagó el computador, guardó las
cartillas y miró a Bertha, quien la escuchaba atenta
en primera fila–. Venga mi negra –invitó a los diez
jóvenes presentes a que se pararan de las sillas y se
sentaran en el suelo formando un círculo–. Pillen
pues esta historia y la iniciativa de mi parcerá.

Bertha era una señora de unos cuarenta años,
de piel negra, acuerpada, con cabello largo, labios
gruesos y nariz chata. Venía de Buenaventura a
compartir un par de días con La Puta Manada y
contarles sobre el proyecto Mujeres a Paso de
Mangle, con el que estaban llegando a las mujeres
de la cárcel del municipio, a las trabajadoras
sexuales y a algunas amas de casa. Esa fue la

introducción, pero pronto siguió con algo que las dejó en shock.

– Miren muchachas, esto que les voy a decir no es fácil –comenzó diciendo–, pero después de muchos años ocultando lo que me había pasado, entendí que tenía que sacar la fuerza y el valor para hacerlo, y animar a que ninguna mujer se quede callada –Todos la miraban atentos.

La causa de su alcoholismo –les dijo Bertha– tenía una explicación. Era su escape, su terapia, su inconsciente deseo de lastimarse por lo que le pasó. Cuando tenía 18 años, la guerrilla se tomó el pueblo donde vivían ella y su familia. Hubo enfrentamientos con la Policía, disturbios, saqueos e incendios. El afán de llegar a su casa era enorme, pero a su paso por la carretera de ‘Las tres Marías’ (como llamaban la zona donde vivían las parteras más famosas: María Soledad, María Mulata y María Jacinta) siete hombres interrumpieron su camino, la arrastraron al monte y la violaron.

– Yo no sabía qué hacer, estaba paralizada.
No era capaz ni de gritar. Solo les preguntaba:
¿Pero yo qué hice? ¿Yo qué hice? ¿Por qué a mí? –
Bertha tenía una voz ronca que de vez en cuando se
iba y volvía con más fuerza, como si se ahogara en
cada recuerdo– Lo único que me respondían era:
“Cállese perra o la matamos”.

En medio del ataque, la joven, que para ese
momento ya tenía su falda rasgada, estaba descalza
y todavía con una manga de la camisa puesta, vio
un rostro familiar. Era su primo Jefferson. Los
hombres se turnaban para metérselo
indiscriminadamente, en desorden, tanto que hasta
se peleaban por entre ellos. Algunos no habían
soltado el arma; otros, no soltaban las botellas de
biche.

Cuando su primo la violó, Bertha no supo
qué hacer, no entendía nada. Optó por quedarse
quieta, muda, y rogarle a su Dios que eso terminara
rápido.

– Él supo que yo lo reconocí, porque fue uno de los que decía “si cuenta algo te matamos a ti y a tu familia. Nosotros sabemos dónde vive ¡perra!”.

Quién sabe cuánto tiempo después, Bertha se vio sola y tirada en la carretera. No recuerda si se desmayó. Trató de incorporarse y el dolor en sus genitales la tumbó al suelo. Encogida, en posición fetal, lloró y se lamentó. Segundo intento. Esta vez, se ayudó con una rama gruesa que encontró en el suelo. Logró pararse. Con una chancla en el pie derecho y el otro pie desnudo (como su cuerpo) Bertha caminó hasta su casa.

Era de madrugada. Los gallos de la vecina ya empezaban a cacarear. Había escombros y el pueblo estaba en un silencio escalofriante, tanto que alcanzaba a escucharse el eco del ruido, los gritos, las súplicas de la gente para conservar sus vidas, el llanto de los niños. Era como si un halo de dolor se colara entre el humo de las casas chamuscadas.

Nadie notó su llegada. Su mamá y sus hermanitos habían pasado la noche juntos, debajo

de la cama. Allá permanecían. El sueño los había vencido.

Bertha fue al patio de ropas, se cambió al pie del lavadero de piedra y votó las hilachas que le quedaron medio puestas. Intentó recostarse en la hamaca de la sala pero no se sabía qué estaba más inestable: ella o ese pedazo de hilos enrollados que colgaban de dos vigas. Se decidió entonces por la mecedora de mimbre. Se quedó dormida.

– Al rato, cuando ya sentí que todos se despertaron, me paré calladita sin decir nada y me fui para el médico. Ni siquiera les pregunté cómo estaban o si les habían hecho algo. Nada. Yo me sentía tan mal que no quería ni hablar.

En el centro asistencial no daban abasto con los heridos. Como la vieron llegar por su propia cuenta, supusieron que no era tan grave y no la atendieron. Una vecina que la vio la acompañó donde el médico privado, el único del pueblo que se daba el lujo de cobrar \$2.000 pesos por consulta. Cuando Jeremías vio a Bertha, no preguntó nada, la

acomodó en la camilla y le hizo las curaciones. Fue necesario coserle siete puntos por el nivel de desgarre en su vagina.

– El doctó no me cobró nada. Yo creo que de lo mal que me vio. Es que yo no hablaba. Yo creo que tenía cara así como de esos perritos muertos de hambre que se sientan a velarle a uno comida –Bertha bromeó en medio de su relato. Algunos sonrieron por corresponderle el intento, pero estaban aterrados.

“Gracias”. Fue lo único que le dijo después de doce días asistiendo de incógnita para que le aplicara una inyección cada 24 horas. Eso y las pastas que también le regaló, le curaron la gonorrea que le transmitieron sus agresores.

– La verdad es que Jeremías y yo nunca hablamos ni nos dijimos nada de nada. Él no me preguntaba y yo no le contaba. Él sabía que me habían violado. Él se apiadó de mí y me regaló ese tratamiento –Bertha enrollada y desenrollaba las

tiritas de su mochila tejida mientras les contaba la historia a los jóvenes. Ellos no dejaban de mirarla.

En su pueblo decían que las penas se ahogaban con biche y aguardiente, y eso fue lo único que la hizo olvidar, aunque fuera a ratos, lo que le había pasado. Luego, la ansiedad y el guayabo moral de cada rasca la llevaron a comer sin control. Para cuando se vio frente a un espejo, el sobrepeso le llevaba muchos kilos de ventaja.

Bertha contó que se provocaba el vómito porque no le gustaba su cuerpo. No quería ser gorda. No le gustaba la imagen que veía en el espejo, la rechazaba, la odiaba. Una parte suya sabía que tenía un problema. Más de una vez, llegó a pensar en suicidarse, pero se arrepentía, no lo hacía por sus dos hijos.

– Ellos necesitan a su mamá –dijo; después, con su mano izquierda señaló la derecha y trató de ubicar con el índice dos costras que tenía en la falange inferior y en el nudillo del dedo corazón; los cuellos curiosos alzaron la mirada–. Casi no se me

nota por lo negrita, pero este secreto también me quedó marcado. Eso es de tanto meterme el dedo para devolver la comida, uno cree que no pasa nada pero ahí está; de un momento a otro, resulté con esas cachas, con unas úlceras en la garganta y se me pusieron los dientes amarillos por esa cosa que uno vota cuando no tiene ya más pa' vomitar.

– ¿Y has pedido ayuda? –le preguntó Caro.

– Sí, claro. Mi familia sabe lo del alcoholismo y ha tratado de bajarle al chupe. Porque uno en una casa donde todos toman, ¡hasta mi abuela! ¿Dígame cómo hace? –respondió—. En cambio lo de la bulimia solo lo sabe mi mejor amiga. Ahora último estoy yendo donde una psicóloga allá en el puerto y esa doctora me ha ayudado mucho. Pero hay cosas que...

Bertha se detuvo, tras un par de segundos en silencio, alargó la manga de su saco y se limpió las lágrimas.

– Hay cosas que uno no sabe cómo soportar.

Julián se paró y la abrazó. Todos se sumaron al gesto. Bertha sonrió y les dijo: “Yo no puedo porque estoy en ese proceso, ¡pero les traje biche y cocadas!” Su risa contagió al resto. Isabel sacó los vasos plásticos y Bertha comenzó a servirles la bebida tradicional de su pueblo.

– Esto se hace con jugo de caña fermentado y muchas yerbas –les explicó–. A veces, cuando lo quieren dejar más suave, le echan canela y panela. Yo se los traje dulcecito, pero en mi casa lo tomamos fuerte, puro, que nos deje parados de un solo trago.

Siguió el turno de Caro para contar parte de su historia. De cierta manera, le tranquilizaba saber que no era la única a la que le habían pasado cosas tristes, traumáticas. Incluso, pensó que era afortunada de no haber sufrido un abuso sexual. Caro se sentía conmovida con la historia de Bertha. Si ella pudo contarle y afrontarlo, los golpes que ya había recibido y sanado su cuerpo no serían un

obstáculo para continuar. Ese día exorcizó sus recuerdos de bahareque.

– Nosotras no podemos llegar a decirles que les vamos a dar grandes cosas. No. La plata no nos alcanza mi reina. Pero sí les decimos que desde ya cuentan con nuestra amistad. Y acá vamos a estar para ayudarlas en lo que podamos.

Mujeres a paso de Mangle¹

¿Y si la vida sigue siendo el mismo mierdero que yo ya conocí? Dígame, a lo bien, ¿a qué traigo un bebé al mundo? ¿Y si es niña? ¿Y si el mejor regalo que puedo darle es que no nazca?

¹ Organización feminista de Buenaventura. Trabaja con mujeres de la cárcel, trabajadoras sexuales y amas de casa en condiciones de pobreza.

Piénsalo nena. No es una idea tan paila. Tú sabes por toda la vaina que nos toca pasar a nosotras.

*Las Parceras*²

Wainpirai: Wain, significa búsqueda, el que busca, y Pirai, significa pájaro. En nuestro resguardo, es normal si el hombre, el líder del hogar, abandona a su esposa y a su bebé recién nacido si es mujer. Para ellos es como una desilusión. La gente no sabe lo que pasa en los resguardos, pero uno sale a la capital a contarlo y lo miran como bicho raro. Una vez, en el aeropuerto de Bogotá, me preguntaron que si debajo de mi túnica tenía ropa interior.

*Wainpirai*³

² Organización feminista de Bogotá que informa y ayuda a las mujeres en su proceso de abortar. Su meta es montar la primera línea nacional de aborto seguro.

³ Colectivo feminista indígena de La Guajira. Su propósito es que las mujeres Wayuu del resguardo Zahino conozcan las condiciones de violencia y abandono a las que son sometidas sin darse cuenta y lo que pueden hacer al respecto.

Con la campaña y la página en Facebook *La ropa sucia no se lava en casa*, la Puta Manada convocó a más mujeres para contar sus casos, compartir sus experiencias y pedir ayuda. El grupo creció en cuestión de días.



Nos enseñaron que los conflictos de la familia se hablan solo en casa, nos hicieron creer que los problemas de pareja solo son asunto de dos personas, nos educaron para sentirnos culpables al

ser violentadas sexualmente, nos inculcaron ideales de belleza creados con Photoshop, nos acostumbraron a guardar silencio y caminar rápido cuando un desconocido nos hace comentarios obscenos en la calle. Pretendieron hacernos

guardar silencio para relegar al ámbito privado las agresiones que se presentan en nuestros hogares, en nuestras relaciones amorosas y en la calle. Pero nos cansamos de llorar entre las cobijas, lamer nuestras heridas en soledad y callar ante el agresor.

– Nosotras partimos de la indignación colectiva que sentimos al ser violentadas por un sistema hegemónico, machista y patriarcal –les informó Isabel a las caras nuevas que asistían por primera vez al taller–. Es que con esto nos han vulnerado los sueños y eso es llegar muy lejos ¿No creen? –preguntó.

Esta vez, en una casa que prestó un parcerero, la Puta Manada y Subversión Marica se habían reunido para ensayar las arengas de la Puta Batucada ‘Sorora Matancera’, cuyos instrumentos eran tarros plásticos reciclados y pintados.

– ‘Sorora’ bien de sororidad, se refiere a la hermandad. Y ‘Matancera’ porque queremos ‘matanceriar’ el sistema patriarcal. Queremos vivir

en un mundo libre de machismo, clasismo, racismo y homofobia. Vea, ya se están riendo parce –Laura sonrió y señaló a sus compañeras–. Ellas dicen que yo parezco en campaña a toda hora, pero a lo bien, así es esta vuelta –y remató con su pregunta habitual, la misma que ya algunos habían dicho en medio del chiste que se les convertía oírla hablar–
¿O no?

IX

Boca roja

Es una diva entrometida. Sus pestañas parecen de escarcha. Son radiantes sombrillas que estallan en colores con los rayos del sol. Camina como dibujando un ocho con sus caderas. Una sonrisa, y se contonea más. Una mirada, y vuela. Un piropo, y ya tienes su atención. Una oferta, y una parte de su mundo es tuyo.

2:00 p.m. Huele a leña en la esquina de Las Guapas.

A Sara Cristal siempre le gustó la integración y compartir con la gente, por eso cuando caminaba cerca de *esa* calle, en la Galería de Manizales, no dudó en unirse a la fiesta.

— Venía de llevarle el almuerzo a mi marido y, como buena colombiana, me metí a ver qué había en ese tumulto de gente. Una de dos: o estaban dando algo o había bonche, y yo soy buena pa' chismosear.

Así se enteró del alboroto que habían armado en esa esquina para que todo el que pasara se animara a pintarse la boca de rojo. Sara no se quedó atrás.

Ella, 24 años. Él, 49.

Ella, ex prostituta. Él, ex cliente.

Ella, mesera. Él, mecánico.

Ella quiere un hijo. Él ya tiene dos.

Aún le costaba acostumbrarse a su nuevo rol como esposa y ama de casa comprometida. Parecía que, por fin, sus días de prostitución habían terminado. Héctor, el causante de que su destino cambiara, trabajaba en el taller ‘Donde Lucho’, a dos cuadras del Supermercado Central, en pleno corazón de la Galería. Desde hace cuatro meses, ellos compartían una pieza en las residencias Dany’s, pagaban 80.000 pesos el mes; pero sumando el mercado y los 10.000 adicionales por usar el baño y la ducha a diario, incrementaban los costos. Sara trató de conservar su antiguo empleo para ayudar en la economía de su nuevo hogar, pero

eran inevitables las discusiones, así que como pudo, consiguió trabajo de mesera en los “almuerzos encadenados”, como le llamaban a un local muy pequeño y sin nombre en el que se vendían almuerzos de olla: grandes fondos de aluminio con agua, papas, yuca, cilantro y mondongo, lengua o garra. Poco elaborados y a buen precio. Las cucharas y los platos estaban amarrados con cadenas ya oxidadas. Los clientes solo podían demorarse lo que les durara la comida; luego, debían darle paso al siguiente ‘hambriado’ que esperaba paciente en la fila. El almuerzo costaba 1.500 pesos; incluía un caldo, arroz, salchicha o salchichón y una tajada de papa o plátano maduro frita. La bogadera era famosa: aguapanela fría con limón.

– Llegué hace un ratico y vi que estaban todas mis amigas, eso es raro porque no siempre coincidimos –Sara se golpeó la boca suavemente, como corrigiendo lo que había acabado de decir– perdón, es la costumbre, las muchachas no siempre

coinciden todas en una misma hora; aquí cada cual maneja su tiempo y su bolsillo.

– ¡Y sus nalgas mi amor! –La Coste interrumpió la conversación de Sara con una periodista que asistió al evento.

– Mamacita linda, como estás de bella mi amor, espere que ya voy a saludarla bien –contestó Sara y le dio una palmada en las nalgas– Si no, vea este saludo tan emocionante –dijo volviendo su mirada a la joven que la abordó para entrevistarla– por eso me quedé. Esto se ve muy bueno.

Sara recibió el labial que le pasó Luna Sofía y comenzó a pintarse los labios, repasando una y otra vez el color hasta lograr un rojo intenso como el de sus compañeras.

– Puede que yo ya no trabaje aquí, pero ellas siguen siendo mi familia. Yo soy Guapa hasta la muerte lindura –declaró ella y tiró un pico por el reflejo del pequeño espejito redondo que sostenía, del otro lado se asomaba un fotógrafo de un periódico nacional; ella delineaba con cuidado el

borde de su boca y él movía despacio el foco de su lente 35 milímetros para dar con la toma exacta.

Ellos, dos personas de mundos diferentes, estaban en la actividad que organizó la Fundación Escuela Contra la Pobreza, denominada el ‘Día de la Boca Roja’, con la que querían transmitir el mensaje de que las mujeres trans eran lindas, divertidas y amables, y que llevaban la boca roja como un símbolo de su alegría, una forma de expresar que eran ciudadanas como cualquier otra persona. Este sería el primero de muchos encuentros que planearon hacer con el mismo nombre.

La primera cita fue en la tradicional y ajetreada zona donde, usualmente, se reunían las trabajadoras sexuales. Ese era el parqueo en minifalda, mallas y tacones de la Galería. Era humo de cigarrillo, polvo blanco, hojas trilladas, pan y tinto. Era un universo socialmente clandestino pero económicamente rentable. Era el mundo bohemio, entonado y enguayabado; era la calle sin final ni retorno, el limbo jurídico, la estadística

desactualizada y el número errado; la representación del dinero seguro pero nada fácil, el placer consumista, caprichoso y cotidiano.

No alcanzó a estar desde que empezó porque tenía clase, pero Caro también se pintó la boca de rojo, saludó a las Guapas y se instaló en una esquina para quedar en la foto que estaban tomando algunos periodistas. A diferencia de un par de meses atrás, esta vez no le dio pena que la vieran allí e incluso, se las arregló para mostrar su rostro en cada nueva pose.

– Yo no niego que antes me preocupaba por el qué dirán, sobre todo porque de pronto iban a pensar que yo era una puta, pero luego pensé que así no era la cosa ni podía ser. Si entre nosotras de la comunidad LGBT no nos apoyamos, ¿quién nos va a apoyar? No mijita, eso toca así, aunque se nos venga el mundo encima –le contó a Sara.

Martina y La Coste estaban sirviendo el arroz con leche cuando llegó Roxana a decirles que no se aguantaba a “esa muchachita” en su calle. Se

refería a Caro. Desde el viaje a Bogotá para ir a la marcha, “la reina de las mallas”, como le decían por sus atuendos, estaba molesta por la actitud de la joven, según ella, “sobradita, creída y criticona”.

– Es que todavía me acuerdo de esa tontarrona diciendo que el baño era de todos y que orináramos en la taza. ¡Gran pendeja esa! –Roxana les habló en voz baja, pero su lenguaje corporal la delataba.

– Déjela que ahí no está haciendo nada malo –le respondió Martina mientras limpiaba la leche que chorreaba del cucharón con el borde de la olla–, se supone que esto es un evento público y todo el que quiera venir, pues bienvenido. Más bien ayúdeme con esto y me dice qué tan dulce quedó – La Coste seguía revolviendo. “El secreto está en cómo coge el palo”, reía al ritmo de su meneo. Martina le pasó un vaso plástico a Roxana con el manjar recién hecho en leña, papeles y cartones que recogieron, le esparció un par de pasas encima y le metió una cuchara–. No es por nada, pero esto

quedó de rechupete, ¿o qué? –añadió tras lamerse los dedos untados. Roxana no respondió nada y siguió comiendo. El dulce le calmó el malgenio.

– Bueno, a mí que me digan quién fue la diosa que hizo esta maravilla pa’ zamparle un beso. –La Caballo alzó su vaso y miró a sus compañeras– ¿Verdad que fue La Coste? Diga pues el secretico mi reina. –Se paró despacio del andén en que estaba sentada, tambaleó un poco y buscó equilibrio con su pierna derecha. Ese era el efecto de estar de pie en la calle (que de por sí ya era inclinada) subida en unos tacones de 15 centímetros y con “la loquera” de la noche anterior encima–. ¡Ay jueputa, que me mato! –gritó y de dos zancadas llegó hasta donde la Coste. La Negra, Sara, Caro y Martina se gozaron el show que, como de costumbre, daba la Caballo.

– Esta es la receta de mi mamá. En muchas partes primero hacen el arroz en agua y luego le mezclan todo, pero ella lo hace en puuuuura leche. Así es que queda sabroso. ¡Ah! Y en panela para

que le dé el color moreno, porque eso en azúcar es puro dulce y ya.

– Oiga mamita, pero cuidado lo hace en puuuuura leche de hombre, porque ahí sí nos deja el arrozito salado –bromeó Tania, que acababa de despertarse y salió de su pieza (todavía estaba en pijama) a saludar.

– ¡Nos hace un arroz con leche cortada! – Agregó Roxana, la risa no se hizo esperar tras el aporte.

Todas recordaron los platos familiares. Las épocas de “vacas gordas”, cuando, para algunas la abundancia llenó sus infantiles estómagos. De solo pensarlo, les olía a las arepas de maíz cocido hechas al carbón y esa conversación sabía a claro de mazamorra, fríjoles con garra, huevos revueltos, dulce de guayaba y al sancocho de las abuelas. Los tiempos de “vacas flacas”, en cambio, tuvieron un selecto menú de arroz con papa o yuca, agua de panela con tostada o plátanos maduros de desayuno, almuerzo y comida, y sopa de cuchuco o

bienestarina que regalaban en los restaurantes comunitarios. A otras nunca les tocó eso y lo único que conocían era lo que habían hecho en esta calle.

– Yo nunca pude compartir así con mi familia de verdad, pero cuando viví allí en la 25 – “¿En el hogar de paso muñeca?”, le preguntó Geraldine a Estrella–. Sí muñe, ese. Allá armábamos unas navidades bailables que mejor dicho, ustedes no se imaginan el boleo de comida; eso sí, nada de trago porque con esa manada de adictos... qué nos iban a dar un *cunchito* de algo. – Estrella raspó la última cucharadita de postre que le quedaba en el vaso y lo votó–.

– Ve, y vos por qué fue que dejaste de ir, si te daban tan buena papa –preguntó Rosa.

– Pues, mi querida, aunque no lo crea, eso a veces era más bien maluco. Iba mucho borracho, loco, mucho tostado. Yo compartía con todos por igual, pero no faltaba el que quería pasarse de avisado y se me metía en las cobijas por la noche. Y pues eso gratis no aguanta, por eso me vine a

pagar una piecita allí en las residencias de doña Nury, y pues seguir en lo mío.

– ¿Lo suyo? ¡Lo nuestro! –replicó Martina.

A pesar del “voltaje” que aceptaban tener que aguantar en esta zona, todas coincidían con que allí habían aprendido a vivir y se sentían a gusto. Así, eran cotidianas las peleas en una esquina, uno que otro robo al día, los negocios turbios, el cambalache y la venta ambulante. La vida en la Galería se sostenía entre dos ramas de consumo diferentes pero que convivían en un mismo espacio. Allí se pasaba de la venta del vicio a la del revuelto para el almuerzo y las frutas para el desayuno de los hogares manizalitas. La vida (a pesar de los positivos cambios que mostraba en el día, sobre todo por las obras del discutido y polémico Macroproyecto San José, que ya comenzaban a llegar a la zona) era oscura a ratos, de esos ratos que duraban semanas o meses enteros; entonces eran tiempos de redadas policiales y abusos de los uniformados; tiempos guapos, de palizas de los

clientes, amenazas de ex amantes y escándalos de novias y esposas histéricas.

Irritable. Pasajera. Olvidada.

El peligro, el asesinato, la culpa. Las historias, la cantaleta y los chistes. El desayuno “trancado” para mecánicos y camioneros, el jugo de naranja y la empanada grasienta. El olor a pollo desplumado, a cebolla, basura y estiércol de caballo. La mugre, el barro, el humo de los carros, las busetas y los jeeps. La música de cantina, el radio mal sintonizado, el “madrazo”, los gritos con ofertas del “quinientazo” o el “todo a mil” y las incoherencias de algún habitante de calle en pleno vuelo. Esa era la Galería.

Alquilada. Colorida. Compleja.

La administración del mercado se encargaba de arrendar los espacios para los seiscientos comerciantes, un número pequeño en comparación con las casi cinco mil personas que trabajaban como

verduleros, fruteros, vendedores ambulantes, coteros, conductores, entre otros trabajos formales, informales y hasta ilegales. Había más de treinta cámaras de seguridad instaladas en diferentes locales y espacios públicos, y seis celadores permanentes para los trece mil metros cuadrados y cuatro pabellones en uso.

Histórica. Colonial. Re-corrida.

A comienzos de los años 50 se inauguró el lugar como la principal central de abastos de Manizales.

Confusa. Desordenada. Sucia.

En la Galería se producían diez toneladas de residuos orgánicos a diario, había proyectos en marcha para convertirlos en abono, pero todo dependía de costos, presupuestos e intenciones de turno.

Caliente. Nociva. Mortal.

Durante décadas, fue la arteria principal de bandas de sicariato y microtráfico en la ciudad. En las mismas cafeterías que se vendían café y pandequeso, se tranzaban negocios y se identificaban los “muñecos” de la vuelta. El bazuco, el perico y la marihuana se vendían como pan caliente. Había dos puntos cardinales de distribución, apodados Puerto Plomo y la Calle de la Penicilina. “Por las noches, era fijo que se daban bala con la Policía”, decía El General en una de sus historias al viento. Así apodaron a un anciano que se recorría las calles narrando a la Manizales de su época; él siempre usó el mismo atuendo, una mezcla entre marinero, capitán y estudiante de colegio vestido de gala.

Defectuosa. Dañada. Fría.

Calles refugio. Camas de cemento. Andenes almohada. Cobijas de cartón. Aleros para

escamparse. Cuando llegaba la hora de dormir, despertaba otro mundo, comenzaba el desfile de sueños rotos.

Rumores de abortos, miedo a la autoridad y conflictos costosos. Eso era la Galería. Política, promesas y dinero. Era agua fría, desintoxicación y abstinencia. Era muerte, hambre y abuso. Eran unos ojos prematuros con lluvia y lagañas. Era el hambre. Eran las mamás drogadas y las abuelas explotadoras. Eran los papás borrachos y los meseros con rabia. Era una selva que en las mañanas olía a café tostado y orines de caballo; en las tardes, a mangos y bananos maduros, cebollas y papas con tierra recién, sacadas del huerto; al final del día, en cambio, olía a abandono. Olía a soledad.

– El día de la Boca Roja empieza aquí porque creemos que las trabajadoras sexuales son unas de las más vulnerables de la comunidad LGBTI, queremos empezar un proceso con ellas y recoger información para afiliarlas al régimen subsidiado de salud, muchas no lo tienen –le

explicó Jhonatan Ramírez a uno de los periodistas que se acercó a cubrir el evento.

Jhonatan era voluntario de la Fundación Escuela Contra la Pobreza y coordinador del Día de la Boca Roja; ya llevaba dos años en la escuela, pero desde el último año se le comenzó a ver más frecuentando la Galería e invitando a la comunidad a vincularse en los programas de la fundación. Cuidado de ancianos, talleres para niños y oportunidades de trabajo para las madres cabeza de familia eran otros de los servicios a los que le apuntaba la organización, un grupo que fue creciendo y consiguió una sede en el barrio San José, ubicado en la comuna con el mismo nombre, aunque la casa era un inmueble más en la lista de espera para demoler y continuar con un polémico proyecto de renovación urbana que se había planteado en Manizales hace más de seis años.

El Macroproyecto San José llegó a ser catalogado como uno de los más grandes y prometedores en Colombia. La promesa incluía la

construcción de 4.500 viviendas, una avenida de 3.7 kilómetros, una zona comercial mixta de 200 mil metros cuadrados, la remodelación de la Galería, un parque temático con 23 hectáreas de interés ambiental, una zona recreo deportiva de más de 17 mil metros cuadrados de senderos, plazas y juegos infantiles; un Centro Integrado de Servicios Comunitarios (Cisco) para jóvenes, discapacitados y adultos mayores; y un “megacolegio” que ocuparía tres manzanas y tendría capacidad para 2.800 estudiantes. Apenas iban 800 apartamentos listos y 800 metros de avenida construida. Las obras estaban paralizadas.

– Mientras eso ocurre, seguimos trabajando por la gente de la zona. Lo que queremos es que todos los que puedan y quieran, se unan y nos ayuden –dijo Jhonatan a otro periodista y se apoyó en sus muletas para caminar hasta la olla del arroz con leche y pedir la ñapa– ¿no va a repetir esta delicia? Hágale hermano, que hay para todos –

agregó y estiró el brazo para que La Coste le sirviera un poco más.

A sus 25 años, ‘Jhony’, como le decían, ya “había probado mucha calle”. Sus días de drogas, delitos menores y excesos le agotaron el cuerpo y le dejaron un sabor amargo. El llamado de atención vino tras un enfrentamiento con un grupo que delinquía en la comuna Bosques del Norte, pero que se pasó a “invadir” terreno en la comuna San José. Jhony recibió un tiro en la nuca y quedó parapléjico. Empezó de cero con la terapia y la desintoxicación; tanta quietud le hizo ganar diez kilos de más, pero un año después, logró caminar ayudado de las muletas, y eso para él era un regalo después de haber pensado que jamás podría hacerlo. Uno de sus objetivos era incursionar en la política, por eso buscaba apoyo de la gente y darse a conocer en otra faceta, comenzar con pequeños cambios en los barrios y calles que fueron testigo de sus delitos.

– Ya van unas 500 personas que se han beneficiado con nuestros proyectos –les contó

Cristian a las Guapas. Él era compañero de Jhony—. Lo que queremos es que se formen en cosas que les sirvan para sus vidas. Con las señoras tenemos talleres de procesos productivos, con los jóvenes, clases de muralismo, en fin, hay que formarlos en habilidades para la vida. Todos están invitados a que nos visiten y participen –antes de que terminara de hablar, ya le habían pasado la segunda tanda de arroz con leche.

– Esto es excelente, así les vamos a mostrar a todos que también pertenecemos a la comunidad. Dicen que somos de la calle y a veces no nos ayudan. En un tropel, por ejemplo, a una compañera le dieron una puñalada en la rodilla, casi para morir y no la atendieron en la cosa esa de salud – narró Luna en su “salto a la fama”, como describió entre risas la entrevista que le estaban haciendo para el noticiero. Era su primera vez.

– Es verdad –dijo Geraldine–, eso es una boleta para nosotras.

Ella no sabía que tenía derecho a ser atendida en los servicios de salud sin tener que ir vestida de hombre. Contó que una vez, alcanzó a visitar a un cirujano clandestino para cambiarse el sexo, pero una amiga le rogó que no lo hiciera, entonces se acobardó a último momento; solo ahora se enteraba de que en su EPS no podían negarle el procedimiento si ella lo exigía.

Geraldine fue la primera en la fila para llegar a la mesa donde dos funcionarias de la Alcaldía ofrecieron asesoría jurídica y psicológica. De segunda, estaba Caro. Tenía pena de preguntar delante de todas por eso del “cambio de sexo”, pero también quería saber más al respecto, aunque se inclinaba más por no hacerlo. Quería saber qué más podían ofrecerle además de un tratamiento hormonal que ya había iniciado hace unas semanas.

– Vea chicas, esto es muy bueno, aprovechen. A nosotras no nos respetan por ser trans y trabajadoras sexuales, yo les enseño lo que he aprendido con el tiempo, pero muchas veces ni

yo misma conozco los procesos –manifestó
Martina, líder del grupo.

– Este año ya van tres, ese mural es en honor
a ellas –le dijo Rosa a Caro mientras pintaba un
brazo repartido en tres ladrillos de la pared–. Vea,
esa de allá –señaló a la primera figura con su
brocha– es Marce, que se murió por inyectarse y
hacerse cosas en el cuerpo, quién sabe qué le
meterían, pobrecita.

– Sí. Y esa de la mitad es La Mona –Sara
Cristal se metió a la conversación–. Ella apareció
muerta en un motel.

– Y esa otra –terminó Rosa– es una amiga
que también mataron, La Gorda.

– Amigas que lindas ustedes, de verdad que
sí. Me parece muy bonito que no las olviden y que
la gente sepa que estas muertes no se pueden quedar
así como así –Caro estaba conmovida, preocupada y
algo asustada, pero no quería demostrar miedo;
buscaba encajar, sentirse aceptada y, sobre todo,
respaldada por un grupo con mucho poder.

La tarde se dejó llevar con un karaoke en estilo libre; hubo canciones que todas se cantaron de principio a fin y otras que se colaron para sonar más fuerte: Gloria Trevi y Alejandra Guzmán alternaron con The Village People, The Weather Girls y Juan Gabriel. Las donaciones de condones, maquillaje y kits de aseo fueron “lo más bombi del día”, aseguró Johana, una Guapa que pocas veces se veía interactuando con las demás (sus compañeras la describían como una mujer de “temperamento brusquito”), pero incluso ella se gozó la fiesta.

Martina le agradeció a Jhony y su grupo de voluntarios por el día tan especial, él les aseguró que era responsabilidad de todos seguir trabajando por hacer valer sus derechos.

– Los ciudadanos tienen que entender que el ser diferentes no las hace menos personas.

X

Baila

Su cintura se zarandeó con rapidez de un lado hacia el otro. Las tablas bien planchadas de su jardinera se despeinaron en cada nuevo quiebre de caderas. El capul comenzaba a humedecerse por el calor y unas goticas de sudor se le resbalaron cuesta abajo por los vellos de la espalda. Con diecinueve grados centígrados y una lluvia intermitente que levantaba el vapor del pavimento, la ciudad se preparaba para ir a almorzar. Hora pico. Afuera, los conductores afanados presionaban las bocinas de sus carros y se ‘comían’ el paso peatonal; adentro, en el décimo piso del edificio contiguo a la Alcaldía de Manizales, el camerino improvisado –dos sábanas amarradas de sus extremos a unas puntillas salidas y un cortinero– parecía un sauna. Apresurados, los jóvenes terminaron de vestirse mientras Caro finalizaba su baile de apertura a la Semana de la Juventud.

*Nadie pasa de esta esquina
Aquí mandan las divinas
Porque somos gasolina
Gasolina de verdad*

De nuevo, la coreografía se robó los aplausos del público. Todos quedaron impresionados con la habilidad de la bailarina. Quiso hacer la venia, como siempre se había imaginado el final de sus presentaciones, pero todavía faltaban las palabras de bienvenida de los rectores, representantes de las instituciones educativas para dar comienzo con la actividad cultural.

Una mañana antes de la obra de teatro, Caro compró el formulario de inscripción a la carrera de Artes Escénicas, en la Universidad de Caldas. Pensó en su tío, qué diría cuando viera sobre un escenario a la mujer en la que se estaba convirtiendo,

actuando en obras, en telenovelas y, por qué no, en películas. Qué pensarían su abuela, su mamá, sus profesores y sus compañeros.

No sentía miedo, más bien una fresca sensación de orgullo y ansiedad por llegar lejos. Ya se veía experimentando la vida y viajando el mundo. Caro había cambiado.

Entre las amistades que hizo, ella también descubrió una forma “fácil” de ganar dinero y sin hacer “nada de verdad”. Un conocido de otro conocido; es decir, una red de desconocidos que realmente no sabía bien quién era quién (y era mejor así) la invitó a trabajar desde la comodidad de su casa o desde las oficinas que le ponían a su disposición para entretener sexualmente a los usuarios de un chat “caliente”.

– Uno no hace nada que no quiera –le contó a su prima Lorena, que ese día le llevó una peluca para la obra de teatro–, eso es muy seguro porque, pues... no está el tipo ahí de frente de verdad. Entonces si uno no quiere quitarse la ropa o lo que

sea, no lo hace y ya. Es más, si usted se cansa de hablar con alguno, cierra la ventanita y sigue con otro. No pasa nada. Eso es lo chévere.

Para evitar que en sus casas se enteraran, lo normal era que las jóvenes (pocas de ellas eran menores de edad) que trabajaban en este call center *caliente* fueran a las instalaciones del negocio. Afuera, era una casa en cualquier esquina de cualquier barrio: desapercibida, hogareña, fachada al fin y al cabo. Adentro, no había muebles, sala o comedor, sino cubículos. Las habitaciones también estaban amobladas así, a excepción de una, la *Premium*, donde se conectaban las que tenían clientes “de otro calibre” y necesitaban más privacidad.

Un aproximado de quince personas asistía cada día. Nadie tenía un horario definido, solo el que sus citas concretaran. Los jefes –aunque preferían hacerse llamar “compañeros de trabajo”– abrían amablemente las puertas de este hogar. Les ofrecían té, gaseosa, café y aromática. Cada puesto

de trabajo tenía un computador con cámara y una diadema para hacer video llamadas. Todos tenían un sobrenombre con el que accedían a su cuenta en el chat. Aleatoriamente, el programa les iba mostrando la imagen de quién estaba al otro lado (en algún lugar del mundo) haciendo *zapping* con el mouse hasta que viera algo atractivo y decidiera quedarse para conversar, exhibirse, exigir lo mismo o pedir un servicio sexual especial.

– Hay de todo. Una vez me pidieron que dijera “papito te amo” mientras me tocaba. Pues yo nunca muestro la cara, entonces yo hago las cosas que no me parecen tan horribles, aunque la verdad estaba muerta de la risa viendo a ese man ahí todo emocionado y yo diciéndole “papito te amo”. Y para que vea, estaba hasta bizcocho, con los cuadritos y todo, no era un viejo miedoso, no.

– Pero también hay viejos verdes y feos, ¿o me va a decir que todos son unos papacitos? –le preguntó Lorena. Ellas aprovecharon que esa tarde no estaba Lucía (siempre les alegaba cuando las

veía en la cocina) y compraron los ingredientes para uno de sus algo preferidos: leche achocolatada y pan con mantequilla de vaca, una que solo vendían en la vereda y sabía a “aire puro y mierda fresca”, como bromeaban cuando llegaban con la delicia que le compraban a la vecina.

La licuadora de Caro era un “segundazo” que había conseguido en el pabellón de cachivaches de la Galería. Por doce mil pesos, valía la pena esperar pacientemente a que el motor encendiera y revolviera a su propio ritmo –“Hay que chancletearle varias veces, eso es como a dos por hora, pero no importa, dejamos la leche ahí licuando despaciecito y ahora le damos vuelta”, le explicó Caro a Lorena.

– Entonces, ¿sí hay viejos feos o qué? –
siguió el interrogatorio por el trabajo.

– Bueno, esos también aparecen por ahí, pero no siempre, o será que yo tengo muy mal gusto, ¡porque he visto unos más bizcochos! Otros hablan en otros idiomas, yo no les entiendo, a la

final uno termina comunicándose es por señas ¿me entiendes? Yo siempre llego hasta cierto punto. Por ejemplo, muchos quieren verme la cara pero yo nunca lo hago. ¿Qué tal que termine uno por ahí ponchado en Internet? No, qué boleta. Entonces ¿si ves? Es seguro porque uno decide hasta dónde llegar.

– Como tiene el pelo de bonito –Lorena le acarició la melena suave que le colgaba como si fuera un comercial de shampoo.

– Me estoy echando un tratamiento más bueno, dizque con embrión de pato, aceite de resina, una mano de cosas. En todo caso, vea como lo tengo de bonito.

– ¿Y cómo le pagan?

– Pues mamita, hay de todo. Puede ser por horas, que es como diez mil pesos cada una. Así solo se puede trabajar hasta diez horas a la semana.

– ¿Y por qué? –Lorena comenzó a untarle la mantequilla al pan y se asomó a la mezcla de leche azucarada que se revolvía tranquila en la licuadora,

ni siquiera era necesario ponerle la tapa— Venga dele vuelta a su aparato que ya quiero probar.

— Pues no sé, me imagino que para no recoger tanto billete. Así no les funcionará el negocio, si uno empieza a ganar mucho —Caro le dio un golpe suave al motor de la licuadora y se recostó en el mesón de la cocina— Le falta un poquito, coma pan mientras tanto. Lorena mordió una pieza de la masa recién engrasada.

— Otra forma es por servicios, que usted hace un baile o un show así súper *wow* y cobra, hay muchas cosas. Por ejemplo, hay una que le pagan a uno por ver a dos personas teniendo sexo.

— ¿Por ponerse de metida a guindarlos? — Lorena estaba sorprendida, le parecía más fácil de lo que se imaginó—, mejor dicho, ¿porno gratis o qué? —ambas soltaron otra carcajada.

— Más o menos hija. En todo caso, por combos así, pagan treinta, cuarenta, ochenta, hasta doscientos mil pesos. Yo nunca he cobrado uno tan

carnudo, pero quién quita, puede que después me corone algo.

– Eso suena muy bueno.

– Sí, hay otra que es con un pago fijo al mes, de un millón de pesos a cambio de trabajar media jornada diaria –Por fin, el chocolate en polvo se disolvió y Caro sirvió la malteada casera.

– ¡¿Un millón de pesos?! –Lorena estaba aterrada–. Si eso es verdad, ¡métame ya!

– Pues hágale, yo le ayudo, este fin de semana que vaya le pregunto a mi jefe. Yo hasta lo pensé una vez pero no, si me quiero meter a la ‘U’ a estudiar, no puedo ponerme a chatear media jornada diaria, ¿quién aguanta tantas cosas? Muy duro.

– Venga Caro, pero ¿quién le paga a uno, el jefe o los clientes?

– Vea, cada cliente paga una suscripción y con eso es que se sostiene el negocio, pero muchos hacen tratos por debajo de la mesa con la chica o chico que contacte. Yo he hecho así y es mejor, el truco está en no dejar que los manes estos que nos

vigilan la producción se den cuenta, porque entonces le piden el quince por ciento de pago para ellos.

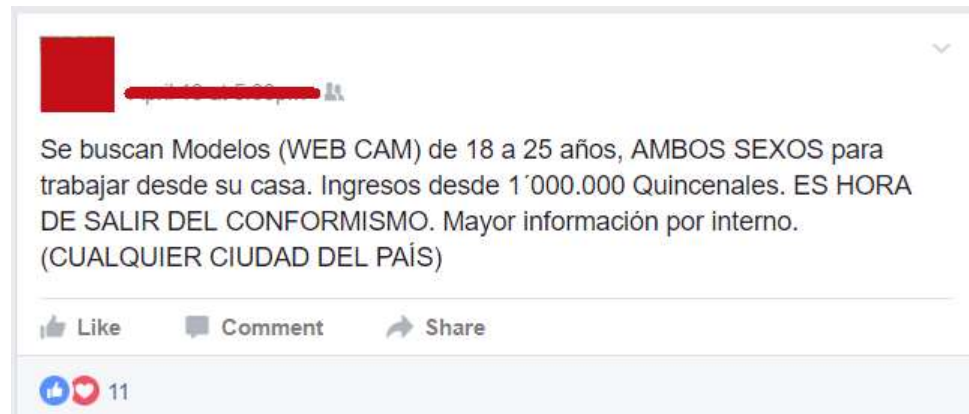
– ¿Y cuánto es el quince por ciento? ¿Cómo así?

– Pues yo no soy muy buena con los números, pero en todo caso, significa que de lo que a usted le pagan, le toca dares a ellos un pedazo.

– Pues la verdad, me animé a meterme.

– Hágale amor que cualquiera puede hacerlo –le dijo Caro–; hay gente que yo conozco y quiere ir pero le da pena que las vean saliendo de esa casa o algo. Si le da pena, busque en Facebook que está repleto de eso, sino que yo prefiero allá porque no tengo Internet ni computador.

– Con dificultad tiene esta mecha –Lorena cogió la licuadora para lavarla. Las dos soltaron otra risa.



La primera vez que sus compañeros vieron bailando a Caro fue en el salón de clases, donde todo comenzó. Ese día quedó con los cachetes rojos, el corazón agitado y una sonrisa de oreja a oreja que no se la quitaba nadie. Hubo carcajadas y cómicas imitaciones. Fue difícil que la profesora retomara el orden de la clase de Ciencias Sociales porque ni ella dejaba de reírse. Nadie hasta entonces la había visto bailar, era su primera presentación en público, pero ya llevaba tiempo enloqueciéndose sola en su casa al ritmo de la música. Fruto de sus ahorros

trabajando, Caro había comprado un espejo largo en el que alcanzaba a verse medio cuerpo. Su reflejo se convirtió en el testigo de matutinos e interminables ensayos, aun sin música, pues en el caserío donde vivía había cortes de luz inesperados que duraban hasta doce horas; la única opción que le quedaba era cantar y escuchar la melodía en su cabeza.

Ese día, en el salón de clases, los alumnos del grado once estaban haciendo el concurso de cultura general que se inventaron para repasar los temas de la semana. La última hora de cada viernes la dedicaban a esto. El grupo que más preguntas respondiera, ganaba. Las capitales de los departamentos colombianos, sus principales ríos y los nombres de sus últimos presidentes, fueron algunos de los temas que salieron en la trivia. Caro confundió Cauca con Arauca y perdió. De penitencia, tuvo que bailar; pero en realidad, para ella fue un premio. Antes de que alguien le sugiriera una canción, ella pidió Las Divinas, tema que se había vuelto famoso por una telenovela adolescente

en la que unas jovencitas bailaban esto. Caro se dobló la pretina de la jardinera para que le quedara más alta, se acomodó las medias hasta la rodilla, se soltó la trenza del cabello y comenzó el show.

Las clases siguientes no fueron las mismas. Sus compañeras le pedían que les ayudara a armar coreografías y la invitaban a bailar en los descansos de jornada. Y durante los cambios de clase mientras llegaba el siguiente profesor, alguien la hacía bailar con cualquier pretexto. Ella eligió a su musa: Shakira, y trataba de “cogerle todos los pasos”. Una profesora, Adielita, bromeaba diciéndole que si no bailaba, podría perder su materia. Caro bailaba “como loca”, según ella misma decía.

– Es que yo me paro en un escenario y me transformo más, yo siento que mi cuerpo es flexible al máximo –le contaba a sus amigas–. Hijuemadre, así me quiebre todo pero yo me tiro, me paro, salto, ¡lo que sea!

Debajo de su atuendo –pantalones anchos, zapatillas negras, camisa de manga larga y sombrero– Caro tenía una faja que le apretaba las costillas y unas medias veladas de color negro. La postura obligada por la mini asfixia que sentía le ayudó a imitar su voz para hablar como un hombre mayor. En esa escena, interpretó a un padre de familia preocupado por el lenguaje de su hija. El tema elegido fue para celebrar el ‘Día del idioma’.

Mientras se alistaba para la presentación, ella pensó en todo el combo que conoció en los primeros viajes que marcaron sus derivas. A ellas, las de carcajada loca, malgeniadas y espontáneas, les debía el brinquito que le faltaba para vivir en una esfera de rechazo y discriminación; por ellas, las enamoradas con sueños des-vestidos, re-vestidos y trans-vestidos, hoy apreciaba más que nunca el esfuerzo de cada uno por sobrevivir al qué dirán y mantenerse a flote en su día a día.

La audiencia aplaudió, bajó el telón y los actores se alistaron para la siguiente escena. En esta

también iba Caro, pero como mujer. En contados segundos, se quitó los pantalones y la camisa, se puso un vestido largo, tipo coctel, y se subió en unos tacones de doce centímetros. Ahora debía interpretar a una reina de belleza. Entonces se quitó el sombrero, se soltó el cabello y de un tirón se arrancó el bigote postizo.

– ¡Juemachica! –Tuvo que contenerse y susurrar el quejido para no interrumpir la escena intermedia, que ya había comenzado al otro lado para entretener a los asistentes.

– Venga le maquillo ese bozo que quedó roja –Valentina, quien hacía el papel de su hermana, la retocó.

Esta era la segunda vez que Caro interpretaba un personaje de hombre; solo que el primero la había acompañado en un papel que fingió durante 20 años. Pensó en eso y sintió como si estuviera en una montaña rusa; en realidad, nunca había subido a una, pero su prima le había contado que era como cuando las busetas bajaban rápido por

las faldas de la ciudad y de pronto debían volver a subir otra colina. Ese vacío que siempre le daba justo después de que la ruta pasaba por La Galería, en una cavidad de concreto que incrementaba la velocidad del carro, le llenó el estómago de nostalgia.

– Esta es la vida que quiero –moduló Caro mientras exageraba sus rasgos para que la maquillaran y estiraba los labios “como soplando una vela”, así como le decían en los tutoriales de belleza que seguía en un canal de YouTube.

– ¿De actriz? –preguntó Valentina.

– No. ¡Ay! Cómo le explico... –se tomó unos segundos para pensar y sonrió–. Una vida así, libre –le susurró.

Y la obra continuó.